
TRAICIÓN
Y
DICHA
Imperio Vitale 3
MEG SHANNON

# Traición y Dicha

Imperio Vitale

Libro 3

Meg Shannon

Copyright 2024 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse, transmitirse o distribuirse en forma impresa o electrónica, por ningún medio, incluidos fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

# Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

# Sobre este libro

Ella confiaba en él con todo su corazón, pero sus secretos podrían destruir su amor para siempre.

Elena Rossi se encuentra atrapada en el peligroso mundo de la familia Vitale. A pesar del caos y las constantes amenazas, su amor por Marco no ha hecho más que fortalecerse. Pero justo cuando ella cree que pueden construir un futuro juntos, una traición impactante amenaza con separarlos.

Marco Vitale es un hombre acostumbrado a controlar su propio destino, pero el traicionero mundo de su familia tiene otros planes. A medida que resurgen viejos enemigos y surgen nuevas amenazas, Marco se ve obligado a enfrentar los oscuros secretos que le ha ocultado a Elena. El peso de su pasado y las traiciones dentro de sus propias filas lo llevan al límite, poniendo a prueba su lealtad y su amor.

Elena está decidida a apoyar a Marco, pero la verdad sobre sus tratos ocultos y la profundidad de su participación en el mundo de la mafia la sacude hasta lo más profundo. Con enemigos acercándose y peligro a cada paso, ella debe decidir si luchar por su amor o alejarse del hombre que ha capturado su corazón.

Mientras Marco lucha para proteger a Elena y reclamar el honor de su familia, se ven arrastrados a un juego mortal de poder y engaño. Hay más en juego que nunca y cada movimiento podría ser el último. En un mundo donde la confianza es un lujo que no pueden permitirse, ¿podrá su amor sobrevivir a la traición definitiva?

Traición y Dicha es la apasionante conclusión de la épica historia de amor de Marco y Elena en la serie The Vitale Empire. Lleno de intensa pasión, peligros que te pararán el corazón y un amor que desafía todas las probabilidades, este libro te dejará sin aliento y anhelando más. Sumérgete en el capítulo final de su viaje y Descubriría si el amor realmente puede conquistarlo todo.

# Capítulo 1

Elena

Me encontraba de pie junto a la ventana, observando a Marco mientras caminaba por el camino de grava. Sus movimientos eran medidos, cada paso calculado mientras se dirigía hacia el coche que lo esperaba.

—Él estará bien —me susurré a mí misma, pero el nudo en mi estómago se apretó. Era su primer día de regreso al trabajo, pero temía que no estuviera listo.

Marco se detuvo en la puerta del coche, sus ojos escrutando el perímetro de la propiedad. Incluso desde esta distancia, podía ver la tensión en sus hombros. Subió al asiento trasero y el coche se alejó.

Me aparté de la ventana con el corazón pesado. La mansión se sentía diferente ahora, más silenciosa, más apagada. El intento de asesinato contra Marco había convertido al hombre confiado y fuerte que amaba en alguien que dudaba antes de salir de casa.

—¿Elena? —La voz de María llegó desde la puerta—. ¿Estás bien?

Forcé una sonrisa. —Sí, estoy bien. ¿Cómo lo estás llevando tú?

María cruzó la habitación, su rostro grabado con preocupación. —Ha sido difícil. Marco está tan... diferente ahora.

Asentí, comprendiendo su preocupación. —Ha pasado por mucho. Es natural que le afecte.

—Me preocupo por él —confesó María—. Siempre ha sido tan seguro de sí mismo, tan confiado. Ahora, duda de todo.

—Está siendo cauteloso —dije, tratando de tranquilizarla—. Estoy segura de que pronto volverá a ser el de antes.

María me dio unas palmaditas en el brazo. —Eres buena para él, Elena. Necesita tu fuerza ahora más que nunca.

Tragué con dificultad, luchando contra la ola de emoción que sus palabras evocaron. ¿Cómo podía ser fuerte para Marco cuando yo misma estaba aterrorizada cada vez que salía de casa?

—Lo intento —dije suavemente.

María se fue y me quedé sola con mis pensamientos. Deambulé por la mansión, notando los sutiles cambios. El personal se movía más silenciosamente, sus voces apagadas.

De repente, supe lo que necesitaba la casa. Niños. Un niño sacaría lo mejor de Marco. Ahora si tan solo me pidiera que me casara con él.

Me dirigí al despacho de Marco, dudando en la puerta. Sabía que no debía entrar, pero necesitaba sentirme cerca de él. Entré, respirando profundamente. La habitación olía a cuero y a la colonia de Marco.

Mis ojos se posaron en su escritorio, normalmente impecable, ahora cubierto de papeles y archivos. Me acerqué, dejándome llevar por la curiosidad. Informes de seguridad, documentos financieros, todos marcados con la pulcra caligrafía de Marco. Notas en los márgenes, preguntas

subrayadas.

Este era el nuevo Marco, me di cuenta. Meticuloso, paranoico, sin dejar nada al azar. Pasé mis dedos por su escritura, sintiendo una oleada de orgullo mezclada con miedo. Estaba haciendo todo lo posible para protegernos, pero ¿a qué precio?

El sonido de un coche llegando afuera me sobresaltó. Me apresuré hacia la ventana, sintiendo un alivio que me inundaba al ver a Marco salir. Se detuvo, sus ojos recorriendo el área antes de entrar.

Salí rápidamente del despacho, sin querer que me encontrara allí. Mientras bajaba las escaleras, me armé de valor. Marco me necesitaba fuerte, ser su ancla en esta tormenta. Haría lo que fuera necesario para ayudarlo a superar esto, sin importar cuánto me asustara.

Porque cuando amas a alguien, lo apoyas sin importar qué.

Me encontré con Marco al pie de las escaleras, forzando una sonrisa en mi rostro. —Bienvenido a casa —dije, extendiendo mi mano hacia la suya—. No has estado fuera mucho tiempo.

Él la tomó, su agarre firme pero sus ojos distantes. —Elena —asintió, escaneando el vestíbulo. Dos guardaespaldas lo flanqueaban, sus ojos en constante movimiento.

—¿Cómo fue tu reunión? —pregunté, tratando de mantener mi voz ligera.

La mandíbula de Marco se tensó. —Productiva —respondió secamente. Se volvió hacia uno de los guardias—. Dobla las patrullas esta noche. Quiero informes cada hora.

El guardia asintió y se alejó. Marco me condujo a la sala de estar, su mano en la parte baja de mi espalda. Noté cómo se posicionaba entre yo y las ventanas.

—Estás preocupado —dije suavemente, una vez que estuvimos solos.

Suspiró, pasándose una mano por el pelo. —Siempre estoy preocupado ahora, Elena. Es mi trabajo estarlo.

Estudié su rostro, notando las oscuras ojeras bajo sus ojos, la tensión en sus hombros. —No puedes seguir así para siempre, Marco. Necesitas descansar.

—Descansaré cuando mi familia esté a salvo —espetó, luego inmediatamente se suavizó —. Lo siento. No quise...

—Está bien —lo interrumpí, apretando su mano—. Lo entiendo. Pero estoy aquí para ti, para lo que necesites.

Los ojos verdes de Marco se encontraron con los míos, un destello de vulnerabilidad pasando por ellos. —Lo sé —dijo en voz baja—. No sé qué habría hecho estos últimos meses sin ti.

Mientras estábamos allí, María entró en la habitación, su mano guiando suavemente a Enzo. Sentí una punzada en el pecho al ver al padre de Marco. Los ojos de Enzo, antes agudos y autoritarios, ahora recorrían la habitación con incertidumbre.

—¿Marco? —llamó Enzo, su voz vacilante—. ¿Eres tú, hijo?

El rostro de Marco se suavizó al instante. Se acercó a su padre, tomando su mano. —Sí, papá. Estoy aquí.

Observé cómo el ceño de Enzo se fruncía en confusión. —¿Has vuelto de la universidad?

María intervino con suavidad, su voz calmada y tranquilizadora. —Enzo, cariño, ¿recuerdas? Marco ya es adulto. Ha estado dirigiendo las cosas durante un tiempo.

Enzo asintió lentamente, pero pude ver la duda en sus ojos. Mi corazón dolía por él, por todos ellos. Este hombre que una vez había gobernado su mundo con mano de hierro ahora estaba perdido en su propia casa.

—Por supuesto —murmuró Enzo—. A veces se me olvida.

Di un paso adelante, esperando aliviar la tensión. —Es un placer verlo, señor Vitale —dije cálidamente.

Enzo se volvió hacia mí, entrecerrando los ojos. Por un momento, vi un destello de su antiguo yo. —¿Y tú quién eres? —exigió saber.

Marco me apretó la mano. —Es Elena, papá. ¿Recuerdas? Ha estado quedándose con nosotros.

Enzo me miró fijamente durante un largo momento antes de asentir. —Ah, sí. La chica. Él te ama. Deberías conseguir que te proponga matrimonio.

Sentí una oleada de afecto por este hombre frágil. —Gracias, señor Vitale. Su familia ha sido muy amable conmigo.

Mientras Maria guiaba a Enzo hacia una silla, crucé la mirada con Marco. El dolor en sus ojos era crudo, sin reservas. Quería abrazarlo, quitarle la carga que llevaba. Pero sabía que no podía. Todo lo que podía hacer era permanecer a su lado y capear la tormenta con él.

Observé cómo Maria guiaba suavemente a Enzo hacia su sillón favorito, sus movimientos fluidos y practicados. Ajustó una almohada detrás de su espalda, su toque gentil pero firme. La forma en que lo cuidaba hablaba mucho de su vínculo, forjado a través de décadas de amor y dificultades.

—¿Quieres un poco de té, Enzo? —preguntó Maria, con voz suave pero clara.

Enzo la miró, con la confusión nublando sus facciones. —¿Té? ¿Es hora del té?

—Siempre es un buen momento para el té, mi amor —respondió Maria con una sonrisa paciente.

Mientras Maria se ocupaba de preparar el té, me acerqué a Enzo. —Señor Vitale, he oído que solía ser un gran coleccionista de arte. Me encantaría escuchar sobre algunas de sus piezas favoritas.

Los ojos de Enzo se iluminaron, volviendo a aparecer una chispa de su antiguo yo. —Ah, sí. El arte. Siempre he tenido buen ojo para la belleza. ¿Sabías que tenemos un Caravaggio original?

Asentí, animándolo. —Eso es increíble. ¿Dónde lo adquirió?

Mientras Enzo se lanzaba a contar una historia sobre un audaz robo en Nápoles, crucé la mirada con Maria. Ella articuló un silencioso "gracias", y sentí una oleada de calidez hacia ella. Esta mujer había soportado tanto, y sin embargo su fuerza nunca flaqueaba.

Escuché atentamente el relato de Enzo, notando cómo Marco se aferraba a cada palabra. Incluso fragmentadas, las historias de su padre eran ahora preciosas para él.

De repente, Enzo se detuvo a mitad de frase, frunciendo el ceño. Me miró a mí, luego a Marco, y la confusión se apoderó de nuevo de sus facciones. —Marco, hijo mío, ¿por qué no me has presentado a tu esposa?

La habitación quedó en silencio. Sentí que mi corazón se saltaba un latido, sin saber cómo responder. Los ojos de Marco se abrieron de par en par, una mezcla de sorpresa y algo más que no pude descifrar cruzó por su rostro.

Maria intervino con suavidad, su voz calmada y tranquilizadora. —Enzo, querido, esta es Elena. Es una amiga de Marco, ¿recuerdas? Hemos hablado de ella antes.

Observé cómo Maria colocaba suavemente su mano en el brazo de Enzo, desviando la conversación de su error. Mi pecho se apretó con una mezcla de emociones: gratitud por la gracia de Maria, tristeza por la condición de Enzo, y un inesperado aleteo al ser confundida con la esposa de Marco.

—Por supuesto, por supuesto —murmuró Enzo, asintiendo—. Mis disculpas, Elena. Es

un placer conocerte de nuevo.

Le sonreí cálidamente. —El placer es todo mío, señor Vitale.

Mientras la conversación continuaba, capté la mirada de Marco. Había una intensidad en sus ojos que me hizo contener la respiración. Me pregunté si él también lo sentía: esa extraña sensación de posibilidad que el error de Enzo había conjurado.

Más tarde, mientras ayudaba a Maria a recoger las cosas del té, ella habló en voz baja. —Lamento lo de antes. Los buenos días de Enzo son cada vez más raros.

Negué con la cabeza. —Incluso en los días malos, sigue siendo fascinante hablar con él. ¿Realmente robó el Caravaggio?

La sonrisa de Maria estaba teñida de tristeza. —Nunca hice ese tipo de preguntas. En mi época, la esposa se quedaba en casa o iba de compras. No nos involucrábamos en los negocios. Nunca fuimos socios, no como tú y Marco lo son.

Sus palabras resonaron profundamente en mí. Me encontré imaginando cómo sería formar parte realmente de esta familia: estar al lado de Marco, enfrentar su mundo de frente. La idea era a la vez emocionante y aterradora.

Maria y Enzo cenaron en sus habitaciones. Había aprendido que lo hacían cuando él estaba demasiado agitado para estar con otras personas. No sabía mucho sobre la demencia, pero estaba bastante segura de que la familia necesitaría contratar ayuda a tiempo completo para él.

Marco y yo comimos en la pequeña mesa de la cocina. —Pensé que podría ayudar a tu madre con algunos recados mañana.

Marco asintió, con una sonrisa jugando en las comisuras de su boca. —Lo apreciará. Te has vuelto indispensable por aquí.

Sus palabras me reconfortaron, y sentí una oleada de audacia. —Sobre lo de antes, con tu padre...

La expresión de Marco se volvió seria. —Elena, yo...

Un golpe seco nos interrumpió. Uno de los hombres de Marco entró, con el rostro sombrío. —Jefe, tenemos una situación en los muelles.

El comportamiento de Marco cambió instantáneamente, apretando la mandíbula. Se volvió hacia mí. —Hablaremos más tarde. Quédate dentro esta noche.

Mientras se iba, no pude evitar sentir una mezcla de decepción y alivio. ¿Qué estaba a punto de decir? ¿Qué estaba él a punto de decirme?

~*~

Estaba en medio de mi rutina nocturna cuando Marco regresó de los muelles. Había pensado que estaría profundamente dormida antes de que él viniera a la cama, y que se habría levantado antes que yo. Había sido un tiempo solitario, esperando que volviera a desearme.

Una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro mientras se acercaba a mí por detrás, sus pasos pesados enviando un escalofrío por mi columna. Tomó el cepillo de mi mano, sus dedos rozando los míos con una descarga eléctrica.

Con un gruñido bajo, empezó a pasar el cepillo por mi pelo, asegurándose de que no tuviera enredos. Jadeé cuando me tiró de la cabeza hacia atrás, exponiendo mi garganta a su boca hambrienta. Me besó y pude saborear el whisky en sus labios. Mordisqueó mi cuello, su barba raspando contra mi piel sensible.

—Me encanta cuando llevas el pelo suelto —murmuró, su aliento caliente contra mi oreja —. Es como el canto de una sirena, atrayéndome y haciéndome perder todo el control.

Gemí mientras continuaba provocándome, su mano libre recorriendo mi cuerpo y deslizándose bajo mi fino camisón. Acarició mis pechos, masajeándolos con rudeza mientras

pellizcaba mis pezones endurecidos entre sus dedos.

—¿Te gusta eso, nena? —preguntó, con voz baja y ronca—. ¿Quieres que siga?

Asentí frenéticamente, mi cuerpo temblando de necesidad.

—Buena chica —me elogió, sus dedos deslizándose más y más abajo hasta llegar a mi húmeda vagina. Acarició mi clítoris, su toque áspero y exigente, mientras continuaba devorando mi cuello.

—Estás tan mojada para mí —gruñó, su pene tensándose contra sus vaqueros—. ¿Quieres que te folle, nena? ¿Quieres que te llene y te haga gritar?

Gemí en respuesta, incapaz de formar palabras coherentes mientras continuaba dándome placer.

Con un gruñido, Marco me giró y me empujó sobre la cama. Me arrancó el camisón, dejándome expuesta y vulnerable. Me miró por un momento, bebiendo de mi cuerpo desnudo con una intensidad feroz.

—Eres tan hermosa. Nunca debí dejar de tocarte —dijo, su voz llena de asombro.

Rápidamente se quitó la ropa, revelando su cuerpo duro y musculoso. Se arrastró sobre la cama, acomodándose entre mis piernas mientras se posicionaba en mi entrada.

—¿Estás lista para mí, nena? —preguntó, su voz ronca de deseo.

Asentí, mi cuerpo arqueándose hacia él mientras suplicaba por liberación.

Con un empujón rápido, entró en mí, llenándome por completo. Grité cuando empezó a moverse, sus caderas golpeando contra mí mientras tomaba el control completo.

—Oh, joder, sí —gimió, sus manos agarrando mis caderas con fuerza—. Se siente tan bien.

Continuó follándome sin piedad, sus poderosas embestidas llevándome cada vez más cerca del límite. Arañé su espalda, desesperada por más mientras me empujaba cada vez más alto.

—Córrete para mí, nena —ordenó, su voz áspera de necesidad—. Quiero sentirte correrte en mi polla.

Obedecí su orden, mi cuerpo temblando de placer mientras explotaba a su alrededor. Él me siguió poco después, su pene palpitando mientras se vaciaba dentro de mí.

Mientras yacíamos allí, jadeando y agotados, Marco me atrajo hacia él, sus brazos envolviéndome con fuerza.

—Eres mía, nena —susurró, su voz llena de posesividad—. Mía para follarte, mía para darte placer, mía para guardarte.

Sonreí, sintiendo un aleteo de emoción ante sus palabras.

—Y tú eres mío —respondí, mi voz suave y sin aliento—. Mío para provocar, mío para adorar, mío para amar.

~*~

Me dirigí a la cocina, donde encontré a María preparando el desayuno. Sonrió cálidamente. —Elena, querida. ¿Te importaría llevar esta bandeja a Enzo? Una vez que lo hagas, podemos salir a hacer nuestros recados.

Asentí, levantando cuidadosamente la bandeja. Mientras la llevaba a la habitación de Enzo, sentí una extraña sensación de propósito. Era agradable tener familia de la que preocuparse de nuevo.

Enzo estaba sentado junto a la ventana cuando entré, su mirada distante. —Buenos días, señor Vitale —dije suavemente.

Se volvió, la confusión nublando sus ojos por un momento antes de que el

reconocimiento apareciera. —Ah, Elena. La esposa de Marco. Qué amable de tu parte traer el desayuno.

Dudé, luego decidí no corregirlo. —Es un placer. ¿Cómo se siente hoy?

Mientras dejaba la bandeja, la mano de Enzo agarró la mía. Su agarre era sorprendentemente fuerte. —Me siento como si tuviera veinte años otra vez, listo para enfrentarme al mundo.

Le sonreí. —Excelente. Aférrese a ese sentimiento y podrá ganarme al ajedrez más tarde esta tarde.

~*~

—Hoy no se trata de recados —reveló María mientras el paisaje urbano se deslizaba por nuestras ventanas tintadas—. Estoy entrevistando enfermeras porque no pasará mucho tiempo antes de que no pueda cuidarlo yo sola. Espero que no te importe el pequeño engaño, pero quería tu opinión sobre ellas.

Mi corazón se encogió al mencionar a Enzo. Su condición había arrojado una sombra sobre todos nosotros, y encontrar a alguien capaz de proporcionar el cuidado que necesitaba era primordial. Aprecié que María me involucrara en la decisión. No era solo la practicidad, sino también la confianza que depositaba en mi juicio.

—Gracias —dije, volviéndome para encontrar su mirada—. Haré lo mejor que pueda para ayudar.

El coche se detuvo frente a un pintoresco café anidado entre el bullicio de las boutiques modernas y la nostalgia de las calles empedradas. La mano de María fue precisa al indicarme que la siguiera. Navegamos a través de la multitud de clientes, cada uno absorto en su propio mundo de café humeante y conversaciones en voz baja.

Al fondo, nos esperaba una sala privada, con la puerta entreabierta. Al cruzar el umbral, mis ojos captaron un cartel de reservado colocado discretamente en una pequeña mesa junto a la entrada. La insinuación de premeditación grabada en la madera me envió un pulso de alerta.

—Constance Stewart —dijo María, su voz firme mientras señalaba a la mujer que se levantó de su asiento.

Observé a Constance con ojo crítico. Su postura exudaba confianza, su atuendo era profesional: un blazer oscuro sobre una blusa impecable, la falda rozando justo por encima de la rodilla. Su cabello, castaño y recogido con precisión, enmarcaba un rostro que era todo negocios.

—Buenas tardes —dijo Constance. Su apretón de manos fue firme, su mirada directa.

Maria se movió para sentarse frente a ella, y yo la seguí. En el silencio de la habitación, lejos del tintineo de tazas y el murmullo de charla del exterior, nos acomodamos en sillas que parecían demasiado rígidas para una conversación casual.

—Gracias por venir —dijo Maria, iniciando lo que sería una discusión crucial para el futuro de Enzo, y el nuestro.

La mirada de Maria se fijó en Constance mientras planteaba la primera pregunta, su voz firme y autoritaria. —¿Podría hablarnos de su experiencia en enfermería, especialmente en lo que respecta a pacientes con problemas cognitivos?

Observé a la enfermera atentamente, notando la seguridad en su postura mientras respondía. —Tengo más de veinte años de experiencia. Mi enfoque ha sido en enfermedades neurodegenerativas, brindando un cuidado centrado en la dignidad y el respeto por el individuo.

—Enzo requiere un tipo especial de atención —añadí, mi voz calmada pero impregnada del peso subyacente de nuestra situación—. ¿Cómo manejaría un momento de confusión o agitación?

—Redirigir el enfoque del paciente a menudo puede aliviar el estrés. Se trata de crear un entorno que se sienta seguro y familiar para ellos. Y aunque yo seré nueva para ellos, encuentro que el uniforme de enfermera que uso proporciona familiaridad y una sensación de seguridad.

Sus palabras ofrecían consuelo; la profundidad de su comprensión era evidente. Me recliné, permitiendo que Maria continuara, sintiendo un hilo de esperanza entretejido en la incertidumbre. Con cada respuesta competente que daba Constance, sentía que podríamos haber encontrado a alguien que realmente pudiera cuidar de Enzo como lo hacíamos nosotros.

Le extendí mi mano cuando la entrevista llegaba a su fin. —Gracias por su tiempo hoy —le dije, mi tono genuino. Maria hizo eco de mi agradecimiento, su voz igualmente cálida pero con una nota subyacente de autoridad que me recordaba su papel tácito como matriarca de nuestro pequeño clan.

Ella estrechó nuestras manos firmemente, ofreciendo un asentimiento cortés. —Ha sido un placer. Espero tener noticias suyas. —Con esas palabras finales, se dio la vuelta y salió de la sala privada, sus pasos firmes y seguros.

Maria observó a Constance marcharse, luego volvió sus penetrantes ojos marrones hacia mí. —Elena, ¿qué piensas? —preguntó, juntando las manos frente a ella sobre la mesa.

—Su experiencia es impresionante —dije, recordando la manera en que hablaba de sus pacientes anteriores. Su comportamiento tranquilo había sido una presencia reconfortante en la habitación—. Parece capaz de manejar las necesidades de Enzo.

Maria asintió lentamente, su expresión pensativa. —Estoy de acuerdo. Es esencial que encontremos a alguien que pueda manejar su condición con paciencia y comprensión. Necesitamos confiar implícitamente en esta persona para el cuidado de Enzo.

—La confianza es fundamental —afirmé, mi mente ya sopesando la gravedad de nuestra decisión. Por Enzo, y por la estabilidad que traería a nuestra familia, teníamos que tomar la decisión correcta.

La puerta del coche se cerró con un suave golpe mientras Maria y yo salíamos al aire fresco de la tarde temprana. Nos acercamos a una pequeña clínica, cuya fachada discreta se mezclaba con la hilera de negocios que bordeaban la calle. Dentro, otra enfermera, esta vez llamada Sofia, nos esperaba, su postura erguida y sus ojos alerta.

—Buenas tardes, Sofia —saludó Maria, extendiendo su mano con gracia practicada—. Gracias por reunirse con nosotras.

—Por supuesto, señora Vitale —respondió Sofia, su apretón de manos firme—. Y señorita Rossi, es un placer.

Nos acomodamos en la habitación austera, las paredes estériles de la clínica en marcado contraste con la calidez que habíamos intentado cultivar durante nuestra primera entrevista. A pesar de esto, la presencia de Sofia llenaba el espacio, su confianza aparente en cada respuesta que proporcionaba. Las preguntas fluyeron suavemente entre Maria y yo, cada consulta un paso deliberado en nuestra danza de evaluación.

—¿Podría describir un momento en el que tuvo que adaptarse rápidamente a la condición cambiante de un paciente? —pregunté.

—El año pasado, estaba cuidando a un caballero que sufrió un derrame cerebral repentino —respondió Sofia sin vacilar—. Inicié los protocolos de emergencia mientras lo mantenía calmado hasta que llegó la ambulancia. Es importante mantener la compostura bajo presión.

Sus palabras resonaron en mí, la fuerza subyacente en su voz pintando un cuadro de confiabilidad. Maria tomó nota, su expresión no revelando nada pero diciéndolo todo para alguien que la conocía tan bien como yo.

La entrevista concluyó con un entendimiento mutuo de los próximos pasos. —Apreciamos su tiempo, Sofia —dijo Maria mientras todas nos poníamos de pie—. Nos pondremos en contacto pronto.

—Gracias a ambas —reconoció Sofia, su asentimiento transmitiendo un respeto que era difícil de ganar en nuestro mundo.

De vuelta en el coche, la ciudad pasaba borrosa mientras Maria y yo discutíamos nuestras impresiones. —La experiencia de Sofia es innegable —ofrecí, repasando momentos de la entrevista en mi cabeza—. Tiene una presencia fuerte, lo que podría ser beneficioso para Enzo.

Maria asintió, sus dedos tamborileando ligeramente en el reposabrazos. —Sí, su compostura es notable. Pero también debemos considerar cómo encajaría en la dinámica del hogar.

—El enfoque de Constance parecía más... nurturante —reflexioné, recordando la suavidad en el comportamiento de la primera candidata.

—Cierto —coincidió Maria, su voz contemplativa—. Necesitamos a alguien que pueda conectar con Enzo a nivel personal, pero que se mantenga firme cuando sea necesario.

—¿Vas a incluir a alguien más en esta decisión? —pregunté.

Maria negó con la cabeza. —No. Haré que Luca realice una verificación de antecedentes de Constance. Si pasa, la contrataremos.

Cuando María y yo regresamos a casa, me sentí atraída al estudio de Enzo. La puerta estaba entreabierta, y escuché la voz de Marco, más suave de lo que jamás la había oído.

—¿Recuerdas cuando me enseñaste a pescar, papá? —decía Marco—. ¿Aquel verano en la casa del lago?

Eché un vistazo, con cuidado de no entrometerme. Marco estaba sentado junto a Enzo, sus perfiles iluminados por el sol de la tarde. El ceño de Enzo se fruncía en concentración.

—El lago... sí —dijo Enzo lentamente—. Pescaste uno grande. Casi te arrastra al agua.

Marco se rio, un sonido tan raro que hizo que mi corazón saltara. —Así es. Me agarraste justo a tiempo.

Observé cómo Marco colocaba suavemente su mano sobre la de su padre. El gesto era tan tierno que me hizo llorar.

Los ojos de Enzo se nublaron de nuevo. —¿Marco? ¿Dónde está tu madre?

—Volverá pronto, papá. No te preocupes, está a salvo.

—Bien, bien —asintió Enzo, luego miró a Marco con repentina claridad—. Los protegerás a todos, ¿verdad? A la familia.

La mandíbula de Marco se tensó, pero su voz permaneció suave. —Siempre, papá. Lo prometo.

Di un paso atrás, con el pecho oprimido por la emoción. Este era un lado de Marco que no había visto en mucho tiempo: paciente, amoroso, vulnerable. Era un marcado contraste con el hombre frío y calculador que dirigía el negocio familiar.

Me retiré a la biblioteca, con la mente acelerada. La imagen de la ternura de Marco con su padre se negaba a abandonarme. Me hundí en un sillón de cuero, tratando de reconciliar este nuevo lado de él con el hombre que creía conocer.

La puerta crujió al abrirse, y Marco entró. Sus ojos encontraron los míos, y por un momento, vi el peso de todo lo que cargaba.

—Elena —dijo, con voz baja—. No esperaba encontrarte aquí.

Me puse de pie, atraída hacia él. —¿Cómo está tu padre?

Los hombros de Marco se hundieron ligeramente. —Está descansando ahora. Es... difícil

verlo así.

Me acerqué más, mi mano suspendida cerca de su brazo. —Eres tan paciente con él. Es hermoso de ver.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos, con un destello de vulnerabilidad en sus profundidades. —Alguien tiene que ser fuerte por él. Y por mi madre.

En ese momento, comprendí. El exterior duro, las decisiones calculadas, todo era un escudo para proteger a quienes amaba. Mi corazón se hinchó con una mezcla de admiración y temor.

—Marco —susurré, tocando finalmente su brazo—. No tienes que cargar con esto solo.

Me miró, su mirada intensa. —Elena, esta vida... es peligrosa. Complicada. Y con la condición de mi padre...

Lo interrumpí, sorprendiéndome a mí misma con mi convicción. —Estoy aquí. Pase lo que pase, estoy aquí.

La mano de Marco cubrió la mía, su toque electrizante. —No sabes lo que estás diciendo.

Pero sí lo sabía. En ese momento, supe que estaría a su lado pasara lo que pasara. La realización me emocionaba y aterrorizaba a la vez.

—Sé exactamente lo que estoy diciendo —respondí, con voz firme a pesar de mi corazón acelerado.

Marco me acercó más, su frente apoyada contra la mía. Nos quedamos allí, en silencio, mientras el peso de mi compromiso se asentaba sobre ambos.

# Capítulo 2

Elena

Caminaba de un lado a otro por el dormitorio tenuemente iluminado, mis pies descalzos pisando suavemente el frío suelo de madera. El reloj digital en la mesita de noche brillaba marcando las 3:27 AM, burlándose de mis vanos intentos por conciliar el sueño. Mi mente daba vueltas, repitiendo los eventos de las últimas semanas en un bucle interminable y tortuoso.

—Debería haberme quedado —susurré para mí misma, pasando los dedos por mi cabello enmarañado—. Si no me hubiera ido, si no hubiera sido tan terca...

La imagen del rostro ensangrentado de Marco apareció ante mis ojos, haciéndome estremecer. Me dejé caer en el borde de la cama, con las manos temblorosas.

—¿Elena? —la voz de Marco, ronca por el sueño, interrumpió mis pensamientos en espiral—. ¿Qué pasa?

Me giré para mirarlo, con la culpa carcomiendo mis entrañas.

—No puedo dejar de pensar en ello. Si no hubiera insistido en volver a mi apartamento...

—Basta —interrumpió Marco, incorporándose con una mueca de dolor—. Los Lombardi habrían encontrado otra manera. Tú no hiciste nada malo.

Negué con la cabeza, sin convencerme.

—Pero si te hubiera escuchado, quizás tú no habrías...

—Ven aquí —dijo con firmeza, extendiendo su mano hacia mí.

Dudé antes de acostarme a su lado. El brazo de Marco me rodeó, atrayéndome hacia él.

—Sigo viéndolo —confesé, con la voz amortiguada contra su pecho—. Cada vez que cierro los ojos, te veo sangrando, roto, con el Dr. Calderone sin saber si podría salvarte.

Mis palabras se ahogaron cuando un sollozo se elevó en mi garganta. La mano de Marco acarició mi cabello, su tacto anclándome a la realidad.

—Estoy aquí —murmuró—. Ahora estamos a salvo.

Una vez que se volvió a dormir, me levanté y deambulé por los oscuros pasillos de la mansión Vitale, con la mente acelerada. Me encontré en la cocina, mirando por la ventana los jardines bien cuidados.

—¿No puedes dormir? —preguntó una voz detrás de mí.

Me giré sobresaltada, con el corazón acelerado, para ver a Luca de pie en la entrada. Parecía cansado, su habitual apariencia compuesta ligeramente suavizada.

—No —admití—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Luca asintió, dirigiéndose a la estufa.

—¿Té?

—Por favor —dije, hundiéndome en una silla de la isla de la cocina.

Mientras Luca preparaba el té, luché con mis pensamientos.

—¿Cómo lo haces? —pregunté finalmente—. ¿Vivir con el peligro?

Luca se detuvo, dándome la espalda.

—Les digo a todos que soy el tipo más duro de esta ciudad y que no le temo a nada —dijo—. Pero la verdad es que sigo adelante incluso cuando tengo miedo. Ya no hay muchas cosas

que me asusten.

Trajo dos tazas humeantes a la isla, deslizando una hacia mí.

—Pero nunca desaparece por completo.

Rodeé la taza caliente con mis manos.

—No sé si soy lo suficientemente fuerte.

Los ojos de Luca se encontraron con los míos, suaves y comprensivos.

—La fuerza no consiste en no tener miedo. Se trata de enfrentarse a ese miedo cada día.

Tomé un sorbo de té, dejando que sus palabras calaran en mí.

—Amo a Marco —dije—. Y tus padres han sido muy amables, pero no puedo evitar pensar que quizás estaría mejor sola.

—Esa es una decisión que solo tú puedes tomar —dijo Luca—. Pero recuerda, irte no garantiza la seguridad. Solo garantiza que te enfrentarás a tus miedos sola.

Luca me observó pensativo, y luego habló de nuevo, con voz más suave.

—Sabes, Elena, ser parte de esta familia significa más que solo lidiar con el peligro. Es mi privilegio proteger a esta familia. Los amo, y ese amor me da fuerza.

Fui al fregadero y enjuagué mi taza.

—Gracias, Luca.

Luca asintió, su mirada firme y tranquilizadora.

—Somos familia, Elena. Nos cuidamos los unos a los otros. Y todos esperamos que te unas oficialmente a nuestra familia también.

El dormitorio estaba envuelto en oscuridad, rota solo por el resplandor azul de la pantalla del ordenador de Marco. Me quedé de pie en la puerta, con el corazón latiendo contra mis costillas. Marco estaba sentado en su escritorio, con los ojos fijos en las imágenes de seguridad que parpadeaban frente a él. Sus dedos tamborileaban un ritmo inquieto sobre la pulida superficie.

—No se suponía que te despertaras —dije.

Cerró el portátil.

—Solo estaba revisando algunas cosas. ¿Adónde fuiste?

Sonreí.

—Bajé a la cocina y tomé té con Luca. Él es... no es lo que esperaba.

Marco estaba a punto de responderme cuando un alboroto proveniente del pasillo llamó nuestra atención. La cabeza de Marco se giró bruscamente hacia el sonido, su cuerpo tensándose.

—Papá —murmuró, moviéndose ya hacia la puerta.

Lo seguí, con el corazón acelerado mientras nos apresurábamos por el pasillo. La escena que nos recibió en la habitación de Enzo hizo que se me cortara la respiración.

Maria estaba inclinada sobre Enzo, que se agitaba en su cama, con los ojos desorbitados y sin enfoque.

—¿Quiénes son ustedes? —gritó, con la voz ronca y asustada—. ¿Dónde estoy?

Marco corrió al lado de su padre, sujetando suavemente pero con firmeza sus hombros.

—Papá, soy yo. Marco. Estás en casa. Estás a salvo.

Observé cómo Marco luchaba por calmar a su padre, hablando en tonos bajos y tranquilizadores. La tensión era evidente en su rostro, una mezcla de dolor y determinación.

Maria me miró, sus rasgos habitualmente compuestos grabados con preocupación.

—Elena, ¿puedes traer su medicación? Está en el armario del baño.

Asentí, agradecida por tener algo concreto que hacer. Mientras buscaba las pastillas, escuché la voz confusa de Enzo detrás de mí.

—¿Marco? ¿Mi hijo? Pero si eres solo un niño...

Al volver con la medicación, vi a Marco intercambiar una mirada con su madre. El peso de su carga compartida era palpable, y sentí una oleada de empatía por ambos.

—Aquí tienes —dije suavemente, entregando las pastillas a Maria. Ella me sonrió agradecida, sus ojos reflejando tanto agotamiento como un amor inquebrantable por su marido.

Mientras María persuadía a Enzo para que tomara su medicación, puse una mano sobre el tenso hombro de Marco. Él la cubrió con la suya, y sentí cómo se apoyaba ligeramente en mi contacto.

De repente, la mirada de Enzo se fijó en mí, sus ojos aclarándose por un momento. —Ah, ahí estás —dijo, con voz más firme—. La esposa de Marco. Ven aquí, querida.

Me quedé paralizada, con el corazón acelerado. La mano de Marco se tensó sobre la mía, una disculpa silenciosa en su tacto.

—Papá —comenzó Marco, pero Enzo lo interrumpió con un gesto.

—No interrumpas, hijo. Quiero hablar con tu encantadora esposa.

Tragando saliva, me acerqué a la cama. —Hola, Enzo —dije suavemente.

Él extendió la mano, tomando la mía entre sus manos desgastadas. —Eres buena para mi muchacho —dijo, con voz áspera pero cálida—. Veo cómo lo apoyas. Eso es lo que esta familia necesita.

Sentí una oleada de emociones contradictorias. Culpa por el engaño, calidez por su aprobación y un extraño e inesperado anhelo. —Gracias —logré decir.

Enzo asintió, satisfecho, y luego se volvió hacia Marco. Mientras hablaban, me retiré a la esquina de la habitación, con la mente dando vueltas.

¿Cómo sería, me pregunté, ser realmente la esposa de Marco? ¿Estar a su lado, no solo en momentos de crisis, sino en todos los aspectos de su vida? La idea me emocionaba y aterrorizaba a la vez.

Miré a Marco, vi la forma gentil en que atendía a su padre, la fuerza en sus hombros mientras soportaba el peso de las expectativas de su familia. ¿Podría yo ser la compañera que necesitaba? ¿Quería serlo?

Sin embargo, mientras observaba a Marco con sus padres, sentí una atracción hacia él, hacia esta complicada y feroz familia. Me asustaba lo mucho que deseaba pertenecer.

# Capítulo 3

Elena

Maria se acercó a mí con una cálida sonrisa, su elegante postura ocultando la seriedad de sus siguientes palabras.

—Elena, querida, ¿te gustaría acompañarme de compras hoy?

Vacilé, mis ojos desviándose hacia los estoicos guardaespaldas apostados cerca de la puerta. Su presencia era un crudo recordatorio del peligro que acechaba más allá de estas paredes.

—¿Compras o esa otra cosa? —pregunté.

Los ojos marrones de Maria se suavizaron mientras reía.

—Compras de verdad hoy. Necesito algunas cosas y es agradable salir de casa de vez en cuando.

Consideré su oferta. Una parte de mí anhelaba la normalidad, una probada de la vida que una vez tuve. Otra parte temía los riesgos. Pero al ver la expresión esperanzada de Maria, tomé mi decisión.

—De acuerdo —dije, sorprendida por mi propia determinación—. Hagámoslo.

Al salir de la mansión, flanqueadas por un discreto equipo de guardaespaldas, no pude sacudirme la sensación de estar siendo observada. Cada transeúnte parecía una amenaza potencial, cada coche un posible asaltante.

—Intenta relajarte —murmuró Maria, sintiendo mi tensión—. Nuestra seguridad es de primera.

Asentí, forzando una sonrisa.

—Lo intento. Es solo que... es diferente.

Nuestra primera parada fue una boutique de lujo. Al entrar, la aduladora atención del personal me distrajo momentáneamente de mis preocupaciones.

—Esto te quedaría espectacular —dijo Maria, sosteniendo un elegante vestido esmeralda.

Pasé mis dedos por la suave tela.

—Es hermoso, pero...

—Sin peros —interrumpió Maria suavemente—. Pruébatelo. Permítete disfrutar esto.

En el probador, me puse el vestido. El espejo reflejaba a una mujer que apenas reconocía: serena, elegante, perfecta para el mundo de los Vitale. ¿Era esto en lo que me estaba convirtiendo?

Continuamos nuestra jornada de compras, moviéndonos de una boutique exclusiva a otra. Mientras revisábamos percheros de ropa de diseñador, me encontré relajándome, incluso disfrutando la experiencia. La cálida presencia de Maria y sus genuinos intentos por hacerme sentir bienvenida gradualmente aliviaron mi tensión.

—Creo que es hora de renovar tu guardarropa.

Casi me atraganté.

—¿Mi guardarropa? ¿Qué tiene de malo?

Maria rió, un sonido cálido y rico.

—Nada, cara. Pero ahora eres prácticamente parte de nuestra familia. Es hora de que te vistas como tal.

La siguiente boutique a la que entramos era diferente a cualquiera que hubiera visto antes. Lámparas de cristal colgaban del techo, y alfombras mullidas amortiguaban nuestros pasos.

Una vendedora se acercó, con una amplia sonrisa.

—Signora Vitale, bienvenida de nuevo. ¿Cómo podemos ayudarla hoy?

Maria me señaló.

—Mi nuera necesita un nuevo guardarropa. Algo elegante, acorde a su posición.

Sentí que mis mejillas se calentaban ante sus palabras. Nuera. Posición. Todo parecía tan irreal.

—Por supuesto —asintió la vendedora—. Empecemos con algo para la noche.

Mientras se alejaba apresuradamente, me volví hacia Maria.

—Esto no es necesario. No necesito...

Maria me interrumpió con un suave toque en el brazo.

—Elena, déjame hacer esto por ti. Considéralo una bienvenida a la familia.

—Pero yo... —dudé, luego asentí. Cuando la vendedora regresó con los brazos llenos de vestidos, me retiré al probador. El primer vestido era de un verde esmeralda intenso, su tela suave contra mi piel.

—Sal, déjanos ver —llamó Maria.

Salí, sintiéndome expuesta. Los ojos de Maria se iluminaron.

—¡Bellissima! Te ves espectacular.

Mientras me giraba para examinarme en el espejo, no pude evitar estar de acuerdo. El vestido me quedaba perfectamente, acentuando curvas que a menudo trataba de ocultar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Maria.

Sonreí, sorprendiéndome a mí misma.

—Me siento... hermosa.

—Eres hermosa —afirmó Maria—. Este vestido fue hecho para ti.

La vendedora asintió con entusiasmo.

—Signora, parece de la realeza.

Sus palabras me envolvieron, y sentí un cambio en mi interior. Por un momento, no era solo Elena Rossi, la curadora de arte atrapada en un mundo que no entendía. Era Elena Vitale, serena y segura.

—Nos lo llevamos —declaró Maria—. Y probemos algunos más.

Una hora después, salimos de la boutique con varias bolsas. Me sentía culpable por la extravagancia, pero Maria descartó mis preocupaciones.

Nuestra siguiente parada fue un restaurante, donde el maître nos sentó en la mejor mesa y los otros comensales nos miraban con una mezcla de envidia y temor.

—Dime, Elena —dijo Maria una vez que ordenamos—, ¿cómo te estás adaptando a la vida en nuestra casa?

Consideré mi respuesta cuidadosamente.

—Es... diferente. A veces siento que estoy viviendo la vida de otra persona.

Maria asintió, sus ojos suavizándose.

—Entiendo. Me sentí igual cuando me casé con Enzo por primera vez.

Esto me sorprendió.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Era joven, ingenua. No tenía idea en lo que me estaba metiendo. —Hizo una pausa mientras llegaban nuestras bebidas—. Los primeros años fueron desafiantes. Enzo estaba construyendo la influencia de la familia, y yo me quedaba sola durante días, a veces semanas.

Me incliné hacia adelante, intrigada.

—¿Cómo lo sobrellevaste?

Los labios de Maria se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Aprendí a ser fuerte. A valerme por mí misma. Y lo más importante, aprendí a confiar completamente en Enzo.

Mientras hablaba, vi una profundidad en Maria que no había notado antes. La fuerza bajo su elegante exterior, el acero en su columna vertebral.

—No fue fácil —continuó—. Hicimos sacrificios. Pero construimos algo juntos, algo duradero.

Pensé en Marco, en la vida que estábamos construyendo. —¿Alguna vez tuviste miedo? —pregunté suavemente.

Maria encontró mi mirada. —Todos los días. Pero el miedo puede ser un poderoso motivador, Elena. Me enseñó a proteger lo que es mío.

Maria extendió la mano a través de la mesa, cubriendo suavemente la mía. —Sé que puede parecer peligroso, Elena. Pero recuerda, somos más fuertes cuando estamos unidas.

Sentí un calor extenderse por mí ante su toque, sus palabras. —Unidas —repetí, el concepto a la vez reconfortante y abrumador.

—La familia Vitale protege a los suyos —continuó Maria, su voz baja pero firme—. Enfrentamos nuestros desafíos como uno solo. Es así como hemos sobrevivido, como hemos prosperado.

Mientras hablaba, noté movimiento en mi visión periférica. Dos hombres en trajes oscuros cambiaron de posición cerca de la entrada del restaurante. Nuestros guardaespaldas.

Maria siguió mi mirada. —Son una precaución necesaria —dijo, apretando mi mano—. Pero no dejes que su presencia eclipse tu vida. No podemos vivir con miedo.

Asentí, tratando de interiorizar sus palabras. —A veces es difícil —admití—. Sentirse normal cuando siempre nos están observando.

—Lo sé, cara —dijo Maria, sus ojos marrones llenos de comprensión—. Pero concéntrate en los momentos que importan. Como hoy, de compras con tu suegra. O pronto suegra, espero.

Su intento de ligereza me hizo sonreír, a pesar del peso de nuestra conversación. —Gracias, Maria. Por todo.

Paseamos por la bulliciosa calle después del almuerzo, el sol de la tarde calentando nuestros rostros. Hice un esfuerzo consciente por apartar los pensamientos sobre los guardaespaldas de mi mente, concentrándome en cambio en la presencia de Maria a mi lado.

—Cuéntame sobre cuando conociste a Enzo por primera vez —le pedí, dejándome llevar por la curiosidad.

Los ojos de Maria se iluminaron, una suave sonrisa jugando en sus labios. —Ah, fue en una gala benéfica. Yo apenas tenía veinte años, y él era este hombre apuesto y taciturno que no podía quitarme los ojos de encima.

Me reí, imaginando a un joven Enzo embelesado. —¿Amor a primera vista?

—Para él, quizás —Maria me guiñó un ojo—. Yo le hice trabajar para conseguirlo.

Mientras caminábamos, Maria me deleitó con historias de sus primeros días con Enzo.

Me sentí cautivada, viendo destellos de la mujer detrás de la matriarca Vitale.

—¿Y tú, Elena? —preguntó Maria—. ¿Fue amor a primera vista para ti?

Vacilé, ralentizando mis pasos. —No exactamente, no. Más bien intriga a primera vista. Pero a medida que Marco y yo avanzábamos de pieza en pieza en la exposición, me sorprendió lo mucho que sabía sobre arte y lo dispuesto que estaba a hablar sobre cómo le hacía sentir.

Maria asintió, su expresión pensativa. —Ese es mi Marco. No es común que un hijo mayor lleve el corazón en la manga, pero él lo hace. Y te ama, Elena.

Sonreí ante el pensamiento. Sabía que lo hacía. Y yo lo amaba. Parecía que todo lo que necesitábamos eran un par de anillos y un sacerdote.

Me detuve frente al escaparate de una joyería: una selección de relojes para hombre brillaba bajo la luz del sol.

Me detuve, estudiando los relojes. —Marco mencionó que necesitaba un reloj nuevo.

Maria sonrió, guiándome hacia la tienda. —Una excelente idea. Un regalo del corazón.

Mientras explorábamos, sentí un cambio dentro de mí. Esto no se trataba solo de comprar un reloj. Era una declaración, un compromiso con Marco y su mundo.

Seleccioné un modelo elegante y discreto. —Este. Es elegante sin ser ostentoso.

Maria asintió con aprobación. —Lo entiendes bien, Elena.

Ella compró el reloj e insistió en que yo se lo diera. Al salir de la boutique, Maria enlazó su brazo con el mío. —Dime, ¿qué esperas para tu futuro con Marco?

Respiré profundamente. —Estabilidad. Amor. Una oportunidad para marcar la diferencia.

—Y esas son exactamente las cosas que queremos para ustedes dos —dijo Maria suavemente—. Nuestro mundo tiene sus peligros, pero también ofrece oportunidades para efectuar un cambio real.

Nos acercamos al coche, nuestros guardaespaldas materializándose entre la multitud. Mientras nos acomodábamos en el asiento trasero, me volví hacia Maria.

De vuelta en la mansión, encontré a Marco en su estudio. Levantó la vista de su escritorio, sus ojos verdes se ensancharon al verme.

—Elena —dijo, poniéndose de pie—. Te ves... diferente.

Crucé la habitación, mi nueva confianza impulsándome hacia adelante. —Tu madre y yo tuvimos un buen día.

Los dedos de Marco rozaron mi mejilla. —Puedo verlo. ¿Te mimó con regalos?

Sonreí. —Lo hizo. Deberías ver todo lo que me compró.

Mientras nos sentábamos, le conté sobre el viaje de compras, las conversaciones con Maria, el cambio gradual en mi perspectiva. Marco escuchó atentamente, su mano descansando sobre la mía.

—Seguía diciéndole a la gente que yo era su nuera. Quería contradecirla, pero no lo hice.

Él arqueó una ceja en señal de interrogación.

—Porque actuaba como si fuera la mujer más afortunada por tenerme en su familia.

# Capítulo 4

Marco

El reloj de mi escritorio marcaba las 5:30 de la mañana mientras examinaba la pila de archivos frente a mí. Me palpitaba la cabeza, un recordatorio de mis recientes heridas, pero lo ignoré. Había trabajo que hacer y una vez que Elena me despertó, no pude volver a dormirme.

Golpeé mi bolígrafo contra la caoba pulida, examinando un informe sobre nuestras nuevas operaciones en la Costa Oeste. Algo no cuadraba. Las cifras no coincidían, lo que sugería una posible fuga. Tomé nota para que Salvatore lo investigara más a fondo.

La puerta crujió al abrirse y los suaves pasos de Elena se acercaron.

—Marco, necesitas descansar —dijo, colocando una bandeja con el desayuno en mi escritorio.

Levanté la vista, observando su expresión preocupada.

—Tuve suficiente tiempo para descansar mientras me recuperaba. Ahora necesito ponerme al día con todo lo que no hice entonces.

Elena suspiró.

—Al menos come algo. No le servirás de nada a la familia si te desmayas.

Asentí, alcanzando un trozo de pan tostado.

—Gracias —dije, con voz más suave—. Sé que estás preocupada, pero tengo que hacer esto.

Cuando Elena se fue, volví a mi trabajo. Una hora después, convoqué una reunión con mis principales lugartenientes. La tensión en la sala era palpable mientras entraban, intercambiando miradas cautelosas. Una reunión a primera hora de la mañana era inusual y estaban preocupados.

Me recliné en mi silla, con los dedos entrelazados bajo la barbilla.

—Ahora, escuchemos sus informes. Antonio, tú primero.

Antonio, un hombre robusto con las sienes canosas, se aclaró la garganta.

—Jefe, hemos descubierto algunas discrepancias en nuestros manifiestos de envío. Varios contenedores llegaron con menos peso, y el papeleo no cuadra.

Fruncí el ceño, mi mente trabajando a toda velocidad.

—¿Qué ruta?

—La ruta de Porto del Sole —respondió Antonio.

Tomé nota en el bloc frente a mí. Esa ruta en particular había sido rentable durante años. Si alguien estaba desviando mercancía, habían elegido un punto vulnerable.

—Carlo, ¿qué hay de nuestros contratos de construcción?

Carlo, delgado y de mirada aguda, se inclinó hacia adelante.

—Ha habido actividad inusual en torno al proyecto Mirafiori. Grandes sumas moviéndose a través de empresas fantasma que no controlamos.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Nombres?

—Aún los estamos rastreando, pero los primeros indicios apuntan a la familia Russo.

Asentí, procesando la información. Los Russo eran viejos aliados, pero las alianzas podían cambiar como la arena.

A medida que cada lugarteniente presentaba sus hallazgos, fui armando un cuadro inquietante. Alguien estaba orquestando una compleja red de engaños, y conocía íntimamente nuestras operaciones.

Me puse de pie, caminando a lo largo de la habitación.

—Caballeros, nos enfrentamos a un ataque coordinado en múltiples frentes. Necesito que cada uno de ustedes profundice más. Sigan cada pista, sin importar a dónde los lleve.

Me giré, fijando en ellos una mirada dura.

—No confíen en nadie fuera de esta sala. Reporten directamente a mí, y solo a mí. ¿Está claro?

Un coro de "Sí, jefe" resonó alrededor de la mesa.

Podía sentir sus ojos sobre mí, una mezcla de miedo y respeto. Bien. El miedo los mantendría leales, el respeto los haría eficaces.

—Pueden retirarse —dije, observando cómo salían.

Cuando la puerta se cerró, me permití un momento de duda. ¿Podía confiar incluso en estos hombres? El pensamiento me heló la sangre, pero lo aparté. No podía permitirme la paranoia, no ahora.

Dirigí mi atención a mis padres, aún sentados en el extremo de la mesa. El rostro de mi madre era una máscara de preocupación, sus ojos se dirigían constantemente a mi padre. Las cenas familiares se estaban volviendo demasiado agotadoras para él.

Enzo Vitale, una vez el hombre más temido de todo Nueva York, ahora parecía pequeño y frágil. Sus ojos, normalmente agudos como los de un halcón, estaban desenfocados y nublados. Murmuró algo ininteligible, sus manos temblando mientras alcanzaba un vaso de agua. Ni siquiera los intentos de Elena por distraerlo ayudaron.

—¿Qué dices, papá? —pregunté, acercándome.

Me miró, con la confusión grabada en su rostro.

—El envío... de Palermo. ¿Llegó?

Se me encogió el corazón. Ese envío había llegado y partido hace más de una década.

—Sí, papá. Todo está solucionado.

Crucé una mirada con mi madre, vi el dolor allí. Ella puso una mano gentil sobre el brazo de Enzo.

—Caro, quizás deberíamos descansar ahora.

Enzo negó con la cabeza obstinadamente.

—No, no. Hay trabajo que hacer. La familia me necesita.

Tragué con dificultad, luchando contra una oleada de emoción. La familia sí lo necesitaba, pero no así. Necesitábamos al hombre que solía ser, el titán que había construido nuestro imperio de la nada.

Me arrodillé junto a la silla de mi padre, hablando suavemente.

—Papá, has hecho más que suficiente. Déjame encargarme de las cosas por un tiempo.

Me miró, con un destello de reconocimiento en sus ojos.

—Marco, hijo mío. ¿Protegerás a la familia?

—Con mi vida —prometí, diciendo cada palabra en serio.

Me enderecé, dirigiéndome a mi madre.

—Mamá, voy a llamar al Dr. Calderone. Vendrá a casa, se asegurará de que papá esté

cómodo.

El alivio inundó su rostro.

—Grazie, Marco. Eso sería lo mejor.

Mientras sacaba mi teléfono para hacer la llamada, sentí que el peso de la responsabilidad se asentaba más firmemente sobre mis hombros. Tenía que ser fuerte ahora, por todos nosotros.

Me retiré a mi estudio, cerrando la puerta tras de mí. El juego de ajedrez antiguo sobre mi escritorio llamó mi atención, sus piezas congeladas en una eterna batalla estratégica. Pasé mis dedos sobre la superficie lisa y fría del rey negro, mi mente trabajando a toda velocidad.

El declive de mi padre se estaba acelerando. El hombre que me había enseñado todo sobre el poder y el control se estaba desvaneciendo, dejando un vacío que amenazaba con desestabilizar todo lo que habíamos construido. Tenía que actuar rápida y decididamente.

Tomé el teléfono, marcando un número que conocía de memoria. —Salvatore —dije cuando contestó—. Necesito que traigas a Gianni a la mansión esta noche. Dile que es sobre el nuevo proyecto de desarrollo en Catania.

—Por supuesto, Don Marco —respondió Salvatore—. ¿Alguna hora en particular?

Interiormente, me estremecí al ser llamado Don Marco. Papá lideró la familia hasta que ya no pudimos ocultar su condición.

—A las nueve. Y Salvatore, asegúrate de que venga solo.

Terminé la llamada, apretando la mandíbula mientras consideraba lo que me esperaba. Gianni había estado con nosotros durante años, un asociado de confianza en nuestras empresas inmobiliarias. Pero algo no cuadraba en sus informes recientes, y mis instintos me gritaban que estaba involucrado en las traiciones que habíamos descubierto.

Mientras esperaba a Sal y a Gianni, examiné documentos financieros e informes de vigilancia, construyendo mi caso. El tictac del reloj antiguo sobre la chimenea parecía hacerse más fuerte con cada hora que pasaba, un recordatorio del precioso tiempo que se escapaba de mi padre, de todos nosotros.

A las 8:55, llegó el mensaje de Salvatore: "Estamos aquí".

Me levanté, enderezando mi corbata y abrochando la chaqueta de mi traje. El tiempo para la reflexión había terminado. Ahora, tenía que ser el líder que mi padre me había criado para ser, el hombre que protegería a nuestra familia a cualquier costo.

Salvatore me encontró al pie de las escaleras, su rostro una máscara de desapego profesional. —Está en la sala de conferencias, Don Marco.

Asentí, mi voz baja y controlada. —Bien. Espera afuera. Nadie entra hasta que yo lo diga.

Con un profundo respiro, empujé las puertas de la biblioteca, listo para enfrentar cualquier verdad o mentira que me esperara.

Gianni Caruso estaba sentado en uno de los sillones de cuero, sus dedos tamborileando un ritmo errático en el reposabrazos. Cuando entré, sus ojos se encontraron con los míos y luego se desviaron, posándose en las estanterías detrás de mí.

—Gianni —dije, manteniendo mi voz neutral—. Gracias por venir con tan poca antelación.

Se puso de pie, alisando su chaqueta. —Por supuesto, Don Marco. Siempre feliz de ayudar a la familia.

Caminé hacia el escritorio de mi padre, pasando mi mano por su superficie pulida. El peso de la responsabilidad me presionaba, pero no podía dejarlo ver. Me volví para enfrentar a Gianni, apoyándome en el borde del escritorio.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿verdad? —pregunté, observando

atentamente sus reacciones.

Gianni asintió, con una sonrisa tensa en su rostro. —Desde que éramos niños. Su padre siempre ha sido bueno con mi familia.

Permití que un momento de silencio se cerniera entre nosotros, notando cómo Antonio cambiaba su peso de un pie al otro.

—Entonces entiendes la importancia de la lealtad —dije, mi tono volviéndose más afilado—. De la confianza.

La sonrisa de Gianni flaqueó. —Por supuesto, Don Marco. La familia Vitale tiene mi completa lealtad.

Alcancé detrás de mí, tomando un archivo del escritorio. —¿La tiene? Porque estos informes financieros cuentan una historia diferente.

El rostro de Gianni palideció. Continué, mi voz baja y peligrosa. —Explícame por qué hay una discrepancia de dos millones de euros en nuestras cuentas sicilianas. Cuentas que tú supervisas.

—Debe haber algún error —tartamudeó Gianni, su compostura quebrándose—. Puedo asegurarle...

Lo interrumpí, golpeando el archivo sobre el escritorio. El sonido resonó en la biblioteca como un disparo. —No hay errores, Gianni. Revisé los números yo mismo. Tres veces.

Me acerqué a él, apenas conteniendo mi ira. —¿Para quién estás trabajando? ¿Los Rossini? ¿La familia Calabrese?

Gianni dio un paso atrás, su espalda golpeando la estantería. —Don Marco, por favor. Nunca traicionaría a la familia. Debe haber otra explicación.

Miré fijamente sus ojos, buscando la verdad. Mi corazón latía con fuerza, pero mantuve mi exterior calmado y frío. —Entonces dame una. Ahora.

Los ojos de Gianni recorrieron la habitación, buscando una salida que no existía. Mantuve mi mirada de acero, esperando.

—Yo... no tuve elección —finalmente graznó—. Amenazaron a mi familia.

Apreté la mandíbula. —¿Quiénes?

—Los Calabrese. Dijeron que matarían a mi hija si no cooperaba.

Inhalé profundamente, procesando esta información. Una parte de mí simpatizaba con la difícil situación de Gianni, pero una parte más grande sabía que no podía dejar pasar esto. La seguridad de la familia era primordial.

—Antonio, Luca —llamé. Mis hermanos aparecieron desde la habitación contigua—. Lleven a Gianni al almacén. Asegúrense de que esté cómodo, pero no lo dejen salir.

Mientras se llevaban a Gianni, me volví hacia Salvatore. —Pon a nuestros equipos de seguridad en alerta máxima. Quiero que la familia de Gianni esté bajo nuestra protección inmediatamente. Y consígueme todo lo que tengamos sobre las actividades recientes de los Calabrese.

Salvatore asintió, ya alcanzando su teléfono. —¿Cuál es nuestro próximo movimiento, Don Marco?

Caminé hacia la ventana, mirando los extensos jardines de la finca Vitale. Mi mente repasaba rápidamente posibles escenarios, sopesando riesgos y ventajas.

—Necesitamos enviar un mensaje —dije, volviéndome para enfrentar a Salvatore—. Los Calabrese cruzaron una línea, y necesitan entender las consecuencias.

Me moví hacia mi escritorio, sacando una lista de nuestros aliados. —Organiza reuniones con las familias Rossi y Bianchi. Es hora de que les recordemos a todos la fuerza de nuestras

alianzas.

Salvatore arqueó una ceja. —¿Crees que se pondrán de nuestro lado contra los Calabrese?

—Lo harán —dije, mi voz llena de tranquila confianza—. Porque saben lo que les pasa a quienes no honran sus acuerdos con los Vitale.

Mientras examinaba los documentos esparcidos sobre mi escritorio, un suave golpe en la puerta llamó mi atención. Elena entró, llevando una bandeja con café y pasteles. Su presencia instantáneamente alivió la tensión en mis hombros.

—No has cenado —dijo, dejando la bandeja—. Pensé que podrías necesitar esto.

Agarré su mano, atrayéndola hacia mí. —Lo que necesito es a ti.

Los ojos azules de Elena se encontraron con los míos, evidenciando preocupación en su mirada. —¿Cómo lo estás llevando, Marco?

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. —Ha sido un día largo. Pero estamos avanzando.

Se sentó en el borde de mi escritorio, entrelazando sus dedos con los míos. —Cuéntame.

—Hemos descubierto a otro traidor —dije, apretando la mandíbula al recordar la confesión de Gianni—. Ahora estamos trabajando en controlar los daños y fortalecer nuestra posición.

Elena asintió, su pulgar trazando círculos reconfortantes en mi mano. —¿Qué puedo hacer para ayudar?

La miré, impresionado por su apoyo inquebrantable. A pesar de sus reservas sobre el negocio familiar, estaba aquí, ofreciendo su ayuda sin dudarlo.

—Ya lo estás haciendo —dije suavemente—. Tú me cuidas a mí y yo cuido del negocio.

Se inclinó, presionando un suave beso en mi frente. —Estoy aquí, Marco. Para lo que necesites.

La atraje hacia mí, enterrando mi rostro en su cabello castaño rojizo. Por un momento, me permití respirar su aroma reconfortante, encontrando consuelo en su abrazo.

Me aparté a regañadientes, mi mente ya corriendo con los siguientes pasos. —Necesito reunirme con Giovanni. Tenemos que solidificar nuestra estrategia para lidiar con las consecuencias.

Elena asintió, con comprensión en sus ojos. —Por supuesto. Me aseguraré de que no te molesten.

Después de que se fue, llamé a Giovanni. Debía estar esperando fuera porque llegó segundos después.

—Siéntese —ordené, señalando las sillas frente a mi escritorio—. Tenemos trabajo que hacer.

Giovanni se inclinó hacia adelante, sus ojos oscuros intensos. —¿Cuál es nuestro próximo movimiento, Marco?

Extendí una serie de documentos sobre el escritorio. —Necesitamos cortar cualquier lazo restante con la red de Gianni. Quiero que revise minuciosamente nuestros negocios legítimos. Asegúrese de que no haya cabos sueltos. Repase toda la documentación y no se pierda nada.

Giovanni asintió, su voz fría y precisa. —Empezaré de inmediato. No podemos permitirnos debilidades en nuestras operaciones legales.

# Capítulo 5

Elena

El sol de la mañana se filtraba por las ventanas de la cocina mientras me acercaba a Maria, con el corazón palpitando de anticipación y nervios. Estaba de pie junto al mostrador, arreglando flores frescas en un jarrón de cristal, sus manos moviéndose con gracia experimentada.

—Maria —dije, aclarándome la garganta—. Me preguntaba si te gustaría pasar el día juntas.

Ella se volvió, sus ojos oscuros iluminándose con sorpresa y calidez.

—Elena, qué idea tan encantadora. Estaré encantada.

Sonreí, sintiendo alivio.

—Pensé que podríamos visitar algunos de tus lugares favoritos, conocernos mejor.

Maria asintió, con expresión pensativa.

—Empecemos por el mercado. Siempre está bullicioso a esta hora del día.

Mientras caminábamos hacia su coche, noté cómo la presencia de Maria imponía respeto entre el personal que pasábamos. Asentían con deferencia, bajando la mirada. Me pregunté cuánto de ese respeto nacía de la admiración y cuánto del miedo.

El trayecto al mercado fue corto, lleno de un silencio cómodo. No siempre me sentía cómoda hablando libremente delante del conductor, que también era nuestra seguridad para el día. Observé la ciudad pasar, intentando calmar mis pensamientos acelerados. Disfrutaba el tiempo que Maria y yo pasábamos juntas y sabía que ella necesitaba descansos más frecuentes de cuidar a Enzo.

El mercado era un tumulto de color y ruido. Los puestos rebosaban de productos frescos, el aire estaba cargado con el aroma de hierbas y flores. Maria se movía entre la multitud con facilidad, saludando a los vendedores por su nombre.

—Este mercado ha estado aquí por generaciones —dijo, guiándome hacia un puesto de frutas—. Mi abuela solía traerme aquí cuando era niña.

Escuché atentamente, observando cómo seleccionaba un puñado de melocotones maduros.

—Debe guardar muchos recuerdos para ti.

Los ojos de Maria se suavizaron.

—Más de los que puedo contar. Este lugar... es un recordatorio de tiempos más sencillos.

Mientras nos movíamos de puesto en puesto, me encontré sumergida en el mundo de Maria. Compartía historias de cada vendedor, pintando un cuadro de una comunidad muy unida. Empecé a verla no solo como la madre de Marco o la esposa de un hombre poderoso, sino como una mujer con su propia historia rica.

Nos detuvimos en un pequeño puesto de quesos, donde un anciano saludó a Maria con un cálido abrazo.

—¡Ah, Maria! Ha pasado mucho tiempo —exclamó, su rostro arrugado arrugándose de alegría.

Maria sonrió, presentándome.

—Giuseppe, esta es Elena, la prometida de mi hijo Marco.

Los ojos de Giuseppe brillaron mientras me estrechaba la mano.

—Bienvenida a la familia, querida. Cualquier amiga de Maria es amiga mía.

Sentí una oleada de calidez ante sus palabras.

—Gracias, Giuseppe. Es un placer conocerte.

Mientras Maria seleccionaba una variedad de quesos, intercambiando bromas amistosas con Giuseppe, me maravillé del contraste entre esta escena y la intimidante reputación de la familia Vitale. Aquí, Maria era solo otro miembro querido de la comunidad. Me tomé un momento para considerar su descripción cambiante de mí. Hoy era la prometida de Marco. Al menos para Maria.

Después de salir del mercado, Maria me llevó a un pintoresco café escondido en una calle lateral. El aroma a café recién hecho y pasteles nos envolvió al entrar. Nos acomodamos en una mesa de la esquina, y Maria pidió para ambas en italiano fluido. Mientras esperábamos nuestro café y pasteles, se inclinó hacia adelante, su expresión volviéndose seria.

—Elena, quiero explicarte algo —comenzó Maria, su voz suave pero firme—. Quizás hayas notado que a veces te llamo la prometida de mi hijo y otras veces mi nuera. No es un error ni un lapsus. Es porque, en mi corazón, ya te veo como una parte permanente de nuestra familia. Cuando digo 'nuera', es mi manera de expresar cuánto espero que tu futuro con Marco se solidifique. Es mi forma de mostrar aceptación y afecto, una esperanza de que pronto sea oficial.

Maria sonrió cálidamente, apretando mi mano.

—Pero también digo 'prometida' porque respeto la realidad de tu relación actual. Entiendo que tú y Marco aún están navegando su camino juntos, y no quiero presionarlos indebidamente. Quiero que sepas que tienes mi apoyo total y que ya te considero familia, sin importar qué. Es un equilibrio entre honrar vuestro viaje y expresar mi sincero deseo de verte como mi nuera en todos los sentidos.

Dejé mi cappuccino.

—Pero sabes que Marco y yo no estamos comprometidos, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé. Pero lo que vosotros dos tenéis no puede resumirse llamándote su novia. Y además, estoy advirtiendo a cualquier otra mujer que piense que tiene una oportunidad con él que ya es demasiado tarde.

Nos sentamos en un cómodo silencio por un momento, sorbiendo nuestro café. Entonces los ojos de Maria se iluminaron con una idea.

—Ven —dijo, poniéndose de pie—. Quiero mostrarte algo.

La seguí fuera del café, curiosa. Caminamos unas cuantas manzanas hasta que llegamos a un extenso parque, su entrada marcada por verjas de hierro forjado.

—Aquí es donde solía traer a Marco y sus hermanos cuando eran niños —explicó Maria mientras entrábamos. El parque era un oasis exuberante en el corazón de la ciudad. Árboles antiguos daban sombra sobre senderos serpenteantes, y coloridos macizos de flores salpicaban el paisaje. El sonido de una fuente cercana se mezclaba con el canto de los pájaros.

—Es hermoso —dije, asimilándolo todo.

Maria asintió, con una expresión nostálgica en su rostro.

—Muchos recuerdos felices aquí.

Paseamos por un sendero, y Maria comenzó a señalar varios lugares.

—¿Ves ese gran roble? —preguntó—. Marco lo trepaba cada vez que veníamos, sin importar cuántas veces le dijera que tuviera cuidado.

Me reí, imaginando a un joven y travieso Marco escalando el enorme tronco.

—¿Siempre fue tan terco?

Maria se rió.

—Oh, no tienes idea. Una vez, decidió que quería atrapar peces en ese estanque de allí. —Señaló un pequeño cuerpo de agua—. Llegó a casa empapado sin un solo pez que mostrar.

Mientras caminábamos, María compartía más historias de la infancia de Marco. Me encontré sonriendo, imaginando al niño despreocupado que debió haber sido, tan diferente del hombre serio e intenso que conocía ahora. —Es difícil imaginar a Marco como un niño —admití —. Ahora carga con tanta responsabilidad.

La expresión de María se volvió sombría. —Tuvo que crecer rápido. Pero momentos como estos, en este parque, lo mantenían con los pies en la tierra, le recordaban las alegrías simples de la vida. —Asentí, comprendiendo. Estas vislumbres del pasado de Marco me hacían sentir más cercana a él, me ayudaban a ver las capas debajo de su dura fachada.

—Gracias por compartir esto conmigo —dije suavemente—. Significa mucho. —María apretó mi brazo gentilmente—. Tú eres buena para él, Elena. Tú también le recuerdas esas alegrías simples.

Mientras regresábamos a la mansión Vitale, María de repente tocó el hombro del conductor. —Pare aquí, por favor —dijo, señalando una pequeña floristería en la esquina. La seguí dentro de la tienda, respirando el dulce aroma de las flores frescas. María se movía con determinación, seleccionando un ramo de rosas rojo intenso.

—Para Enzo —explicó, captando mi mirada curiosa—. Incluso ahora, nunca lo olvido. —El simple acto me conmovió profundamente. En un mundo de violencia y poder, este pequeño gesto de amor destacaba como un faro.

—Eso es hermoso —murmuré. Mientras continuábamos nuestro viaje, no podía quitarme de la cabeza la imagen de María seleccionando cuidadosamente esas flores. Decía mucho sobre la profundidad de su amor por Enzo, incluso después de todos estos años.

De vuelta en la mansión, seguí a María hasta la habitación de Enzo. Ella arregló las rosas en un jarrón de cristal con facilidad practicada, colocándolas donde Enzo pudiera verlas desde su cama. —Enzo, amor mío —dijo María suavemente, tomando su mano—. Te traje algunas flores. Tus favoritas.

Observé, fascinada, cómo María se acercaba a Enzo, hablándole en tonos bajos y tiernos. El amor que irradiaba entre ellos era palpable, llenando la habitación con una calidez que nunca antes había experimentado. En ese momento, lo entendí. Esta era la base de la familia Vitale, no el poder o el miedo, sino el amor. Un amor profundo y duradero que resistía las pruebas del tiempo y el peligro.

Sentí que mis ojos se humedecían, abrumada por la profundidad de la emoción que estaba presenciando. Esto era lo que quería con Marco: un amor que resistiera cualquier tormenta. Al salir de la habitación de Enzo, María se volvió hacia mí con una cálida sonrisa. —Elena, ¿te gustaría ayudarme a preparar la cena? Me encantaría enseñarte algunas de las recetas de nuestra familia.

—Sería un honor —respondí, sintiendo que mi corazón se hinchaba ante la invitación. Nos dirigimos a la cocina, una habitación espaciosa llena de electrodomésticos relucientes y ricos aromas terrosos. María se ató un delantal y me entregó uno.

—Esta noche haremos osso buco —anunció, sacando una olla pesada—. Es el favorito de Marco. —Tu vida es tan diferente de lo que imaginaba —confesé, removiendo la salsa que hervía a fuego lento.

María asintió, con comprensión en sus ojos. —Nuestra vida no es fácil, Elena. Pero está llena de amor y lealtad. Eso es lo que más importa. —Reímos juntas mientras me enseñaba a atar correctamente las jarreteras de ternera, sus manos guiando las mías con gentil paciencia. La cocina se llenó del reconfortante aroma de hierbas y vino, y sentí una sensación de pertenencia que nunca antes había experimentado.

Mientras poníamos la mesa, María apretó mi mano. —Eres buena para Marco, Elena. Veo cómo se ilumina cuando está contigo. —Sus palabras me reconfortaron, ahuyentando las dudas persistentes que había albergado. Cuando la familia

se reunió para cenar, tomé mi asiento junto a Marco con una nueva confianza.

Después de la cena sin Enzo en la mesa, Marco me llevó a la terraza con vista a los extensos jardines. El aire nocturno era fresco contra mi piel mientras nos acomodábamos en un lujoso sofá para dos. El brazo de Marco rodeó mis hombros, acercándome. —¿Cómo estuvo tu día con mamá? —preguntó, con voz baja e íntima.

Me recosté contra él, saboreando su calor. —Fue maravilloso. Nunca me di cuenta de cuánta fuerza lleva consigo. —Los dedos de Marco trazaban perezosos patrones en mi brazo—. Cuéntame más.

—Compramos queso, tomamos café y nos detuvimos a comprar rosas para tu padre. —Me volví para mirarlo, estudiando las líneas marcadas de su perfil—. Me enseñó a hacer osso buco.

Una sonrisa tiró de los labios de Marco. —Mi favorito. —Lo sé —dije, devolviéndole la sonrisa—. Ella me lo dijo. —Nos sentamos en un cómodo silencio por un momento, el zumbido distante de las cigarras llenando el aire.

—Me alegro de que te estés acercando a ella —dijo Marco finalmente—. Significa mucho para mí. —Tomé su mano en la mía, entrelazando nuestros dedos—. También significa mucho para mí.

El agarre de Marco se apretó. —La vida en la familia Vitale no siempre es fácil, Elena. Pero somos más fuertes juntos. —Asentí, sintiendo una oleada de determinación—. Lo sé. Y estoy lista para enfrentar lo que sea que venga.

# Capítulo 6

Marco

Empujé la pesada puerta de acero, mis pasos resonando en la pequeña habitación de concreto. Gianni estaba sentado encorvado en una mesa metálica, sus ojos se alzaron cuando entré. El sudor brillaba en su frente.

—No perdamos el tiempo —dije, sentándome frente a él—. Dime cuál será el próximo movimiento de los Lombardi.

La nuez de Adán de Gianni se movió al tragar saliva. —No sé nada.

Me incliné hacia adelante, con voz baja. —Ambos sabemos que eso es mentira. Empieza a hablar.

Se movió inquieto, evitando mi mirada. Casi podía ver los engranajes girando en su cabeza, sopesando sus opciones. Sabía que se quebraría. Siempre lo hacían. La reputación de los Vitale era suficiente para hacer hablar a la mayoría de la gente.

—Están... planeando atacar tus activos —tartamudeó finalmente Gianni.

—Sé más específico —exigí, mi paciencia agotándose.

Los hombros de Gianni se hundieron. —Tus rutas de envío. Almacenes. Todo. Quieren paralizar tu cadena de suministro.

Asentí, asimilando la información. No era inesperado, pero la confirmación era crucial. Mi mente trabajaba a toda velocidad, trazando posibles contraataques.

—¿Cuándo y dónde? —presioné, acortando la distancia entre nosotros.

Los ojos de Gianni se abrieron de par en par. Estaba acorralado y lo sabía. —La próxima semana. Primero atacarán los muelles, luego se moverán tierra adentro.

Mantuve mi expresión neutral, pero por dentro, una furia fría crecía. Los Lombardi eran audaces, eso se los reconocía. Pero habían calculado mal. Estaríamos preparados.

—Nombres —dije—. ¿Quién está trabajando con ellos?

Gianni dudó, su respiración superficial. Lo miré fijamente sin parpadear, dejando que el silencio se alargara. Finalmente, se quebró.

—Russo en los muelles —susurró—. Y Bianchi en contabilidad.

Memoricé los nombres, ya planeando sus destinos. No se tolerarían traidores.

Mientras Gianni soltaba más detalles, escuché atentamente, armando la estrategia de los Lombardi. Era ambiciosa, pero defectuosa. Usaríamos eso a nuestro favor.

Con la información asegurada, crucé miradas con Luca y le di un sutil asentimiento. Entendió de inmediato, moviéndose para escoltar a Gianni fuera.

—Asegúrate de que esté cómodo —dije, mi tono no dejando duda sobre el verdadero significado de mis palabras.

El agarre de Luca se apretó en el brazo de Gianni. —Con gusto —respondió, su voz baja y amenazante.

Mientras se iban, saqué mi teléfono. —Que todos vengan a la sala de conferencias. Ahora —ordené, terminando la llamada sin esperar respuesta.

El tiempo era esencial. Los Lombardi habían mostrado sus cartas, y necesitábamos actuar rápido. Me dirigí hacia la sala de conferencias, mi mente ya formulando planes.

Los lugartenientes entraron rápidamente, sus rostros una mezcla de curiosidad y preocupación. Esperé hasta que todos estuvieran sentados antes de hablar.

—Los Lombardi planean atacarnos —comencé sin preámbulos—. Están apuntando a nuestras rutas de envío y almacenes. Su objetivo es paralizar nuestra cadena de suministro.

Murmullos recorrieron la sala. Continué, exponiendo los detalles que Gianni había proporcionado. Mientras hablaba, observé sus reacciones. Algunos parecían preocupados, otros enojados. Bien. Necesitábamos ese fuego.

—Tenemos una semana —dije, mi voz cortando la tensión—. Ese es nuestro margen para darle la vuelta a esto. Vamos a golpearlos primero, duro y rápido.

Uno de los lugartenientes se inclinó hacia adelante. —¿Cuál es el plan, jefe?

Sonreí, pero no había calidez en ello. —Vamos a atacar cada ubicación que tengan. Antes de que puedan siquiera movilizarse.

La sala quedó en silencio mientras las implicaciones se asentaban. La guerra con los Lombardi acababa de escalar.

Luca se puso de pie, su imponente figura proyectando una sombra sobre la mesa. —Golpeamos múltiples objetivos simultáneamente. No les damos oportunidad de pedir refuerzos.

Asentí, apreciando su pensamiento táctico. —Continúa.

—Nos dividimos en equipos —continuó Luca—. Cada unidad se enfoca en una ubicación específica. Atacamos rápido y duro. Para cuando se den cuenta de lo que está pasando, será demasiado tarde.

Los otros lugartenientes asintieron en acuerdo. Podía ver la chispa de emoción en sus ojos. Esto era para lo que vivían.

—Es arriesgado —dije, sopesando los pros y contras en mi mente—. Pero si lo logramos, paralizaremos sus operaciones antes de que puedan tocar las nuestras.

Tony habló, sus dedos tamborileando un ritmo constante sobre la mesa. —Necesitaremos una coordinación precisa. Un solo paso en falso y todo el plan se desmorona.

Lo miré fijamente. —Por eso tú te encargarás de la logística, Tony. Quiero que cada detalle esté planeado a la perfección.

Tony asintió, su expresión seria. Me volví para dirigirme a la sala. —Luca supervisará toda la operación. Cada equipo tendrá objetivos claros y un cronograma estricto.

Comencé a asignar roles, emparejando habilidades con tareas. Mientras hablaba, podía sentir cómo cambiaba la energía en la sala. La anticipación reemplazó a la ansiedad. Ya no estábamos a la defensiva. Estábamos tomando el control.

—Recuerden —dije, mi voz baja e intensa—. Nos movemos rápido, golpeamos duro y no dejamos cabos sueltos. Esta es nuestra oportunidad de recordarle a los Lombardi por qué deberían temer el nombre Vitale.

Delineé nuestros protocolos de comunicación, enfatizando la importancia de canales seguros. —Nada de teléfonos, nada de mensajes de texto. Usamos solo las radios encriptadas.

Los lugartenientes escuchaban atentamente, sus rostros una mezcla de determinación y concentración. Podía ver el peso de la responsabilidad asentándose sobre sus hombros. Bien. Necesitaban comprender la gravedad de lo que estábamos a punto de hacer.

Al concluir la reunión, sentí una tensión familiar enroscándose en mis entrañas. Era la calma antes de la tormenta, el momento en que toda la planificación y preparación pendían de un hilo.

Me retiré a mi estudio, necesitando un momento para ordenar mis pensamientos. La habitación estaba en silencio, el único sonido era el tictac del reloj antiguo sobre la chimenea. Me serví un vaso de whisky, saboreando el ardor al tragar.

La puerta se abrió suavemente y Elena entró. Su presencia era un bálsamo para mis nervios crispados, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—Pareces cansado —dijo ella, con voz suave.

Me encogí de hombros. —Viene con el territorio.

Elena se acercó, sus ojos escrutando mi rostro. —La familia está preocupada, Marco. Pueden sentir que algo se avecina.

Tomé otro sorbo de whisky, ganando tiempo antes de responder. —Tienen razón en estar preocupados. Pero superaremos esto. Siempre lo hacemos.

La mano de Elena encontró la mía, su tacto cálido y reconfortante. —Necesitamos confiar el uno en el otro ahora más que nunca. Sin secretos, sin mentiras. Háblame, Marco.

Asentí, sabiendo que ella tenía razón, pero luchando con las implicaciones. La confianza era un lujo en nuestro mundo, uno que no siempre podíamos permitirnos.

—Tengo miedo, Elena —admití, las palabras sonando extrañas en mi lengua—. Si esto sale mal...

—Quiero ayudar, Marco. Puedo hacer más que quedarme de brazos cruzados y observar.

Me tensé, intuyendo hacia dónde iba esto. —¿Qué estás sugiriendo?

—Mis conexiones en el mundo del arte —dijo ella, con voz firme—. Puedo contactarlos, recopilar información. Ha funcionado antes y nos ha proporcionado valiosa inteligencia.

Consideré sus palabras, sopesando los beneficios potenciales contra los riesgos. Su red era extensa, abarcando galerías y casas de subastas en todo el mundo.

—Es peligroso —advertí, mis instintos protectores activándose.

Elena alzó la barbilla. —Conozco los riesgos. Pero yo también soy parte de esta familia, Marco. Déjame contribuir.

Paseé por el estudio, mi mente a toda velocidad. Su plan tenía mérito, pero la idea de que Elena quedara atrapada en el fuego cruzado me helaba la sangre.

—¿A quién contactarías? —pregunté, necesitando detalles.

—A Alessandra en los Uffizi, para empezar —respondió Elena—. Ella escucha todo lo que sucede en Florencia. Y Giorgio en Milán; sus subastas atraen a todo tipo de clientela.

Asentí, impresionado por su pensamiento estratégico. —¿Y estás segura de que se puede confiar en ellos?

—Tanto como se puede confiar en alguien —dijo ella, con un dejo de tristeza en su voz.

Tomé mi decisión. —De acuerdo. Pero no vas a ninguna parte. Solo teléfono y correo electrónico.

Alivio y emoción cruzaron por el rostro de Elena. —Gracias, Marco. No te defraudaré.

La atraje hacia mí de nuevo, mi voz baja en su oído. —Ten cuidado, Elena. Prométemelo.

Ella se apoyó en mí, su voz resuelta. —Lo prometo.

~*~

Caminé a zancadas por el pasillo hacia la habitación de mi padre, mis pasos resonando en el suelo de mármol. El peso de los eventos recientes presionaba sobre mis hombros, pero una chispa de esperanza se encendió en mi pecho al acercarme a la puerta.

Al abrirla, me detuve en el umbral. La nueva enfermera de mi padre, Constance, estaba de pie junto a su cama, sus movimientos precisos y profesionales mientras ajustaba su vía intravenosa. Los ojos de él, usualmente duros e inflexibles, la seguían con una inesperada

suavidad.

—¿Cómo está? —pregunté, con voz baja.

Constance se giró, su rostro calmado y compuesto. —El señor Vitale está respondiendo bien a la nueva medicación. Sus signos vitales se han estabilizado y está más alerta hoy.

Me acerqué, estudiando el rostro de mi padre. Las líneas de dolor que se habían grabado en sus facciones parecían menos pronunciadas. —¿Es cierto eso, papá?

La mirada de Enzo se dirigió hacia mí, un fantasma de su antigua fuerza regresando a sus ojos. —La chica sabe lo que hace —dijo, con voz áspera pero clara.

Una presencia a mi lado me hizo girar. Mi madre había entrado silenciosamente, sus ojos oscuros observando la escena. Colocó una mano en mi brazo, un gesto de entendimiento mutuo pasando entre nosotros.

—Es bueno verte mejor, Enzo —dijo Maria, su voz cálida pero controlada.

Observé cómo Constance le administraba eficientemente una inyección a mi padre, sus movimientos rápidos y gentiles. Enzo no se estremeció ni protestó, un cambio notable respecto a su habitual resistencia obstinada a la atención médica.

Maria apretó suavemente mi brazo. —Quizás deberíamos dejar descansar a tu padre —sugirió.

Asentí, sintiendo que un peso se levantaba de mi pecho. Por primera vez en semanas, me permití creer que mi padre podría recuperar algo de su antiguo yo. Podría usar su consejo.

Mientras nos girábamos para irnos, la voz de Enzo nos detuvo. —Marco —llamó, su tono imperioso a pesar de su debilidad—. Necesitamos hablar. Pronto.

Encontré su mirada, viendo el viejo fuego ardiendo allí. —Sí, papá. Lo haremos.

Cerrando la puerta tras nosotros, intercambié una mirada con mi madre. La esperanza, tenue pero real, flotaba en el aire entre nosotros. Por ahora, al menos, podíamos respirar un poco más tranquilos.

Después de la cena, llevé a Elena a la terraza. El aire nocturno era fresco contra mi piel mientras salíamos. Sobre nosotros, las estrellas salpicaban el cielo negro como tinta, un fuerte contraste con las luces de la ciudad abajo.

Me apoyé en la barandilla, mis dedos tamborileando contra el frío metal. —Vaya día —dije, exhalando lentamente.

Elena se movió a mi lado, su hombro rozando el mío. —Ha sido intenso —coincidió—. ¿Cómo lo estás llevando?

Me giré para mirarla, observando sus rasgos en la suave luz. Sus ojos azules estaban llenos de preocupación, un mechón rebelde de cabello castaño rojizo caía sobre su frente.

—Me las estoy arreglando —admití—. Hay mucho en juego. Un movimiento en falso y todo podría venirse abajo.

Elena se estiró, colocando el mechón suelto detrás de su oreja. —Lo has planeado meticulosamente, Marco. La familia te respalda.

Asentí, con los pensamientos acelerados. —Lo sé. Pero los riesgos... Elena, ¿estás segura de que quieres ser parte de esto? Tus conexiones en el mundo del arte...

—Basta —me interrumpió, poniendo una mano en mi brazo—. He tomado mi decisión. Estamos juntos en esto.

Cubrí su mano con la mía, sintiendo el calor de su piel. —¿Entiendes lo que eso significa? No hay vuelta atrás desde aquí.

La mirada de Elena era firme. —Lo entiendo. Y estoy contigo, Marco. Hasta el final.

Tomé su mano entre las mías, apretándola suavemente. —Entonces enfrentaremos lo que

venga juntos. Pase lo que pase, lo superaremos. —Y una vez que lo hiciéramos, sería el momento de usar finalmente el anillo de compromiso que le había comprado hace meses.

Elena sonrió, con una mezcla de determinación y afecto en sus ojos. —Juntos —repitió.

Se inclinó para besarme, su lengua enredándose con la mía en una feroz danza de deseo. Todo mi cuerpo respondió a su toque, mi polla poniéndose dura como una roca en mis pantalones mientras saboreaba su gusto. ¡Joder! ¿Hubo alguna vez un momento en que no la deseara?

Rompí el beso, con la respiración entrecortada y pesada mientras la levantaba en mis brazos, su cuerpo envuelto fuertemente alrededor mío. Dejó escapar un chillido de risa y sorpresa mientras nos apresurábamos hacia nuestro dormitorio, desesperado por ella.

Tropezamos a través de la puerta, apenas llegando a la cama antes de que la arrojara sobre el colchón, su cabello extendiéndose a su alrededor como un halo salvaje. Me quité la ropa rápidamente, impaciente por sentir su piel contra la mía. La observé hacer lo mismo, sus dedos luchando con los botones de su blusa mientras revelaba el cuerpo que había llegado a necesitar tan ferozmente como cualquier droga.

Gruñí, bajo y profundo en mi garganta, mientras subía a la cama y me posicionaba sobre ella. Abrió las piernas de par en par, invitándome a entrar, y pude ver la humedad brillando en su coño. Joder, quería saborearla, devorarla hasta que estuviera gritando mi nombre.

Bajé la cabeza, mi lengua saliendo para trazar una línea por su muslo interno. Ella gimió, sus caderas moviéndose mientras la provocaba, mis labios flotando a milímetros de su clítoris. —Por favor —suplicó, su voz entrecortada y desesperada.

—Buena chica —murmuré, mis dedos provocando su entrada mientras finalmente permitía que mi lengua hiciera contacto con su clítoris. Gritó, su cuerpo arqueándose hacia el mío mientras comenzaba a follarla con mi boca, mi lengua haciendo magia mientras lamía, chupaba y la follaba hasta que temblaba de placer.

Podía sentir mi propia polla palpitando, rogando por liberación, pero aún no estaba listo. Quería hacerla correrse primero, quería escucharla gritar mi nombre mientras la llevaba a nuevas alturas de placer.

Añadí un dedo a la mezcla, curvándolo hacia arriba para volverla loca, y su cuerpo convulsionó a mi alrededor, su orgasmo cayendo sobre ella como una ola gigante. —Oh Dios, oh joder —gritó, su voz ronca y entrecortada.

Pero aún no había terminado.

Me aparté, mis dedos aún dentro de ella mientras alcanzaba las cuerdas que guardaba en el cajón junto a la cama. Quería llevar esto al siguiente nivel, quería verla atada e indefensa mientras la follaba sin sentido.

Me observó, sus ojos grandes y confiados, mientras ataba las cuerdas alrededor de sus muñecas y las amarraba a los postes de la cama. Probó la fuerza de los nudos, tirando suavemente, y pude ver la emoción brillando en sus ojos.

Volví a subir a la cama, posicionándome entre sus piernas mientras finalmente froté mi polla contra su humedad, provocándola, antes de alinearme y embestir dentro de ella con una estocada rápida y brutal.

Gritó, su cuerpo arqueándose mientras la llenaba completamente, golpeando ese punto dulce dentro de ella. Comencé a follarla en serio, mis caderas moviéndose como pistones mientras embestía dentro de ella una y otra vez, el sonido de nuestros cuerpos chocando llenando la habitación.

—¿Te gusta eso, nena? —gruñí, mi voz baja y áspera—. ¿Te gusta tomar mi polla como

una buena putita?

Gimoteó, su cuerpo retorciéndose debajo de mí mientras continuaba follándola, mis dedos encontrando su clítoris y trabajándolo al ritmo de mis embestidas.

—Sí —gimió, su voz apenas audible—. Sí, me gusta. Me encanta. Por favor, no pares.

Sonreí, mis dientes hundiéndose en su hombro mientras aumentaba el ritmo, mi polla golpeando dentro de ella mientras la follaba más duro y más rápido. Podía sentir mi propio orgasmo construyéndose, mis bolas apretándose mientras me acercaba más y más al borde.

—Córrete para mí, nena —gruñí, mi voz dura y exigente—. Córrete para mí ahora.

Y lo hizo, su cuerpo convulsionando mientras gritaba mi nombre, su orgasmo cayendo sobre ella como una ola gigante y llevándome con ella.

# Capítulo 7

Elena

La biblioteca familiar estaba en silencio, salvo por el crujido de los papeles mientras yo examinaba décadas de historia de la familia Vitale. Mis dedos recorrieron los bordes de una fotografía descolorida: el abuelo de Marco, con rostro severo e impecablemente vestido, de pie junto a un hombre que no reconocía. La dejé a un lado, centrándome en el montón de cartas que tenía delante.

Mientras escudriñaba las páginas amarillentas, mi corazón latía con fuerza. Esto no era una simple correspondencia familiar. Estas cartas detallaban alianzas, juegos de poder y susurros de traición que se remontaban generaciones atrás.

Tomé otra carta, esta escrita con mano temblorosa. La fecha me llamó la atención: casi cincuenta años atrás. Mientras leía, se me cortó la respiración.

—Marco —llamé, mi voz haciendo eco en la habitación vacía. Por supuesto, él no estaba aquí. Estaba sola con estos fantasmas del pasado.

La carta temblaba en mi mano mientras releía las palabras condenatorias:

—La alianza de los Vitale con la familia Rossi ya no existe. Los Lombardi han demostrado su traición sin lugar a dudas. Se ha derramado sangre y no puede haber reconciliación. Debemos contraatacar rápidamente y sin piedad.

La ira me invadió, caliente y feroz. Los Lombardi. Siempre los Lombardi. Su traición era más profunda de lo que jamás había imaginado.

Necesitaba más respuestas, y sabía exactamente quién podía proporcionármelas. Me guardé la carta en el bolsillo y salí del estudio, mis pasos resonando en el pasillo vacío.

El sol de la tarde calentaba mi piel al salir al jardín. El aroma de las rosas llenaba el aire, un marcado contraste con el olor a moho de los viejos papeles que me habían rodeado. Divisé a Maria arrodillada junto a un rosal, sus elegantes manos podando suavemente los tallos.

—¿Maria? —llamé suavemente, sin querer sobresaltarla.

Se volvió, una cálida sonrisa se extendió por su rostro. —Elena, querida. Qué agradable sorpresa.

Me acerqué, la hierba suave bajo mis pies. —Espero no estar interrumpiendo. Me preguntaba si podríamos hablar.

Los ojos marrones de Maria me estudiaron, captando la tensión en mi voz. —Por supuesto. ¿Está todo bien?

Dudé, sin saber cómo empezar. —He estado revisando algunos documentos antiguos de la familia —dije finalmente—. Hay muchas cosas que no entiendo sobre la historia de los Vitale. Esperaba que pudieras ayudarme a darle sentido a todo esto.

Maria asintió, levantándose con gracia. —Ven, sentémonos. Es un día hermoso para charlar.

Me condujo a un banco sombreado entre dos arbustos florecidos. Mientras nos sentábamos, el sereno jardín contrastaba con la turbulencia en mi mente.

—¿Qué te gustaría saber? —preguntó Maria, con voz suave.

Tomé aire profundamente. —Me gustaría entender más sobre la infancia de Marco. Sobre el pasado de la familia. Hay tantas cosas que no sé.

Los ojos de Maria se suavizaron. —Ah, Marco. Era un niño tan decidido. Siempre tan valiente, incluso cuando era pequeño.

Me incliné hacia adelante, ansiosa por escuchar más. —¿Cómo era?

—Era ferozmente protector, incluso de niño —dijo Maria, con una sonrisa cariñosa en los labios—. Recuerdo cuando tenía ocho años, Giovanni se cayó y se raspó la rodilla. Marco montó guardia sobre él, negándose a dejar que nadie se le acercara excepto yo y el médico.

Sonreí, imaginando a un joven Marco, terco y protector. Explicaba tanto sobre el hombre en el que se había convertido.

—Parece que era todo un desafío —comenté.

Maria rio suavemente. —Oh, lo era. Pero su corazón siempre estaba en el lugar correcto. Incluso entonces, la familia lo significaba todo para él.

—¿Fue difícil? —pregunté—. ¿Criar hijos en este... ambiente?

La expresión de Maria se tornó seria. —No fue fácil. Siempre teníamos que ser cautelosos, siempre vigilando nuestras espaldas. Pero hicimos lo mejor que pudimos para darles una infancia normal, a pesar de todo.

Asentí, pensando en la carta en mi bolsillo. ¿Cuánto tiempo habían vivido los Vitale con esta amenaza constante?

—Maria —dije vacilante—, encontré una carta. Sobre los Lombardi. ¿Cuánto tiempo ha durado este conflicto?

Los cálidos ojos marrones de Maria se nublaron, su expresión se endureció. —Los Lombardi —dijo, con voz baja y tensa—. Esa herida es profunda, Elena. Más profunda de lo que puedas imaginar.

Me incliné hacia adelante, mi corazón latiendo con fuerza. —¿Qué pasó?

Maria respiró hondo. —Hace cuarenta años, teníamos un aliado cercano: la familia Rossi. Eran como hermanos para nosotros. Compartíamos todo: negocios, reuniones familiares, incluso nuestros hogares. Pero los Lombardi... —Hizo una pausa, sus manos se crisparon en su regazo—. Volvieron a los Rossi contra nosotros.

Sentí un escalofrío recorrerme. —¿Cómo?

—Dinero, chantaje, amenazas... nunca supimos el alcance completo. Pero una noche, los Rossi nos traicionaron. Llevaron a los Lombardi directamente a nuestras operaciones más vulnerables. Perdimos millones, y varios de los nuestros murieron.

Jadeé, horrorizada. —Eso es terrible.

Maria asintió con gravedad. —Casi nos destruye. Si Enzo no hubiera reaccionado tan rápido, quizás no hubiéramos sobrevivido.

El peso de esta historia se asentó sobre mis hombros. Ahora entendía por qué Marco era tan cauteloso, por qué la confianza era un bien tan preciado en este mundo.

—¿Cómo se recuperaron? —pregunté.

—No tuvimos más remedio que volvernos más fuertes —dijo Maria—. Más vigilantes. Enseñamos a nuestros hijos desde pequeños a estar siempre en guardia, a valorar la lealtad por encima de todo.

Pensé en los ojos atentos de Marco, su constante conciencia de su entorno. Todo tenía sentido ahora.

—Elena —dijo Maria, su mirada intensa—. Debes estar preparada para inculcar estas

lecciones a tus propios hijos algún día.

La idea de criar hijos en este mundo de peligro y traición me revolvía el estómago. Pero al ver la mirada firme de Maria, supe que debía ser fuerte. —Entiendo —dije, con voz apenas audible.

Respiré hondo, armándome de valor para compartir mi propia experiencia. —Cuando secuestraron a Marco, me sentí tan impotente. El miedo era paralizante. No podía comer ni dormir. Cada momento que estuvo ausente, imaginaba lo peor.

Maria extendió la mano y apretó la mía. Su tacto era cálido, reconfortante. —Conozco muy bien ese miedo, cara. Cuando se llevaron a Enzo hace años, pensé que mi mundo se había acabado.

—¿Cómo lo afrontaste? —pregunté, desesperada por obtener alguna orientación.

—Amor y lealtad —dijo Maria con firmeza—. Son nuestras mayores fortalezas en esta vida. Cuando todo lo demás falla, cuando el peligro nos rodea, es el amor que sentimos los unos por los otros lo que nos mantiene luchando.

Sus palabras resonaron profundamente en mí. Pensé en Marco, en la fuerza que encontraba en sus brazos, en su devoción inquebrantable.

—Tienes razón —dije, sintiendo una renovada determinación—. No dejaré que el miedo me paralice de nuevo. Estaré junto a Marco, pase lo que pase.

Los ojos de Maria brillaron con aprobación. —Has traído nueva vida a esta familia, ¿sabes? Marco es más fuerte contigo a su lado.

Parpadeé, sorprendida por sus palabras. —¿Lo he hecho?

—Por supuesto —dijo Maria—. Recibiste una bala de los Lombardi para salvar a la gente de tu galería. Te has probado a ti misma una y otra vez.

Su elogio me reconfortó, pero también me hizo ser muy consciente de la responsabilidad que ahora llevaba. Ya no era solo la pareja de Marco. Era una Vitale.

—Nunca me di cuenta —dije suavemente—. Siempre me sentí como una intrusa, tratando de encontrar mi lugar.

Maria negó con la cabeza. —Ahora eres el corazón de esta familia, Elena. Somos más fuertes gracias a ti. Ahora, si tan solo pudiéramos hacer que Marco se diera cuenta.

Maria se reclinó en el banco, con la mirada distante mientras recordaba. —Déjame contarte sobre la vez que Enzo y yo tuvimos que mudar a toda la familia de la noche a la mañana —comenzó, con voz baja.

Me incliné hacia adelante, cautivada. —¿Qué pasó?

—Una familia rival había descubierto nuestra ubicación. Teníamos minutos para empacar lo esencial y desaparecer. —Las manos de Maria se retorcían en su regazo—. Marco tenía solo cinco años, Luca tres. Los despertamos en plena noche, diciéndoles que era un juego.

Mi corazón se encogió al pensar en el joven Marco y Lucia, ajenos al peligro. —Debió haber sido aterrador —susurré.

Maria asintió. —Lo fue. Condujimos durante horas, constantemente verificando si nos seguían. Los niños finalmente se durmieron, pero Enzo y yo... no dormimos durante días.

Me imaginé a Enzo y Maria, exhaustos pero vigilantes, protegiendo a su joven familia. El peso de su sacrificio se asentó pesadamente sobre mis hombros.

—¿Cómo lo lograron? —pregunté.

—Confiamos el uno en el otro —dijo Maria—. La fuerza de Enzo, mi intuición. Lo superamos porque confiábamos completamente el uno en el otro.

Sus palabras me hicieron pensar en Marco, en el vínculo inquebrantable que

compartíamos. —Entiendo —dije suavemente.

Maria continuó: —Pero no todo era miedo y huida. También encontramos alegría, incluso en los momentos más oscuros.

—¿Cómo? —pregunté, ansiosa por aprender.

El rostro de Maria se suavizó. —Creamos nuestras propias tradiciones. Cada domingo, sin importar dónde estuviéramos, teníamos una cena familiar. Enzo cocinaba su famosa lasaña y jugábamos después.

La imagen me reconfortó: la familia Vitale, encontrando normalidad en medio del caos. —Suena maravilloso —dije.

—Lo era —coincidió Maria—. Y en los cumpleaños, hacíamos una búsqueda del tesoro. Enzo escondía pequeños regalos y pistas por toda la casa o el hotel. Los niños lo adoraban.

Sonreí, imaginando al joven Marco y Lucia corriendo por ahí, con los rostros brillantes de emoción. —Lograron darles una infancia, a pesar de todo.

Maria asintió. —Esos momentos nos mantuvieron cuerdos, Elena. Nos recordaban por qué luchábamos.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en mí. Pensé en Marco, en la vida que estábamos construyendo juntos. —Quiero eso para nosotros —dije—. Crear nuestros propios momentos de alegría, sin importar lo que esté pasando a nuestro alrededor.

—Bien —dijo Maria, apretando mi mano—. Eso es exactamente lo que necesitan hacer. Los mantendrá con los pies en la tierra, les dará fuerza cuando las cosas se pongan difíciles.

Asentí, mi mente ya dando vueltas con ideas. Noches de citas semanales, tal vez. O una tradición especial para los días festivos. Algo que fuera exclusivamente nuestro, un faro de normalidad en nuestro tumultuoso mundo.

La expresión de Maria se volvió seria. Se inclinó hacia mí, su voz baja y sincera. —Elena, hay algo que quiero que recuerdes. Es un consejo que me ha guiado a lo largo de los años.

Escuché atentamente, pendiente de cada palabra.

—La confianza es la moneda más valiosa —dijo.

El peso de su declaración se asentó sobre mí. Le di vueltas en mi mente, comprendiendo su importancia en nuestro mundo de alianzas cambiantes y peligro constante.

—Sin confianza, no tenemos nada —continuó Maria—. Es lo que nos une, lo que nos da fuerza contra nuestros enemigos.

Metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo. Mi corazón se aceleró cuando la abrió, revelando un delicado colgante de oro. El intrincado diseño captaba la luz, hipnotizante en su belleza.

—Esto ha estado en nuestra familia durante generaciones —explicó Maria, su voz suave con reverencia—. Se transmite de madre a hija, un símbolo de nuestra fuerza y unidad.

Se me cortó la respiración cuando las implicaciones de su gesto se hundieron en mí. —Maria, yo...

Ella levantó una mano, silenciándome. —Es tu turno de llevarlo ahora, Elena. Confío en ti para continuar nuestro legado.

Con manos temblorosas, acepté el colgante. El metal estaba frío contra mi piel mientras María me lo abrochaba alrededor del cuello. Lo toqué suavemente, sintiendo una conexión con las generaciones de mujeres Vitale que lo habían llevado antes que yo.

—Gracias —susurré, embargada por la emoción—. Lo atesoraré siempre.

La conversación se apagó y nos sentamos en un cómodo silencio. El jardín que nos rodeaba era un remanso de tranquilidad: las rosas florecían en vibrantes tonalidades, sus pétalos

suaves y atrayentes. Una suave brisa susurraba entre las hojas, trayendo consigo el dulce aroma de las flores.

Cerré los ojos e inhalé profundamente. La paz de este momento contrastaba fuertemente con el turbulento mundo en el que vivíamos, pero encontré fuerza en ello. Cuando abrí los ojos, sorprendí a María observándome, su mirada cálida y comprensiva.

—Es hermoso aquí —dije suavemente—. Puedo ver por qué lo amas tanto.

María asintió.

—La naturaleza tiene una manera de poner las cosas en perspectiva. En este jardín, encuentro la claridad que necesito para enfrentar nuestros desafíos.

Toqué el colgante en mi cuello, sintiendo su peso, no solo físico, sino emocional.

—Quiero que sepas cuánto significa esto para mí, María. No solo el colgante, sino todo lo que has compartido. Me siento... conectada a la familia de una manera que nunca antes había sentido.

—Perteneces con nosotros —dijo María, su tono sin dejar lugar a dudas.

Caminé por la gran entrada de la mansión Vitale, mis pasos resonando en el suelo de mármol. El peso del colgante que María me había dado descansaba contra mi pecho, un recordatorio tangible de la responsabilidad que ahora llevaba.

Mientras subía la imponente escalera, mi mente daba vueltas con todo lo que había aprendido. Las traiciones, las alianzas, la vigilancia constante requerida para mantener a nuestra familia a salvo. Era abrumador, pero sentía una nueva resolución ardiendo dentro de mí.

Me detuve en lo alto de las escaleras, mi mano apoyada en la ornamentada barandilla.

—Puedo hacer esto —me susurré a mí misma.

—¿Hacer qué? —la voz de Marco me sobresaltó.

Me giré para verlo acercarse, sus ojos oscuros estudiándome intensamente.

—Solo estaba pensando en todo lo que tu madre compartió conmigo —expliqué.

Marco miró el collar que María acababa de darme.

—¿Mi madre te dio eso?

Asentí.

—Sí. Es... mucho para asimilar. —Reuní valor para lo que tenía que decir a continuación —. Estoy lista para ser parte de esta familia.

Una mezcla de emociones cruzó por el rostro de Marco: alivio, gratitud y algo más profundo que hizo que mi corazón se acelerara.

—Elena —dijo, su voz baja e intensa—, no tienes idea de cuánto significa eso para mí.

Apreté sus manos.

—Creo que sí. Tu madre me ayudó a ver lo importante que es la familia para todos ustedes. Para nosotros.

Marco me atrajo hacia un fuerte abrazo. Mientras apoyaba mi cabeza contra su pecho, podía escuchar el latido constante de su corazón. En ese momento, supe con absoluta certeza que este era mi lugar.

—Somos más fuertes juntos —murmuré contra su camisa.

Marco se apartó ligeramente, acunando mi rostro entre sus manos.

—Sí, lo somos. Y contigo a mi lado, siento que podemos enfrentar cualquier cosa.

Le sonreí, sintiendo una oleada de determinación.

—Entonces enfrentémoslo de frente. ¿Cuál es nuestro próximo movimiento contra los Lombardi?

# Capítulo 8

Elena

Me incliné sobre el escritorio de caoba de Marco, estudiando minuciosamente la pila de notas que había recopilado de mis contactos en el mundo del arte. Mis ojos ardían después de horas de concentración, pero no podía detenerme ahora. En algún lugar de este revoltijo de horarios de galerías y registros de subastas, debía haber una pista que pudiera ayudarnos contra los Lombardi.

Mientras hojeaba otra página, un patrón llamó mi atención. Mi corazón se aceleró mientras seguía el rastro de referencias aparentemente inocuas a un almacén. ¿Podría ser esto? Anoté los detalles, con la mano temblando de emoción.

Salí disparada del estudio de Marco, casi chocando con una criada que pasaba. —Lo siento —murmuré, apenas disminuyendo la velocidad mientras me apresuraba hacia la sala de reuniones. Sabía que Marco estaba en medio de una sesión estratégica, pero esto no podía esperar.

Respirando profundamente para calmarme, golpeé con firmeza la pesada puerta de madera. Cuando entré, todas las miradas se volvieron hacia mí. Marco estaba sentado a la cabecera de la mesa, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Elena? —preguntó, con un tono que mezclaba sorpresa y curiosidad.

—Siento interrumpir —dije, encontrando su mirada—. Pero he encontrado algo importante. No puede esperar.

Marco me estudió por un momento, luego asintió. —Caballeros, dejadnos la sala.

Mientras sus lugartenientes salían, me acerqué a la mesa, aferrando mis notas. Los intensos ojos verdes de Marco no me abandonaron en ningún momento.

—¿Qué has descubierto? —preguntó, inclinándose hacia adelante.

Extendí mis notas sobre la mesa. —Creo que he encontrado un patrón en los negocios de arte de los Lombardi. Hay un almacén que sigue apareciendo en las conversaciones.

Las cejas de Marco se alzaron ligeramente. —Muéstrame —dijo, haciendo un gesto para que continuara.

Mientras exponía mis hallazgos, podía sentir cómo crecía la aprobación de Marco. Mis mejillas se sonrojaron de orgullo, pero aparté ese sentimiento. Esto no se trataba de mí, se trataba de proteger a la familia.

Señalé una serie de coordenadas y fechas. —Todos estos envíos pasaron por este almacén. A primera vista, parece un almacenamiento de arte estándar, pero cuando lo crucé con la lista de mensajes interceptados de Tony... —Saqué otra hoja—. El tiempo coincide perfectamente con las operaciones sospechosas de los Lombardi.

Marco se inclinó, sus ojos escaneando los documentos. —Este es un excelente trabajo, Elena —dijo, con voz baja e intensa—. Si tienes razón en esto, hemos encontrado un importante bastión de los Lombardi del que no sabíamos nada.

Mi corazón se aceleró ante su elogio, pero mantuve mi voz firme. —Hay más. El almacén

está en una ubicación privilegiada para la distribución. Está lo suficientemente aislado para mantener el secreto, pero cerca de las principales rutas de transporte.

Marco asintió, formándose una sonrisa sombría en su rostro. —Estratégico. Muy estratégico. —Levantó la mirada hacia mí, sus ojos verdes penetrantes—. Tenemos que actuar sobre esto inmediatamente.

Sentí una mezcla de emoción y aprensión. Esto era: mi trabajo iba a marcar una verdadera diferencia.

Marco se levantó abruptamente. —Necesitamos que Luca participe en esto —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Luca, ven aquí ahora.

Luca se unió a nosotros inmediatamente. Su imponente figura llenó el umbral, sus ojos oscuros fijándose inmediatamente en mí.

—¿De qué se trata? —preguntó, con voz áspera.

Marco me señaló. —Elena ha hecho un descubrimiento. Quiero que lo escuches directamente de ella.

Tragué saliva, sintiendo la mirada escéptica de Luca. Respirando profundamente, comencé a explicar mi descubrimiento una vez más.

Expuse la evidencia, mi voz volviéndose más fuerte a medida que profundizaba en los detalles. —Los patrones en los envíos de arte eran demasiado consistentes para ser una coincidencia. Cuando los comparé con los mensajes codificados que interceptamos, todo apuntaba a este almacén.

Los ojos de Luca se estrecharon, con los brazos cruzados mientras escuchaba. Continué, determinada a hacerle entender la importancia.

—Mira estos manifiestos —dije, extendiendo documentos sobre el escritorio de Marco—. El volumen y la frecuencia de los envíos no coinciden con ninguna operación legítima de almacenamiento de arte. Pero se alinean perfectamente con lo que sabemos sobre las rutas de contrabando de drogas de los Lombardi.

Mientras hablaba, noté un cambio en el comportamiento de Luca. Su escepticismo se desvaneció, reemplazado por un vivo interés. Se inclinó, examinando los papeles de cerca.

—Y aquí —continué, señalando una serie de fechas—, estos picos de actividad corresponden exactamente con la información que tenemos sobre los grandes negocios de los Lombardi.

Las cejas de Luca se alzaron. Me miró, luego volvió a los documentos. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro, no su habitual sonrisa burlona, sino algo genuino e impresionado.

—Vaya, me ha impresionado —dijo suavemente—. Este es un trabajo excelente, Elena. Realmente excelente.

Sentí una oleada de orgullo ante sus palabras. Luca no era de los que hacían elogios vacíos.

—Gracias —logré decir, sintiendo una mezcla de sorpresa y gratificación.

La puerta se cerró tras Luca, y Marco se volvió hacia mí, sus ojos verdes brillando de orgullo.

—A Luca le caes bien —dijo, su voz llevando un toque de diversión—. A él no le cae bien nadie. Eso debería hacerte sentir bien.

Una calidez floreció en mi pecho. Nunca había buscado la aprobación de Luca, pero saber que la había ganado me llenó de un inesperado sentido de logro.

—No pensé que fuera capaz de sonreír así —admití, recordando la sonrisa inusual de Luca.

Marco soltó una suave risita. —Lo has impresionado. Eso no es poca cosa.

Respiré hondo, concentrándome de nuevo en la tarea que teníamos entre manos. —Entonces, ¿cuál es nuestro próximo movimiento?

La expresión de Marco se tornó seria. Señaló los documentos esparcidos sobre su escritorio. —Este es tu descubrimiento. ¿Quieres participar en la planificación o prefieres mantenerte al margen de los aspectos más desagradables de la familia?

—Quiero participar —dije, porque no había mentido cuando le dije a Marco que quería ser miembro de esta familia.

Durante las siguientes horas, examinamos minuciosamente la información, diseccionando cada detalle. La mente analítica de Marco complementaba mi enfoque intuitivo mientras trazábamos estrategias potenciales.

—Si nos acercamos por el lado sur —sugerí, señalando el plano del almacén—, podríamos evitar sus cámaras de seguridad.

Marco asintió, con el ceño fruncido en concentración. —Buen pensamiento. Pero también tendremos que considerar sus rutas de patrullaje.

Mientras trabajábamos, me sorprendí de lo naturalmente que nos compenetrábamos. Marco valoraba mis aportaciones, nunca descartando mis ideas de plano. En su lugar, las desarrollaba, refinando nuestros planes con su experiencia estratégica.

—¿Qué hay de sus proveedores? —pregunté, ocurriéndoseme una nueva idea—. Si interrumpimos su cadena, podría debilitar su posición antes de que ataquemos.

Los ojos de Marco se iluminaron. —Excelente punto. Necesitaremos recopilar más información sobre su logística.

Las horas volaron mientras estrategábamos, nuestra colaboración haciéndose más fuerte con cada momento que pasaba. Cuando el sol comenzó a ponerse fuera de la ventana del despacho de Marco, me di cuenta de lo cómoda que me sentía aquí, trabajando junto a él para derribar a los Lombardi.

Una parte de mí susurraba que debería sentirme culpable por esto: planear un ataque contra otra familia. Pero al mirar a Marco, al ver la determinación en sus ojos, supe que estaba exactamente donde necesitaba estar.

Respiré hondo, preparándome para lo que sabía que tenía que hacer a continuación. —Marco, creo que necesitamos más información. Tengo algunos contactos que podrían arrojar algo de luz sobre las operaciones de los Lombardi en ese almacén.

Los penetrantes ojos verdes de Marco se encontraron con los míos, su expresión indescifrable. —¿Estás segura de que se puede confiar en ellos?

Asentí, sintiendo el peso de su mirada. —Son conexiones del mundo del arte. No saben sobre... esto —hice un gesto vago, abarcando el mundo del crimen organizado en el que vivíamos—. Pero podrían haber oído rumores sobre envíos o actividades inusuales.

Marco lo consideró por un momento, luego inclinó la cabeza. —Haz las llamadas. Pero sé discreta.

Mi corazón se aceleró mientras sacaba mi teléfono, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Marqué el primer número, adoptando un tono casual mientras charlaba con un viejo colega sobre recientes adquisiciones de arte. Con cada llamada, entretejía preguntas sutiles, juntando fragmentos de información.

Cuando colgué la última llamada, me volví hacia Marco. —Es como sospechábamos. Ha habido un aumento en los envíos de alto valor a través de ese almacén. Mis fuentes también mencionaron medidas de seguridad inusuales.

Los labios de Marco se curvaron en una sonrisa satisfecha. —Excelente trabajo, Elena. Esto confirma nuestra información.

Nos inclinamos sobre los planes de nuevo, refinando nuestra estrategia con cada nueva pieza de información. Marco llamó a sus lugartenientes, asignando tareas con palabras precisas y medidas.

Lo observé trabajar, admirando su dominio de la sala. Pero bajo mi apreciación, se formó un nudo de ansiedad en mi estómago. Esto era real. Estábamos planeando un ataque contra una familia rival. La gente podría morir.

Marco debió haber percibido mi inquietud. Puso una mano en mi hombro, su toque enviando una sacudida a través de mí. —Lo has hecho bien, Elena. Tus contribuciones salvarán las vidas de la gente de los Vitale.

Asentí, tratando de calmar la mezcla de emoción y miedo que se agitaba dentro de mí. Esta era mi vida ahora, para bien o para mal. Y estaba decidida a llevarla a cabo.

A medida que la noche se hacía más profunda, el bullicio en el estudio de Marco se calmó. Los lugartenientes se habían marchado, dejándonos a Marco y a mí solos. Me quedé junto a la ventana, contemplando las luces de la ciudad abajo, perdida en mis pensamientos.

La voz de Marco rompió el silencio. —Ven, siéntate conmigo.

Me volví para encontrarlo en el sofá de cuero, palmeando el espacio a su lado. Me uní a él, hundiéndome en el fresco cuero.

—Hemos hecho progresos significativos —dijo, sus ojos verdes intensos—. Pero los desafíos que tenemos por delante son formidables.

Asentí, con un nudo en la garganta. —Los Lombardi no caerán sin luchar.

El calor de su toque se extendió a través de mí, y sentí el profundo vínculo que compartíamos. Era más que una simple asociación comercial o un enredo romántico. Éramos dos mitades de un todo, unidos en nuestro propósito.

—Lo sé —respondí, apretando su mano en respuesta.

Nos sentamos en un silencio cómodo por un momento, el peso de la misión de mañana pendiendo sobre nosotros. No podía sacudirme la preocupación persistente en la boca del estómago.

—Marco —comencé vacilante—, ¿estás seguro de este plan? Los riesgos...

Me interrumpió con una mirada penetrante. —Hemos cubierto todos los ángulos, Elena. Esta es nuestra oportunidad de asestar un golpe decisivo contra los Lombardi.

Asentí, reprimiendo mis dudas. Marco tenía razón. Teníamos que aprovechar esta oportunidad.

A la mañana siguiente, me quedé junto a Marco mientras se dirigía a su equipo. Mi corazón se aceleró mientras veía a los hombres salir, sus rostros fijos con una determinación sombría. Esto era. El momento para el que habíamos estado trabajando.

Cuando el último de los hombres de Marco desapareció por la puerta, me volví hacia él.

—Ojalá pudiera ir con ellos —dije, con la voz apenas por encima de un susurro.

La mandíbula de Marco se tensó.

—Tu lugar está aquí, Elena. Necesitamos tu experiencia si algo sale mal.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Aun así, la sensación de impotencia me carcomía mientras nos retirábamos a su despacho.

Marco fue directamente a su equipo de comunicaciones, una serie de teléfonos y ordenadores encriptados. Me quedé cerca, lista para ayudar pero sin saber qué hacer con mi energía nerviosa.

—Ahora esperamos —dijo Marco, con una voz artificialmente calmada.

Los minutos pasaban como horas. Caminaba de un lado a otro por la habitación, incapaz de quedarme quieta. Marco permanecía en su escritorio, con la postura rígida, los ojos fijos en las pantallas frente a él.

De repente, uno de los teléfonos vibró. Marco lo agarró.

—Informe —ladró.

Contuve la respiración, esforzándome por escuchar la voz al otro lado. El rostro de Marco no revelaba nada mientras escuchaba.

—Entendido. Procedan con cautela —dijo antes de colgar.

—¿Y bien? —pregunté, con los nervios destrozados.

—Han traspasado el perímetro. Ninguna resistencia hasta ahora.

Asentí, intentando encontrar consuelo en la noticia. Pero sabía que esto era solo el principio.

Mientras seguíamos monitoreando la operación, mi ansiedad crecía. Cada actualización del campo hacía que mi corazón se acelerara. Me encontré mordiéndome las uñas, un hábito que creía haber superado hace años.

Marco notó mi angustia.

—Elena —dijo suavemente—, ven aquí.

Me moví a su lado, y tomó mi mano entre las suyas. El simple gesto me estabilizó.

—Son los mejores hombres que tengo —me aseguró—. Saben lo que hacen.

Respiré profundamente, sacando fuerzas de su confianza.

—Lo sé. Es solo que...

El teléfono sonó de nuevo, interrumpiéndome. Marco contestó, apretando su agarre en mi mano.

—Excelente trabajo —dijo después de un momento, con una sonrisa poco común extendiéndose por su rostro. Colgó y se volvió hacia mí—. Está hecho. La operación fue un éxito.

El alivio me inundó como una ola. Sin pensarlo, me lancé a los brazos de Marco.

—Lo hicimos —suspiré, apenas atreviéndome a creerlo.

# Capítulo 9

Elena

Me encontraba en lo alto de la gran escalera, observando el salón de baile de la mansión Vitale. Las arañas de cristal proyectaban un cálido resplandor sobre los suelos de mármol pulido y las elegantes cortinas. El ambiente vibraba de anticipación mientras los invitados iban llegando, su animada charla mezclándose con las suaves notas de un cuarteto de cuerdas.

—Menuda concurrencia —murmuré a Marco, que estaba a mi lado con un esmoquin impecablemente confeccionado.

Asintió, sus ojos escudriñando la creciente multitud. —Nuestra victoria ha envalentonado a nuestros aliados. Están ansiosos por alinearse más estrechamente con nosotros ahora.

Alisé el vestido de seda verde esmeralda que María me había comprado, luchando contra el impulso de inquietarme. A pesar de tener a Marco a mi lado, los nervios aún revoloteaban en mi estómago. Esta era mi primera presentación ante la mayoría de estas personas y quería causar una buena impresión.

Marco debió haber percibido mi inquietud. Colocó una mano tranquilizadora en la parte baja de mi espalda. —Estás preciosa —dijo suavemente—. ¿Estás lista?

Respiré hondo y asentí. —Tanto como puedo estarlo.

Descendimos las escaleras, y sentí el peso de docenas de miradas sobre nosotros. Me concentré en mantener mis pasos medidos y elegantes, con la barbilla en alto.

Al pie de la escalera, Enzo y María nos esperaban para saludarnos. El rostro severo de Enzo se suavizó en una rara sonrisa mientras abrazaba a su hijo. —Bien hecho, Marco —dijo, con la voz ronca de orgullo. Constance estaba cerca, vigilando a Enzo, lista para reaccionar cuando fuera necesario.

María me envolvió en un cálido abrazo. —Has enorgullecido a nuestra familia, querida —me susurró al oído.

Mientras nos movíamos entre la multitud, aceptando felicitaciones, me maravillé de lo lejos que había llegado. De ser una extraña a estar en el corazón de la familia más poderosa de la ciudad. La idea me emocionaba y aterrorizaba a la vez.

—¡Elena, cariño! —Una voz estruendosa interrumpió mis pensamientos. Me giré para ver a Antonio acercándose, con una sonrisa deslumbrante en su rostro—. Debes conocer a los Rossi. Han venido desde Milán para esta celebración.

Mientras Antonio hacía las presentaciones, caí en el ritmo de la charla trivial y las risas educadas. Pero bajo el barniz de la celebración, podía sentir las corrientes subterráneas de poder y ambición arremolinándose a nuestro alrededor. Cada apretón de manos, cada conversación aparentemente casual estaba cargada de significado.

Crucé miradas con Luca al otro lado de la sala. Permanecía alerta cerca de la entrada, su mirada vigilante nunca descansando en un solo lugar por mucho tiempo. Incluso en la victoria, se mantenía vigilante.

La velada se prolongó en un torbellino de rostros y nombres. Mientras bebía champán y

navegaba por las complejidades de la política mafiosa, un pensamiento no dejaba de volver a mí: Esta era mi vida ahora. Para bien o para mal, yo era una Vitale.

La mano de Marco descansaba en la parte baja de mi espalda, una suave presión guiándome a través de la sala abarrotada. Su presencia era un constante consuelo, anclándome en este mundo desconocido.

—Elena, me gustaría presentarte a Don Caruso —dijo Marco, señalando a un hombre corpulento de cabello plateado—. Ha sido un amigo leal de nuestra familia durante décadas.

Extendí mi mano, encontrándome con la mirada penetrante de Don Caruso. —Es un placer, Don Caruso.

Tomó mi mano con un apretón firme. —Así que esta es la mujer que ha capturado el corazón de nuestro Marco. Espero que entienda el peso de la familia a la que se ha unido, querida.

Un escalofrío recorrió mi espalda, pero mantuve mi voz firme. —Aprendo más cada día, Don Caruso. La fuerza y lealtad de la familia Vitale son impresionantes.

La mano de Marco se tensó ligeramente en mi espalda. Lo miré de reojo, captando un destello de aprobación en sus ojos.

Don Caruso asintió, con un atisbo de sonrisa en su rostro curtido. —Bien. Necesitará esa comprensión en los días venideros.

Mientras nos alejábamos, me incliné hacia Marco. —¿Qué quiso decir con eso?

La voz de Marco era baja, destinada solo a mis oídos. —Nuestra victoria ha cambiado el equilibrio de poder. Algunos buscarán ponernos a prueba, para ver si estamos debilitados por nuestro ataque a los Lombardi.

Tragué saliva, la realidad de nuestra situación asentándose sobre mí como un pesado manto. Esta celebración no era solo por la victoria, era una demostración de fuerza, una advertencia a nuestros enemigos.

—Marco —susurré—, ¿estamos a salvo?

Sus ojos verdes se encontraron con los míos, feroces y determinados. —Siempre te protegeré, Elena. Nunca lo dudes.

Mientras continuábamos nuestro recorrido, me encontré estudiando cada rostro más detenidamente, preguntándome quién entre ellos podría ser amigo o enemigo. El peso de las palabras de Marco resonaba en mi mente, un recordatorio constante del peligroso mundo que ahora llamaba hogar.

El suave murmullo de la conversación se acalló de repente cuando Marco subió a la gran escalera. Lo observé desde abajo, con el corazón acelerado mientras captaba la atención de cada persona en la sala. Su esmoquin acentuaba su poderosa figura, y sus ojos recorrían la multitud con precisión calculada.

—Familia, amigos, aliados —comenzó Marco, su voz clara y fuerte—. Esta noche, celebramos no solo una victoria, sino los lazos inquebrantables que nos unen.

Noté que Luca tomaba su lugar junto a Marco, su imponente presencia un refuerzo silencioso de la fuerza de la familia. Enzo y María estaban cerca, sus expresiones una mezcla de orgullo y cautela.

Marco continuó: —Nos hemos enfrentado a desafíos que habrían destrozado a familias más débiles. Pero somos Vitale. No nos doblegamos, no nos rompemos.

La multitud murmuró en acuerdo. Sentí una oleada de orgullo, mezclada con un toque de miedo.

—Nuestro éxito se construye sobre la lealtad, sobre la confianza —la voz de Marco se

endureció ligeramente—. Recordad esto mientras avanzamos. Los desafíos que nos esperan requerirán un compromiso inquebrantable de cada uno de vosotros.

Me pregunté a qué desafíos específicos se refería. La tensión en la sala era palpable, a pesar de la atmósfera festiva.

Cuando Marco concluyó su discurso, alzó una copa. —Por la familia Vitale. Que nuestros enemigos tiemblen al escuchar nuestro nombre.

La multitud estalló en vítores. Levanté mi copa junto con todos los demás, el champán amargo en mi lengua. Mientras la música aumentaba y la gente comenzaba a bailar, crucé miradas con Marco. Su expresión se suavizó ligeramente, solo para mí, antes de que fuera nuevamente rodeado por los invitados que lo felicitaban.

Me moví entre la multitud, las risas y la música en marcado contraste con la corriente subyacente de peligro que ahora percibía. Esto era una celebración, sí, pero también una declaración de guerra a cualquiera que se atreviera a desafiarnos.

Mientras navegaba por el mar de invitados, la elegante figura de Maria captó mi atención. Estaba de pie cerca de una gran columna de mármol, su postura regia pero acogedora. Me dirigí hacia ella, mi corazón latiendo con una mezcla de anticipación y nerviosismo.

—Elena, querida —Maria me saludó cálidamente, tomando mis manos entre las suyas—. Te ves hermosa esta noche. Te dije que ese vestido te quedaba espectacular.

—Gracias, Maria —respondí, mi voz más firme de lo que me sentía—. La celebración es magnífica.

Los ojos de Maria brillaron. —En efecto. Pero dime, ¿cómo te estás manejando en medio de toda esta... emoción?

Dudé, eligiendo mis palabras con cuidado. —Es abrumador, para ser honesta. Todavía me estoy adaptando a todo.

Maria asintió, su expresión suavizándose. —No es una vida fácil la que llevamos, Elena. Pero ya has demostrado una fuerza notable. —Hizo una pausa, mirando alrededor antes de continuar en voz baja—. Habrá momentos en los que necesitarás ser más que solo la pareja de Marco. Necesitarás ser su ancla.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Las decisiones que Marco tiene que tomar... pesan mucho sobre él. Habrá noches en las que no podrá dormir, cuando la carga parezca demasiado. Es entonces cuando más te necesitará.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. No había considerado completamente el costo emocional que la posición de Marco tendría sobre él. —¿Cómo puedo ayudarlo a superar eso? —pregunté, mi voz apenas por encima de un susurro.

Maria apretó mi mano. —Siendo fuerte, escuchando sin juzgar y recordándole por qué está luchando. La seguridad y prosperidad de nuestra familia tienen un costo, Elena. Nunca lo olvides.

Asentí, mi mente acelerada por las implicaciones de su consejo. Cuando abrí la boca para hacer otra pregunta, noté a un grupo de hombres reunidos en una esquina, sus expresiones serias a pesar de las festividades a su alrededor.

Sentí un suave toque en mi brazo, sacándome de mis pensamientos. Marco estaba a mi lado, sus ojos oscuros intensos mientras se encontraban con los míos.

—Elena, ¿podemos hablar en privado? —preguntó, su voz baja.

Asentí, siguiéndolo mientras me guiaba a través del salón de baile abarrotado y hacia el jardín. El aire fresco de la noche fue un alivio después del calor de la fiesta. Marco me llevó a un

rincón apartado, donde un banco de piedra se encontraba bajo un viejo roble.

—Necesitaba un momento lejos de todo eso —dijo Marco, haciendo un gesto hacia la mansión—. Y quería hablar contigo.

Me senté, alisando mi vestido. —¿Está todo bien?

Marco respiró profundamente, pasando una mano por su cabello peinado hacia atrás. —Quiero agradecerte, Elena. Por todo lo que has hecho, por estar a mi lado a través de todo esto.

—Por supuesto —dije, extendiendo la mano para tomar la suya—. Estoy aquí para ti, siempre.

Apretó mi mano, su agarre firme. —Los últimos meses han sido desafiantes. Sé que tampoco ha sido fácil para ti.

Pensé en las noches sin dormir, la preocupación constante, el peso de los secretos que ahora compartíamos. —Lo hemos enfrentado juntos —respondí.

Marco asintió, su mirada intensa. —De eso es de lo que quiero hablar. Nuestro futuro.

Me incliné hacia adelante, ansiosa por escuchar los pensamientos de Marco. Los sonidos distantes de risas y música de la mansión se desvanecieron mientras me concentraba en él.

—¿Qué hay de nuestro futuro? —pregunté.

La mandíbula de Marco se tensó. —Las cosas van a cambiar, Elena. Los Lombardi están acabados, pero eso no significa que estemos a salvo. Tendremos nuevas amenazas, nuevos desafíos.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire nocturno. —¿Qué tipo de desafíos?

—Otras familias intentarán apoderarse de nuestro territorio. Necesitaremos expandirnos, forjar nuevas alianzas. —Los ojos de Marco ardían con determinación—. Necesito saber si estás preparada para lo que viene.

Tragué saliva, considerando sus palabras. ¿Estaba lista para esta vida? ¿El peligro, la vigilancia constante? Pensé en la familia dentro, en Giovanni y Antonio, en el imperio que habían construido.

—Lo estoy —dije con firmeza—. Lo que sea que venga, lo enfrentaremos juntos.

Los hombros de Marco se relajaron ligeramente. Me atrajo hacia él, presionando su frente contra la mía. —Te amo, Elena. Vamos a construir algo increíble.

Mientras regresábamos al interior, me preparé para lo que fuera que nos esperara. La celebración nos aguardaba, un recordatorio de lo que ya habíamos logrado y un vistazo de nuestro futuro.

Dentro, la voz de Giovanni se elevaba sobre la multitud. Estaba de pie cerca de la chimenea, gesticulando animadamente mientras entretenía a un grupo de invitados con una historia.

Los ojos de Marco escanearon la habitación, su postura cambiando sutilmente al divisar a alguien al otro lado del espacio abarrotado. Apretó mi mano. —Hay alguien con quien necesito hablar. Volveré en breve.

Observé cómo se abría paso entre la multitud, deteniéndose para estrechar manos e intercambiar palabras con varios invitados. Sus movimientos eran precisos, cada interacción calculada. Me pregunté cómo lograba mantener el control de tanta gente, sus lealtades, su importancia para la familia.

Luca apareció a mi lado, su presencia sólida y reconfortante. —¿Lo estás disfrutando? Te lo mereces —dijo en voz baja.

—Sí, pero —respondí, forzando una sonrisa—. Es mucho para asimilar.

Asintió, sus ojos oscuros recorriendo la sala. —Marco está haciendo sus rondas. Es importante esta noche, después de todo lo que ha pasado.

Seguí su mirada, observando cómo Marco palmeaba el hombro de un hombre de aspecto severo con un traje caro. —¿Quién es ese? —pregunté.

—Salvatore Russo —dijo Luca—. Uno de nuestros distribuidores clave en el sur. Corrió un gran riesgo al mantenerse leal a nosotros durante la guerra con los Lombardi.

Observé el intercambio, notando el respeto en el comportamiento de Marco. —Y ahora Marco le está agradeciendo personalmente.

Luca gruñó en afirmación. —No se trata solo de gratitud. Se trata de reforzar lazos, asegurarse de que todos conozcan su lugar en la jerarquía.

La política de todo esto me hacía dar vueltas la cabeza. Intenté concentrarme en rostros individuales, preguntándome sobre sus historias, sus roles en esta compleja red de poder y lealtad.

Antonio se acercó, con una copa de champán en cada mano. Me ofreció una con una sonrisa encantadora. —Por la familia —dijo, levantando su copa.

Repetí el brindis, bebiendo el líquido burbujeante. —¿Cómo fueron tus conversaciones? —pregunté, recordando sus esfuerzos anteriores de networking.

Los ojos de Antonio brillaron. —Prometedoras. Hemos sentado las bases para algunas oportunidades emocionantes en los Balcanes.

Luca se tensó a mi lado. —¿Es eso prudente? Ya tenemos las manos llenas aquí.

—Es necesario —replicó Antonio—. Necesitamos diversificar, expandir nuestro alcance. Es lo que padre quiere, o lo que quería hacer antes de...

Miré entre ellos, sintiendo la tensión subyacente. Antes de que pudiera decir algo, la voz imponente de Enzo cortó el murmullo.

—Amigos míos —comenzó, atrayendo todas las miradas hacia él—. Esta noche, celebramos no solo una victoria, sino un nuevo capítulo para la familia Vitale.

Contuve la respiración, sin saber qué diría a continuación. Constance parecía preocupada, pero Maria la retuvo. Marco se movió a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Hoy me complace entregar oficialmente el título de Don Vitale a mi hijo, Marco. Marco fue la fuerza impulsora detrás de nuestros recientes éxitos y se merece este título. Con el apoyo de sus hermanos y de todos ustedes, mantendrá fuerte el Imperio Vitale. Por favor, únanse a mí en un brindis por Don Marco Vitale.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Enzo era un hombre orgulloso y debió haberle costado dar un paso atrás de manera tan pública. Todos levantamos nuestras copas para brindar por Marco mientras él permanecía de pie junto a su padre, irradiando el poder y el éxito de la familia.

# Capítulo 10

Marco

Estaba sentado en mi escritorio, mis ojos escudriñando los últimos informes de seguridad. Las nítidas páginas blancas crujían mientras las hojeaba, cada detalle meticulosamente analizado y catalogado en mi mente. Un fuerte golpe interrumpió mi concentración, y levanté la vista para ver entrar a Antonio, su rostro mostrando una expresión inusualmente seria.

—Marco, tenemos que hablar —dijo, con voz baja y urgente.

Me recliné en mi silla, haciéndole un gesto para que continuara. —¿Qué tienes en mente, Antonio?

Se acercó a mi escritorio, extendiendo un trozo de papel. —Recibí esto de uno de mis contactos. Es sobre un nuevo jugador en el juego, un sindicato criminal internacional llamado la Hermandad Corsa.

Tomé el papel, mis ojos escaneando rápidamente su contenido. El mensaje era vago, pero las implicaciones eran claras. Una amenaza potencial para los intereses de nuestra familia. Sentí un destello de escepticismo. Habíamos lidiado con organizaciones rivales antes, y siempre habíamos salido victoriosos.

—¿Qué tan serio es esto, realmente? —pregunté, encontrando la mirada de Antonio.

La mandíbula de Antonio se tensó. —Más serio de lo que podrías pensar, hermano. Este grupo ha estado creciendo en influencia por toda Europa, absorbiendo a familias más pequeñas en el camino. Son despiadados y nos hacen parecer dulces ancianitas.

Escuché mientras Antonio detallaba los riesgos potenciales, sus palabras pintando un cuadro de una organización sofisticada y despiadada. A pesar de mis dudas iniciales, sentí una creciente inquietud. Si Antonio estaba tan preocupado, quizás había más en esta amenaza de lo que inicialmente pensé.

—¿Qué propones que hagamos? —pregunté, mi mente ya trabajando en posibles estrategias.

Antonio se inclinó hacia adelante, bajando aún más la voz. —Necesitamos monitorear la situación de cerca. Mi contacto advirtió que la Hermandad podría estar considerando nuestro territorio como un punto de apoyo para entrar en los Estados Unidos. No podemos permitirnos ser tomados por sorpresa.

Asentí lentamente, sopesando sus palabras. —De acuerdo. Mantendremos un ojo atento a cualquier actividad inusual. Pero no reaccionemos exageradamente. Necesitamos información más concreta antes de hacer cualquier movimiento.

Antonio pareció aliviado por mi respuesta. —Gracias, Marco. Sabía que entenderías la gravedad de la situación.

Mientras salía de mi estudio, volví a los informes de seguridad en mi escritorio, mi mente ahora preocupada por esta nueva amenaza. La Hermandad Corsa. Tendría que estar vigilante, listo para proteger los intereses de nuestra familia a toda costa. Pero por ahora, observaríamos y esperaríamos, recopilando inteligencia hasta que pudiéramos hacer nuestro movimiento.

Observé a Antonio hacer su magia durante los siguientes días. Sus dedos volaban sobre la pantalla de su teléfono mientras escribía mensajes en múltiples idiomas, su ceño fruncido en concentración. El reloj antiguo en su muñeca brillaba mientras se movía, un recordatorio de los tratos internacionales que había negociado.

—¿Algún progreso? —pregunté, apoyándome en el marco de la puerta de su oficina.

Antonio levantó la vista, sus ojos avellana agudos. —Algo. Mi contacto en Marsella insinuó que habrá un gran cargamento el próximo mes. Podría no ser nada, pero el momento es sospechoso.

Asentí, impresionado por su minuciosidad. —Sigue investigando. Necesitamos mantenernos un paso adelante.

Esa noche, mientras nos reuníamos para cenar, decidí abordar el tema con la familia. Mamá y Papá habían dejado de cenar con nosotros, prefiriendo la tranquilidad de sus propias habitaciones. El rico aroma del risotto con trufa llenaba el aire cuando me aclaré la garganta.

—Puede que tengamos un nuevo desafío entre manos —comencé, con un tono mesurado —. Antonio ha descubierto información sobre un sindicato internacional haciendo movimientos.

Todas las miradas se volvieron hacia mí, los tenedores deteniéndose en el aire. Antonio intervino, su encanto en plena exhibición. —La Hermandad Corsa. No hay que subestimarlos. Necesitamos estar preparados para cualquier cosa.

Observé las reacciones de la familia, notando la mezcla de preocupación y determinación en sus rostros. La mandíbula de Luca se tensó, mientras que Giovanni se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos.

—¿Cuál es nuestro plan? —preguntó Giovanni, con voz áspera.

Tomé un sorbo de vino, considerando mis palabras cuidadosamente. —Por ahora, recopilamos información. No podemos actuar sin saber más. Pero necesitaremos que todos estén atentos.

Mientras la conversación fluía, sentí una sensación de orgullo. Nuestra familia entendía la gravedad de la situación sin necesidad de declaraciones dramáticas. Enfrentaríamos esta amenaza como habíamos enfrentado todas las demás: juntos, con estrategia y fuerza.

El peso del liderazgo se asentaba pesadamente sobre mis hombros, pero lo acogía con gusto. Esto era para lo que había nacido, para lo que me habían entrenado. Mientras miraba alrededor de la mesa, sabía que estábamos listos para lo que viniera.

Elena dejó su tenedor, sus ojos azules encontrándose con los míos. —Marco, quiero volver a poner en marcha la galería.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Negué con la cabeza, la tensión infiltrándose en mi voz. —No. Aún no es seguro.

—Marco, han pasado meses —protestó Elena, su tono agudizándose—. ¿Cuánto tiempo se supone que debo mantenerla cerrada?

Me incliné hacia adelante, mis dedos tamborileando sobre la mesa. —Todos estamos haciendo lo que podemos aquí. Yo no he vuelto a mi ático. La amenaza sigue siendo demasiado alta.

Los ojos de Elena brillaron de ira. —¿Entonces qué, debería cerrarla permanentemente? De nada sirve tener un negocio que está cerrado más tiempo del que está abierto.

Empujó su silla hacia atrás abruptamente, el sonido del arrastre haciendo eco en el repentino silencio. Mientras salía furiosa, me levanté para seguirla, ignorando las miradas preocupadas del resto de la familia.

Alcancé a Elena en nuestra habitación, mi corazón acelerado. Ya se estaba quitando el

vestido, sus movimientos bruscos y enojados.

—Elena, por favor —comencé, tratando de mantener mi voz calmada—. Tienes que entender...

—¿Entender qué, Marco? —espetó, volviéndose para enfrentarme en su combinación de seda—. ¿Que tú decides cada aspecto de mi vida?

Respiré profundamente, luchando por mantener el control. —No se trata de control. Se trata de mantenerte a salvo.

Elena se acercó, su aroma envolviéndome. —¿Y qué hay de mi felicidad? ¿De mi independencia?

Mi determinación se desmoronó al sentir sus dedos recorrer mi pecho, su toque quemando un camino a través de mi camisa. Sus uñas se clavaron en mi piel, enviando un escalofrío por mi espalda.

Su otra mano encontró el camino hacia la hebilla de mi cinturón, y lo desabrochó con una destreza practicada que hizo que mi miembro se estremeciera en anticipación. No pude evitar soltar un gemido grave mientras tiraba de mi cremallera, revelando mi longitud dura presionando contra mis calzoncillos. —Esta no es la manera de conseguir lo que quieres.

Con una sonrisa maliciosa, me empujó hacia la silla y se arrodilló entre mis piernas. Me miró a través de sus pestañas, sus ojos oscuros de deseo. —Sabes que quieres esto —susurró, su aliento caliente contra mi piel.

No podía negarlo. La deseaba. Quería sentir su boca en mí, escuchar sus gemidos mientras la follaba hasta que gritara mi nombre.

Enganchó sus dedos en la cinturilla de mis calzoncillos y los bajó, liberando mi miembro. Lo envolvió con su mano, su agarre firme y seguro. Dejé escapar un siseo cuando comenzó a acariciarme, sus movimientos lentos y provocadores.

—Joder —murmuré, mis caderas moviéndose involuntariamente. Ella se rió, un sonido bajo y sucio que hizo que mi sangre hirviera.

—Buen chico —ronroneó, sus labios a centímetros de la punta de mi miembro—. Estás tan duro para mí.

Dejé escapar un gemido ahogado cuando pasó su lengua por la cabeza de mi miembro, la sensación casi insoportable. Me sonrió, sus ojos brillando con picardía, antes de tomarme en su boca.

No pude evitar soltar un fuerte gemido mientras me chupaba, su boca caliente y húmeda. Enredé mis dedos en su cabello, guiando sus movimientos mientras me tomaba más y más profundo. Gimió alrededor de mí, las vibraciones enviando ondas de choque por todo mi cuerpo.

Podía sentir que me acercaba, mis testículos tensándose con cada caricia de su lengua. Ella también pareció sentirlo, sus movimientos volviéndose más urgentes mientras me chupaba más fuerte y rápido.

—Joder, Elena —gruñí, mi voz áspera de necesidad—. Voy a correrme.

Abruptamente, se detuvo. —Por favor, no me quites la galería.

Me miró, con lágrimas corriendo por sus mejillas. Maldita sea, ¿qué se suponía que debía hacer ahora? —Cara mia, no lo haré. Lo juro.

Se levantó y caminó hacia el otro lado de la habitación. Llevaba tacones y bragas, y estaba absolutamente seguro de que mi corazón se rompería si no dejaba de llorar.

—Sí, Marco, lo estás haciendo —escupió—. Siempre habrá una nueva amenaza, nuevos rivales, nuevos problemas. No puedo quedarme aquí, encerrada en una casa que no es más que una hermosa cárcel.

¿Así es como veía la mansión? Yo quería casarme con ella aquí en el jardín, criar a nuestros hijos aquí, envejecer juntos aquí. No podía permitir que el hermoso futuro que quería con ella fuera su condena. Fui hacia ella y la atraje a mis brazos. —Elena, no. No es una cárcel. Por favor, solo ten paciencia.

Ella sorbió y me miró. —No sé si puedo.

Se hundió de rodillas, sus ojos nunca dejando los míos mientras envolvía sus delicados dedos alrededor de mi palpitante miembro. Se lamió los labios, un brillo hambriento en su mirada, antes de tomarme en su boca. Gemí mientras su lengua giraba alrededor de mi eje, provocando la punta sensible antes de tomarme más profundo.

—Cristo, Elena, para. Estoy tratando de tener una conversación adulta contigo.

Reemplazó su boca con su mano. —Y yo estoy tratando de conseguir lo que quiero. Este es el único poder que tengo aquí, así que voy a usarlo.

Me perdí en la sensación de su boca y lengua. Luego se detuvo de nuevo.

—¿Estás listo para negociar? —preguntó.

Mis rodillas estaban a punto de ceder y no estaba seguro si caería al suelo o me correría primero. Mi mano fue a mi miembro, pero ella la apartó de un manotazo.

—No —ordenó—. ¿Estás listo para negociar?

Asentí, desesperado por hacer cualquier cosa para que me tocara de nuevo. —¿Qué... qué quieres?

—Quiero reabrir la galería. Quiero trabajar allí a tiempo completo.

Podía sentir su aliento en mi punta y me costó todo lo que tenía quedarme quieto.

—Y a cambio, aceptaré cualquier medida de seguridad razonable que requieras. Después de todo, eso es lo que quieres —dijo mientras comenzaba a envolver su mano alrededor de mí.

Mis caderas se sacudieron y ella sonrió, sabiendo que acababa de ganar.

—Sí —gemí.

Comenzó a mover su mano arriba y abajo por mi longitud. —¿Sí a qué?

—Sí a todo con la seguridad. Sí a lo que estás haciendo. Sí a cualquier cosa que quieras.

—En ese caso —ronroneó, su voz baja y seductora—, creo que deberías follarme.

Eso era todo lo que necesitaba oír. Mis instintos primarios se apoderaron de mí mientras la levantaba del suelo, su cuerpo ligero en mis manos. Podía sentir su calor irradiando a través de la delgada tela de su vestido, haciendo que mi miembro palpitara de anticipación. Sin perder un momento, le arranqué las bragas, el sonido de la tela rasgándose llenando la habitación.

Ella jadeó cuando la levanté, sus piernas envolviéndose instintivamente alrededor de mi cintura. La presioné contra la pared, nuestros cuerpos apretados juntos. Podía sentir su sexo, caliente y húmedo, contra mi miembro duro como una roca.

Con un rugido, me deslicé dentro de ella, saboreando la sensación de su estrechez a mi alrededor. Ella dejó escapar un gemido, sus uñas clavándose en mis hombros mientras empezaba a moverme. Embestí dentro de ella duro y rápido, nuestros cuerpos moviéndose en perfecto ritmo.

—¿Te gusta eso, verdad? —gruñí, mi voz baja y áspera—. Te gusta cuando te follo duro.

—Sí —gimió, su voz sin aliento—. Sí, me gusta.

Alcé la mano y agarré su cabello, tirando de su cabeza hacia atrás con un gruñido animal. Ella dejó escapar un profundo gemido mientras mordía su cuello, chupando lo suficientemente fuerte como para dejar una marca. Sus uñas arañaron mi espalda, el agudo escozor del dolor solo añadiendo a mi placer.

—¿Te gusta eso? —gruñí, mi voz ronca de deseo.

—Joder, sí —suspiró ella, su sexo apretándose alrededor de mi miembro como un tornillo. Podía sentir su humedad cubriendo mi eje, haciendo cada embestida resbaladiza y suave.

La embestí con más fuerza mientras me hundía más profundamente dentro de ella. Estaba tan apretada, tan cálida, y podía sentir su cuerpo temblando debajo de mí mientras se acercaba al borde del orgasmo.

Con cada gramo de autocontrol que tenía, dejé de moverme. Ella gritó mientras sus caderas perseguían su liberación. —No pares —suplicó mientras apretaba sus piernas alrededor de mí.

—Ahora sabes lo que se siente, ¿verdad? Si vuelves a provocarme así, te prometo que no jugaré limpio. Te llevaré al límite una y otra vez hasta que no puedas soportarlo más. ¿Es eso lo que quieres? —pregunté.

—Sí... no... no lo sé, Marco —gimió—. Tomaré cualquier cosa... cualquier cosa que me des.

—Suplica por ello —exigí, mi voz un gruñido áspero.

—Por favor, Marco. Fóllame. Lo necesito. Te necesito —gimió, sus caderas frotándose contra mí.

Una embestida más la llevó al límite. Lloriqueó, su cuerpo convulsionándose mientras se rendía al abrumador placer. Podía sentir su sexo apretándose y liberándose a mi alrededor, ordeñando mi miembro mientras cabalgaba las olas de su orgasmo. No pude contenerme más, embistiendo una última vez antes de explotar dentro de ella con un rugido primitivo.

Cuando sentí que podía moverme de nuevo, la llevé, aún con mi miembro semi erecto dentro de ella, a la cama. Había sido rudo con ella y probablemente estaría adolorida mañana, pero se lo merecía.

—¿Lo decías en serio? —preguntó.

Sonreí mientras me acostaba a su lado y la acercaba. —Absolutamente. Provócame así de nuevo y verás cuánto autocontrol tengo. Puedo mantenerte al borde durante días.

Se mordió el labio y una gruesa lágrima rodó por su mejilla. —¿Entonces no lo decías en serio sobre la galería?

Besé su lágrima. —Por supuesto que sí. Nunca te mentiré, mi amor. Nunca.

Ella besó mi barbilla. —Te amo, Marco Vitale. No me obligues a provocarte así de nuevo, y no lo haré.

Me reí entre dientes. —Ya veremos.

A la mañana siguiente, me desperté temprano, mi mente ya dando vueltas a los planes. Elena se movió a mi lado, su cabello castaño rojizo esparcido sobre la almohada. La observé por un momento, dividido entre el afecto y la ansiedad.

La desperté besando su brazo. —Buenos días. Necesitamos hablar de estrategia —dije mientras abría los ojos.

Elena se sentó, de repente alerta. —¿Para la galería?

Asentí, alcanzando mi teléfono. —Le he pedido a Claire que se una a nosotros. Estará aquí en veinte minutos.

Mientras nos vestíamos, esbocé mis pensamientos. —Claire estará estacionada en la galería a tiempo completo. Necesitaremos ajustar los sistemas de seguridad, establecer nuevos protocolos.

Elena hizo una pausa, con una sonrisa en sus labios. —He echado de menos a Claire. Será bueno tenerla cerca de nuevo.

Nos encontramos con Claire en la cocina. —Jefe —me saludó con un asentimiento—.

Señorita Rossi.

Elena puso los ojos en blanco. —Marco, ¿podrías decirle a Claire que puede llamarme Elena?

—Si eso es lo que quieres —dije—. Claire, puedes llamarla Elena, cuando estén solas. No quiero que todos sean demasiado familiares con ella, especialmente los hombres.

—Entendido, jefe.

Nos reunimos alrededor de la mesa de la cocina. Extendí los planos de la galería mientras Claire sacaba una tableta con especificaciones de seguridad.

—Tendremos que ser cuidadosos —dije—. La reapertura no puede llamar demasiado la atención. Pero podemos usarla a nuestro favor.

Elena se inclinó hacia adelante, sus ojos brillantes. —La Gala de la Ciudad sería perfecta. Podríamos asistir, hacer conexiones, hacer preguntas.

Sentí una oleada de orgullo por su rápido pensamiento. —Exactamente. Nos mezclaremos, recopilaremos información sutilmente.

Claire tocó su tableta. —Puedo coordinar con mi equipo, asegurar la cobertura sin levantar sospechas.

Mientras profundizábamos en los detalles, sentí que mis dudas anteriores se disipaban. Elena estaba completamente comprometida, sus ideas resultaban invaluables. Esta asociación, este equilibrio de nuestras habilidades, me tranquilizaba. Podríamos hacer que esto funcionara.

Nuestra sesión de planificación fue interrumpida por un pitido de mi teléfono. Miré la pantalla y me quedé helado.

—¿Marco? —la voz de Elena sonaba preocupada—. ¿Qué pasa?

Dudé, luego opté por la honestidad. —Es de uno de los contactos de Antonio. Sobre la hermandad.

Claire se enderezó, instantáneamente alerta. Elena frunció el ceño.

Escaneé el mensaje rápidamente. —Han identificado a una figura clave que podría estar dispuesta a hablar. Por un precio.

Las implicaciones eran claras. Esta podría ser la oportunidad que necesitábamos, una chance de adelantarnos a la amenaza. Pero también era peligroso, potencialmente exponiéndonos.

Miré a Elena y Claire, sus rostros reflejando mi propia tensión. —Necesito seguir esto —dije—. Podría darnos la ventaja que necesitamos.

Elena asintió lentamente, la preocupación evidente en sus ojos. Claire ya estaba alcanzando su unidad de comunicación, sin duda preparándose para movilizar a su equipo.

Mientras me levantaba para irme, el peso de la situación se asentó sobre mis hombros. Esta pista podría cambiarlo todo. Solo esperaba que no fuera para peor.

Entré a grandes zancadas en mi estudio, donde Antonio ya estaba esperando, sus dedos tamborileando un ritmo impaciente en el escritorio de caoba.

—¿Recibiste el mensaje? —preguntó, sus ojos color avellana fijándose en los míos.

Asentí, cerrando la puerta detrás de mí. —Necesitamos movernos rápido. Organiza una reunión con este contacto, pero con extrema precaución.

Antonio se inclinó hacia adelante, su voz baja. —Tengo a alguien en mente. Giacomo. Es discreto, astuto y nos debe un favor.

Consideré esto, repasando los riesgos en mi mente. Giacomo era bueno, pero ¿era lo suficientemente bueno para esto?

—¿Cuál es tu plan de seguridad? —pregunté, dirigiéndome a la ventana y examinando

los terrenos de abajo.

Antonio se levantó, uniéndose a mí en la ventana. —Tres capas. Equipo de vigilancia en el perímetro, dos guardias armados cerca, y un botón de pánico en el mismo Giacomo.

Asentí, mis dedos trazando distraídamente el borde de mi reloj. —Bien. Pero quiero audio en tiempo real. Si algo se siente fuera de lugar, lo sacamos inmediatamente.

—De acuerdo —dijo Antonio, su tono serio—. Esta podría ser nuestra mejor oportunidad para entender a lo que nos enfrentamos.

Me giré para mirarlo, sintiendo el peso de la situación presionándome. —Haz que suceda. Y Antonio, dile a Giacomo que esté preparado para cualquier cosa. No sabemos nada sobre esta gente.

Mientras Antonio salía para hacer los preparativos, me senté en mi escritorio, accediendo a nuestra red encriptada. La información llegaba poco a poco desde nuestras diversas fuentes, cada pieza añadiendo al rompecabezas de las operaciones de la Hermandad Corsa.

Un golpe en la puerta interrumpió mi concentración. —Adelante —dije en voz alta, sin levantar la vista de mi pantalla.

Era Elena, su rostro grabado con preocupación. —¿Qué tan malo es? —preguntó, moviéndose para pararse detrás de mí.

Suspiré, señalando los informes dispersos en mi pantalla. —No es bueno. Su alcance se está expandiendo, y rápido. Se están moviendo en territorios que creíamos seguros.

La mano de Elena descansó sobre mi hombro, un peso reconfortante. —Lo resolveremos. Siempre lo hacemos.

Quería creerle, pero mientras miraba la creciente red de influencia de la Hermandad, no podía sacudirme la sensación de que nos enfrentábamos a algo distinto a todo lo que habíamos encontrado antes. La amenaza era real, y venía por nosotros. Solo esperaba que estuviéramos listos cuando llegara.

Me ajusté los gemelos mientras Elena y yo entrábamos en el lujoso espacio de la galería de la Gala de la Ciudad. El aire zumbaba con conversaciones en voz baja y el tintineo de copas de champán. La mano de Elena descansaba ligeramente sobre mi brazo, su presencia tanto calmante como electrizante.

—Ahí está Renato Bianchi —murmuró Elena, asintiendo sutilmente hacia un hombre rechoncho con un esmoquin mal ajustado—. Ha estado causando revuelo en la escena artística internacional. Vamos a saludarlo.

Mientras nos acercábamos, me maravillé con la transformación de Elena. Su sonrisa era radiante, su lenguaje corporal abierto e invitador. —¡Renato! Ha pasado mucho tiempo —exclamó, besando el aire cerca de sus mejillas.

Me mantuve ligeramente atrás, observando cómo Elena manejaba hábilmente la conversación. —Escuché rumores sobre algunas nuevas adquisiciones emocionantes. ¿Hay algo de verdad en eso?

Los ojos de Renato se iluminaron. —Ah, Elena, siempre sabes dónde encontrar el mejor chisme. Bueno, entre nosotros... —Se inclinó de manera conspiradora, bajando la voz—. Recientemente he entrado en contacto con un grupo de Córcega. Tienen acceso a algunas piezas... digamos, poco convencionales.

Mis oídos se aguzaron al mencionar Córcega. Di un paso adelante, extendiendo mi mano. —Marco Vitale. Un placer conocerte, Renato. Estos contactos corsos tuyos suenan intrigantes.

Elena intervino suavemente: —Marco siempre está buscando oportunidades de inversión únicas.

Mientras Renato comenzaba a elaborar, sentí una mezcla de admiración por la habilidad de Elena y una creciente preocupación por las implicaciones de sus palabras. Definitivamente estábamos sobre algo, y tenía la sensación de que esto era solo el comienzo de una noche muy larga.

~*~

El antiguo reloj de pie en la esquina de mi oficina marcaba suavemente mientras Antonio y yo escuchábamos atentamente la reunión que tenía lugar en una cafetería sucia en Union Station.

—La influencia de la Hermandad Corsa se extiende mucho más allá de Córcega —explicó una voz áspera—. Tenemos propiedades significativas en toda Europa, particularmente en Francia e Italia. Nuestro alcance se extiende hasta los Balcanes, donde controlamos rutas de envío clave y tenemos políticos en nuestro bolsillo.

Me incliné hacia adelante, juntando las puntas de mis dedos bajo mi barbilla. Antonio quería expandirse a los Balcanes.

La voz continuó: —Pero nuestras operaciones más lucrativas están en la costa oeste de los Estados Unidos. Tenemos un control absoluto sobre los puertos desde Seattle hasta San Diego.

La voz de Giacomo crepitó a través del altavoz, teñida de asombro. —Impresionante. El alcance de su organización es verdaderamente global.

Intercambié una mirada con Antonio, notando el brillo en sus ojos avellana. A mi hermano le encantaban los desafíos.

—¿Qué piensas? —le pregunté en voz baja.

Antonio se acarició la barbilla pensativamente. —Si tan solo la mitad de lo que está diciendo es cierto, la Hermandad es mucho más fuerte de lo que pensábamos.

Asentí, mi mente ya corriendo con posibilidades. La familia Vitale había estado buscando establecer una posición más fuerte en la Costa Oeste, y eliminar a la Hermandad solidificaría nuestra posición.

—Necesitamos pisar con cuidado —advertí—. La Hermandad no es conocida por llevarse bien con otros.

Antonio sonrió con suficiencia. —Ahí es donde mi encanto es útil, hermano. Puedo suavizar cualquier aspereza en la negociación.

Me permití una pequeña sonrisa. Las habilidades diplomáticas de Antonio habían demostrado ser invaluables una y otra vez.

Volvimos nuestra atención a la conversación. El representante ahora estaba detallando las extensas operaciones de lavado de dinero de la Hermandad en los Balcanes.

Mientras escuchaba, no podía sacudirme la sensación de que esto era demasiado bueno para ser verdad. ¿Por qué un miembro de alto rango de la Hermandad Corsa sería tan franco con esta información? Tenía que haber un ángulo que no estábamos viendo.

—¿Qué opinas de esto? —le pregunté a Antonio, manteniendo mi voz baja.

Se reclinó en su silla, con una expresión pensativa en su rostro. —Es una mina de oro de información, pero algo no cuadra. Necesitamos verificar todo antes de hacer cualquier movimiento.

Asentí, mis dedos tamborileando contra la caoba pulida de mi escritorio. —De acuerdo. Veamos cómo se desarrolla esto. Puede que necesitemos traer a Giacomo para un informe después.

Volvimos a guardar silencio, esforzándonos por captar cada palabra de la conversación

de abajo. Fuera cual fuera el resultado de esta reunión, sabía que tendría consecuencias de gran alcance para la familia Vitale. Y yo tenía la intención de estar preparado para todas las posibilidades.

De repente, el tono del representante cambió. Su voz se quebró cuando dijo:

—Necesito salir. La Hermandad... mataron a mi familia.

Me incliné hacia adelante, con el interés despertado. Este era un giro inesperado. Miré a Antonio, quien alzó una ceja. Ambos sabíamos que esto lo cambiaba todo.

La respuesta de Giacomo fue mesurada, su voz baja y controlada.

—Esa es una acusación muy seria. ¿Por qué harían eso?

—Descubrí algo que no debía —respondió el representante, sus palabras saliendo atropelladamente—. Por favor, tienen que ayudarme. No puedo volver.

Casi podía ver a Giacomo tamborileando con los dedos sobre la mesa, un hábito que tenía cuando estaba sumido en sus pensamientos. El silencio se prolongó durante lo que pareció una eternidad.

Finalmente, Giacomo habló.

—Podríamos arreglar algo. Pero comprenda, esto nos pone en una posición delicada. Necesitaríamos algo de valor primero.

Asentí para mis adentros. Giacomo estaba manejando esto bien. Si el representante era sincero, esta podría ser una oportunidad de oro para nosotros.

—¿A qué se refiere? —preguntó el representante, con un deje de desesperación en su voz.

—Información, contactos, cualquier cosa que pueda darnos una ventaja —respondió Giacomo con suavidad—. Nos está pidiendo que nos enfrentemos a la Hermandad Corsa. Eso no es un favor pequeño.

Me volví hacia Antonio.

—¿Qué opinas?

Se acarició la barbilla pensativamente.

—Si está diciendo la verdad, esta podría ser nuestra oportunidad de expandir nuestra influencia. Pero si es una trampa...

—Debemos ser cautelosos —terminé por él—. Veamos qué le ofrece a Giacomo. Eso nos dirá mucho sobre sus verdaderas intenciones.

La voz del representante se quebró al hablar.

—Yo... tengo algo. No es mucho, pero es todo lo que pude conseguir sin levantar sospechas.

Escuché un sonido de roce, seguido de una brusca inhalación de Giacomo.

—¿Una memoria USB? —preguntó Giacomo, su tono una mezcla de curiosidad y escepticismo.

—Sí —confirmó el representante—. Contiene toda la información que pude recopilar. Registros financieros, rutas de envío, nombres de actores clave. No está completa, pero es un comienzo.

Me incliné hacia adelante, con el interés despertado. Si la información en esa unidad era legítima, podría darnos una ventaja significativa.

La voz de Giacomo bajó.

—¿Y está seguro de que esta información es precisa?

—Apuesto mi vida en ello —respondió el representante solemnemente.

La ironía de sus palabras me golpeó un segundo después cuando un estruendo

ensordecedor resonó por todo el edificio. El sonido era inconfundible: un disparo.

—¿Qué demonios...? —exclamó Antonio, poniéndose de pie de un salto.

Yo ya me estaba moviendo, mi mano instintivamente alcanzando mi arma.

—¡Luca! —grité, corriendo hacia la puerta.

Maldije entre dientes, mi mente tratando de procesar la situación. La repentina violencia había hecho añicos nuestros planes cuidadosamente trazados, y ahora estábamos en modo de control de daños.

—Antonio, asegura el perímetro —ordené, mi voz firme a pesar de la adrenalina que corría por mis venas—. Asegúrate de que nadie entre ni salga.

Antonio asintió, ya sacando su teléfono para alertar a nuestro equipo de seguridad.

Me volví hacia el intercomunicador, presionando el botón con más fuerza de la necesaria.

—Salvatore, Franco, id a por Giacomo. Traedlo de vuelta aquí sano y salvo. Ahora.

Mi corazón latía con fuerza mientras esperaba la confirmación. Cada segundo se sentía como una eternidad. Finalmente, la voz áspera de Salvatore crepitó a través del altavoz.

—Entendido, jefe.

Giacomo era un activo valioso, y no podíamos permitirnos perderlo. No ahora, no con la potencial mina de oro de información que llevaba consigo.

—Marco —la voz de Antonio interrumpió mis pensamientos—. ¿Qué hacemos con el cuerpo?

Apreté la mandíbula, considerando nuestras opciones.

—Necesitamos limpiar esto rápido. Llama a nuestro limpiador. Que no queden rastros.

Antonio asintió, sus dedos ya volando sobre el teclado de su teléfono.

Caminé de un lado a otro por la habitación, mi mente dando vueltas con las posibilidades. ¿Quién había apretado el gatillo? ¿Era un trabajo interno o una amenaza externa? Y lo más importante, ¿qué había en esa memoria USB que valía la pena matar por ella?

# Capítulo 11

Elena

Las puertas de la galería chirriaron al abrirse, resonando siniestramente a través del espacio vacío. Entré, mis tacones repiqueteando contra el suelo pulido, cada paso amplificando el silencio ensordecedor. Se me cortó la respiración al contemplar las paredes desnudas, despojadas de las vibrantes obras de arte que alguna vez las adornaron.

—No —susurré, mi voz apenas audible. El vacío se sentía como un golpe físico, dejándome sin aliento. Pasé mi mano por la pared fría y desnuda, esperando desesperadamente que todo fuera un mal sueño.

Mi oficina estaba tal como la había dejado, excepto por media docena de sobres sobre el escritorio. Los abrí, uno por uno, cada uno una carta de renuncia.

La ira se encendió dentro de mí, ardiente y repentina.

—¿Ni siquiera tuvieron la decencia de decírmelo en persona? —Apreté los puños, luchando por mantener la compostura—. Después de todo lo que hemos pasado...

—Sé que no es justo —dijo Claire, su tono compasivo pero firme—. Pero necesitamos enfocarnos en lo que podemos controlar ahora.

Asentí, tratando de tragar el nudo en mi garganta.

—Tienes razón. Es solo que... esperaba que todo fuera igual. Nadie llamó, nadie se quejó, así que pensé que estaba bien. Y ahora...

—Y ahora reconstruimos —terminó Claire por mí, sus ojos encontrándose con los míos con determinación—. Aún no estamos fuera de la pelea, Elena. Ni por asomo.

Recorrimos la galería desierta, haciendo un inventario.

—Las esculturas de Emilia Cortez estaban aquí —dije, señalando una esquina vacía—. Y las pinturas de Zhang Wei... —Mi voz se apagó mientras miraba el espacio en blanco donde antes colgaban vibrantes lienzos.

Claire asintió, su expresión una mezcla de preocupación y atención.

—¿Se llevaron todo?

—No debería culpar a los artistas. No pueden ganar dinero si su trabajo se queda en una galería cerrada.

Me detuve frente a una gran ventana, contemplando la bulliciosa ciudad más allá. El contraste entre las calles animadas y la galería desolada detrás de mí se sentía como una broma cruel.

—Este lugar era mi santuario —dije, volviéndome hacia Claire—. Una oportunidad para probarme a mí misma, para construir algo significativo. Ahora siento que todo se está desmoronando a mi alrededor.

Claire frunció el ceño.

—Puede que no sepa mucho de arte, Elena, pero te conozco. No eres de las que se rinden fácilmente.

Solté una risa sin humor.

—Tal vez debería. ¿Cuál es el punto de luchar cuando todos los demás han abandonado el barco?

—Porque esto te importa —respondió Claire, su voz firme—. Y porque no estás sola. Estoy aquí, ¿no?

Miré a Claire, realmente la miré. A pesar de su falta de experiencia en el mundo del arte, su lealtad era inquebrantable. Era un pequeño consuelo, pero un consuelo al fin y al cabo.

—Tienes razón —admití—. Estoy agradecida de que estés aquí, Claire. No sé qué haría sin ti.

Claire ofreció una pequeña sonrisa.

—Para eso estoy aquí. Ahora, ¿cuál es nuestro próximo movimiento?

Respiré hondo, mi mente corriendo con posibilidades. La galería podría estar vacía ahora, pero tal vez esta era una oportunidad para un nuevo comienzo. Una oportunidad para reconstruir, mejor que antes.

—No lo sé. Nunca he tenido que llenar una galería desde cero. Heredé esta, y ya estaba llena entonces.

Claire asintió, sus ojos iluminándose con una idea.

—¿Qué hay de los contactos que hiciste en la Gala de la Ciudad? Había algunas personas influyentes allí, ¿no?

Hice una pausa, considerando su sugerencia. Era cierto, había hecho nuevas conexiones con varias figuras prominentes en el mundo del arte esa noche. Pero, ¿estarían dispuestos a ayudar ahora, dado el estado actual de la galería?

—No estoy segura —dije, expresando mis dudas—. Podrían no querer asociarse con nosotros después de todo lo que ha pasado.

Claire se inclinó hacia adelante, su expresión intensa.

—No lo sabrás a menos que lo intentes. Estas personas vieron tu pasión de primera mano. Eso no desaparece solo por un contratiempo.

Mientras reflexionaba sobre sus palabras, sentí una chispa de esperanza en mi pecho. Tal vez Claire tenía razón. Tal vez esto no era el final, sino un nuevo comienzo.

—De acuerdo —dije, enderezando los hombros—. Vamos a intentarlo.

Me acerqué a mi escritorio, sacando un bloc de notas y un bolígrafo. Mientras comenzaba a anotar nombres, rostros de la Gala de la Ciudad pasaron por mi mente. El marchante de arte que se había impresionado con mi conocimiento de escultura contemporánea. La curadora que había expresado interés en nuestros artistas emergentes.

—¿A quién estás pensando contactar primero? —preguntó Claire, mirando por encima de mi hombro.

Golpeé el bolígrafo contra el papel, considerando.

—Hay una coleccionista, Vanessa Reeves. Tiene conexiones con galerías en toda Europa. Si pudiéramos conseguir que se uniera a nosotros, podría abrirnos muchas puertas.

Mientras continuaba enumerando nombres, sentí un renovado sentido de propósito corriendo por mis venas. Esta tarea, simple como era, se sentía como el primer paso hacia la recuperación de lo que había perdido.

—¿Sabes? —dije, mirando a Claire—. Esto realmente podría funcionar.

Claire asintió, sus ojos recorriendo la lista que había hecho.

—Puede que no sepa mucho de arte, pero conozco a la gente. Déjame ayudarte con estas llamadas.

Hice una pausa, sorprendida por su oferta.

—¿Estás segura? Esto no es exactamente tu área de especialización.

Se encogió de hombros, con una mirada decidida en su rostro.

—Aprendo rápido. Además, dos cabezas piensan mejor que una, ¿no?

Sonreí ante su entusiasmo.

—De acuerdo, estás dentro. Vamos a dividir y conquistar.

Pasamos la siguiente hora planeando estrategias, asignando tareas y preparando nuestro enfoque. La mente táctica de Claire resultó invaluable mientras trazábamos nuestro plan de ataque.

—Bien —dije, tomando mi teléfono—. Voy a empezar con Gregory Hartnell. Es un influyente marchante de arte que conocí en la gala. Si podemos lograr que se una a nosotros, podría cambiar las reglas del juego.

Marqué su número, con el corazón acelerado mientras sonaba el teléfono. Cuando contestó, tomé aire y lancé mi propuesta.

—Gregory, soy Elena Rossi. Nos conocimos en la Gala de la Ciudad el mes pasado. Espero que recuerdes nuestra conversación sobre los artistas emergentes en la escena europea.

—Ah, Elena —respondió, con voz cálida—. Por supuesto que lo recuerdo. Tus ideas fueron muy refrescantes. ¿Qué puedo hacer por ti?

Tragué saliva, armándome de valor.

—Seré directa, Gregory. Mi galería está enfrentando algunos desafíos, y busco colaborar con personas de mentalidad abierta como tú para traer nuevos artistas y exposiciones. Creo que hay una oportunidad aquí para ambos.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Contuve la respiración, esperando.

—Interesante —dijo Gregory finalmente—. He estado buscando perspectivas frescas en la industria. ¿Por qué no programamos una reunión para discutir esto más a fondo?

Sentí una oleada de alivio.

—Eso sería maravilloso. Haré que mi asistente llame a tu oficina para organizarlo. Gracias, Gregory.

Al colgar el teléfono, miré a Claire, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro.

—Está interesado. Tenemos una reunión.

Claire asintió, sus ojos brillantes de determinación.

—Excelente trabajo, Elena. Llamaré para incluirlo en la agenda. ¿Quién sigue en la lista?

Examiné los nombres que habíamos recopilado antes.

—Probemos con Sophia Mendez. Es una coleccionista que siempre ha tenido ojo para el talento emergente.

Mientras marcaba el número de Sophia, Claire se ocupaba de organizar nuestra creciente lista de contactos y citas. Admiré su eficiencia, notando lo rápido que se había adaptado a este mundo desconocido del arte y las galerías.

—¿Sophia? Soy Elena Rossi —dije cuando contestó—. Espero no pillarte en mal momento.

—¡Elena! Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo estás, querida?

Dudé por un momento, luego opté por la honestidad.

—He estado mejor, Sophia. La galería está enfrentando algunos desafíos, pero estoy trabajando en reconstruirla. Esperaba poder discutir algunas posibles colaboraciones contigo.

—Oh, lamento mucho oír eso —respondió Sophia, su voz llena de genuina preocupación —. Pero ya sabes, los desafíos a menudo conducen a las oportunidades más emocionantes. Cuéntame más sobre lo que tienes en mente.

Mientras exponía mis ideas, sentí que una chispa de esperanza se encendía dentro de mí. Con cada llamada, cada respuesta positiva, esa chispa se hacía más fuerte.

Claire me miró y me hizo un gesto de aprobación con el pulgar. Ya había llenado media página con notas y programado reuniones. No pude evitar sentirme agradecida por su presencia y apoyo.

—Esto es prometedor, Elena —dijo Claire cuando terminé otra llamada—. Estamos haciendo un progreso real aquí.

Asentí, sintiendo una mezcla de agotamiento y euforia.

—Lo estamos. No va a ser fácil, pero creo que realmente podríamos lograrlo.

Dejé el teléfono y me volví hacia Claire.

—Vamos a hacer una lluvia de ideas para la gran reapertura. Necesitamos algo que realmente cause impacto.

Claire asintió, sus ojos color avellana brillantes de concentración.

—¿Qué tal un tema que una el pasado y el futuro del arte? Podríamos mostrar tanto artistas establecidos como emergentes.

—Me gusta eso —dije, sintiendo una oleada de emoción—. Podríamos llamarlo "Renacimiento: El Arte Renace". También simbolizaría el renacimiento de la galería.

—Perfecto —respondió Claire. Lo anotó en su cuaderno—. Para la disposición, podríamos tener diferentes secciones que representen diferentes épocas, que conduzcan a un espacio central con las piezas más vanguardistas.

Mientras intercambiábamos ideas, sentí que mi entusiasmo crecía.

—Deberíamos contactar a ese escultor vanguardista que conocí en la Gala de la Ciudad. Su trabajo sería perfecto para la pieza central.

Claire golpeó su barbilla con el bolígrafo.

—¿Qué tal elementos interactivos? Podríamos tener demostraciones en vivo, tal vez incluso dejar que los invitados intenten crear algo.

—Brillante —dije, imaginando todo tomando forma—. También tendremos que ser selectivas con la lista de invitados. Una mezcla de críticos, coleccionistas e influencers para generar expectación.

Después de una hora de planificación intensa, decidimos tomar un descanso. Me estiré, sintiendo que la tensión en mis hombros se aliviaba ligeramente.

—¿Cómo acabaste en el trabajo de seguridad, Claire? —pregunté, curiosa sobre la mujer que se había convertido en mi inesperada aliada.

La expresión de Claire se volvió pensativa.

—Es una larga historia, pero la versión corta es que estuve en el ejército y cuando renuncié a mi comisión no quería volver a Iowa y casarme con un granjero.

Asentí, entendiendo el deseo de cambio.

—Y ahora estás planeando eventos de galerías de arte. La vida nos lleva a lugares inesperados, ¿no?

—Ciertamente lo hace —estuvo de acuerdo Claire—. ¿Qué hay de ti y Marco? ¿Cómo empezó eso?

Dudé, sin saber cuánto compartir.

—Entró en la galería un día y prácticamente no se ha apartado de mi lado desde entonces. Creo que para él fue amor a primera vista.

—¿Pero para ti no? —preguntó ella.

Negué con la cabeza.

—No, él tuvo que conquistarme un poco primero.

El agudo timbre de mi teléfono interrumpió nuestra conversación. Miré la pantalla y mi corazón dio un salto: era Matteo Bianchi, uno de los curadores más influyentes de la ciudad.

—Matteo —contesté, tratando de mantener la voz firme—. Me alegro de escucharte.

—Elena, querida —su voz rica llenó la línea—. Me enteré de la situación de tu galería. Es una lástima, pero creo que puedo ayudar.

Agarré el teléfono con más fuerza, la esperanza surgiendo a través de mí.

—Te estaría increíblemente agradecida por cualquier ayuda, Matteo.

—Conozco a varios artistas emergentes que podrían traer energía fresca a tu espacio. ¿Qué te parece si te los presento?

—Eso sería increíble —dije, mi mente corriendo con posibilidades—. ¿Cuándo podemos reunirnos?

Acordamos una fecha, y mientras colgaba, no pude contener mi sonrisa. Claire arqueó una ceja, interrogante.

—Era Matteo Bianchi —expliqué—. Se ofrece a conectarnos con nuevos artistas. Esto podría ser exactamente lo que necesitamos para revitalizar la galería.

Claire asintió, con una pequeña sonrisa en sus labios.

—Esas son excelentes noticias, Elena. Parece que nuestros esfuerzos están dando frutos.

A medida que el día avanzaba, Claire y yo nos sentamos en mi escritorio, rodeadas de notas y listas. La galería vacía ya no se sentía tan desolada; en su lugar, vibraba con potencial.

—¿Entonces, cuál es nuestro siguiente movimiento? —preguntó Claire, sus ojos agudos escaneando nuestro trabajo.

Golpeé mi bolígrafo contra el escritorio, pensando.

—Necesitamos prepararnos para estas reuniones con los artistas. Y deberíamos empezar a planear la logística para el evento de reapertura.

Claire asintió, sacando su teléfono para tomar notas.

—Puedo encargarme de los arreglos de seguridad y coordinar con los proveedores. Tú concéntrate en la dirección artística.

Sentí una oleada de gratitud por su eficiencia.

—Perfecto. Tendremos que movernos rápido, pero creo que podemos lograrlo.

Tomé el teléfono y marqué el número de Marco, mi corazón latiendo ligeramente más rápido. Cuando contestó, su voz profunda calmó instantáneamente mis nervios.

—Marco, hoy fue un gran avance —comencé, tratando de mantener mi voz firme—. Claire ha sido invaluable. Hemos programado reuniones con artistas potenciales y comenzamos a planear una gran reapertura. No va a ser fácil, pero siento que estamos en el camino correcto. No podría haber hecho esto sin tu apoyo.

Hubo una breve pausa al otro lado antes de que Marco respondiera:

—Elena, estoy orgulloso de ti. Recuerda, estamos en esto juntos. Cualquier recurso que necesites, es tuyo. Sigue adelante. Yo te cubro la espalda.

Sentí una mezcla de emociones invadirme: alivio, gratitud y algo más profundo que no estaba lista para nombrar. Las palabras de aliento de Marco significaban más de lo que me atrevía a admitir.

# Capítulo 12

Marco

Las pesadas puertas de roble de la mansión crujieron al abrirse, revelando a Luca y sus hombres. Escoltaron a Giacomo al interior, con el rostro pálido y las manos temblorosas. Me encontraba en el vestíbulo, y mis ojos se dirigieron inmediatamente a la sangre que manchaba la ropa de Luca.

—Está bien, solo un poco conmocionado —dijo Luca, con voz baja y áspera.

Asentí, manteniendo una expresión neutral a pesar de la tensión que se acumulaba en mis entrañas.

—Giacomo, el dispositivo.

Giacomo dio un paso adelante, con movimientos entrecortados mientras sacaba una pequeña memoria USB de su bolsillo. Cuando la colocó en mi palma, noté un leve temblor en sus dedos.

—Lo has hecho bien —le dije, aunque mi mente ya estaba anticipando la información que podría contener este dispositivo.

Giacomo se aclaró la garganta.

—Necesito asearme.

—Por supuesto —respondí—. Nico, acomódalo.

Mientras Nico se llevaba a Giacomo, me volví hacia Antonio.

—Veamos qué tenemos.

Nos dirigimos a mi estudio, con el peso de la memoria USB en mi mano. Se la entregué a Dom.

La sopesó y la examinó durante más tiempo del que consideré necesario.

—Parece legítima, jefe. Pero vamos a conectarla a un portátil nuevo y aislado. Solo para estar seguros.

Asentí. Dom había actualizado gran parte de nuestra tecnología cuando se unió a nosotros y me hizo explicarle todo. O al menos todo lo que pude entender.

Insertó el dispositivo en el portátil, y el suave zumbido de la máquina llenó el tenso silencio.

—Sea lo que sea que haya aquí —murmuró Antonio—, más vale que justifique el riesgo que tomamos.

No respondí, con los ojos fijos en la pantalla mientras los archivos comenzaban a aparecer. Contuve la respiración mientras examinaba el contenido. Informes detallados, registros financieros, archivos de personal: la Hermandad al descubierto ante nosotros.

—Dio mio —susurró Antonio, inclinándose más cerca.

Comencé a abrir archivos al azar y a leer. Sentí que mis ojos se entrecerraban a medida que se aclaraba el alcance completo de las operaciones de la Hermandad. Su alcance era mucho más extenso de lo que habíamos imaginado, sus recursos aparentemente ilimitados.

—Esto es... —me interrumpí, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Antonio me miró, su expresión reflejando la preocupación que yo sentía.

—Estamos metidos en un lío, Marco.

Respiré hondo, tratando de calmar el pánico creciente en mi pecho. Sabíamos que la Hermandad era una amenaza, pero ¿esto? Esto estaba más allá de todo lo que habíamos previsto.

—Tenemos que pensar esto cuidadosamente —dije, mi mente ya repasando posibles estrategias—. Un movimiento en falso y podríamos perderlo todo.

Antonio asintió con seriedad.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Me recliné en mi silla, sintiendo el peso del liderazgo sobre mí.

—Analizamos cada bit de estos datos. Luego planificamos. No podemos permitirnos ser reactivos; necesitamos estar tres pasos por delante.

A medida que profundizábamos en los archivos, una cruda realidad se asentó sobre nosotros. La familia Vitale enfrentaba su mayor desafío hasta ahora, y no podía sacudirme la sensación de que nuestra propia supervivencia pendía de un hilo.

Luca se unió a nosotros y lo pusimos al día.

—No tenemos suficiente personal —dijo—. Puedo reclutar a más gente, pero hay riesgos en traer gente demasiado rápido. No hay tiempo suficiente para una investigación exhaustiva.

Los dedos de Antonio volaban sobre el teclado, abriendo hoja de cálculo tras hoja de cálculo. Cada nuevo documento revelaba otra capa del imperio financiero de la Hermandad.

—Miren estas cifras —gruñó Luca, con la voz tensa por la tensión—. Su flujo de efectivo es astronómico.

Me incliné, mis ojos recorriendo las filas de cifras. La mera escala de sus operaciones me revolvía el estómago. ¿Cómo habían logrado amasar tal riqueza sin levantar sospechas?

—Han estado expandiéndose justo bajo nuestras narices —dijo Antonio, su habitual encanto reemplazado por una determinación sombría—. Hemos estado ciegos ante su crecimiento.

Apreté la mandíbula, con la ira y la frustración librando una batalla en mi interior. Los habíamos subestimado, y ahora estábamos pagando el precio.

—Necesitamos opciones —dije, forzando mi voz a permanecer estable—. ¿Qué podemos hacer para contrarrestar esto?

Antonio frunció el ceño, concentrado.

—Podríamos intentar interrumpir sus cadenas de suministro. Golpearlos donde más les duele financieramente.

—Demasiado arriesgado —objetó Luca—. Con recursos como estos, se recuperarían rápidamente y tomarían represalias con fuerza.

Asentí, mi mente repasando escenarios.

—¿Qué tal si aprovechamos nuestras conexiones políticas? Podríamos presionar para aumentar el escrutinio sobre sus operaciones.

Antonio negó con la cabeza.

—Su alcance es demasiado extenso. Sería más probable que expusiéramos nuestras propias vulnerabilidades.

A medida que continuábamos con la lluvia de ideas, cada idea parecía más desesperada que la anterior. La cruda realidad de nuestra situación se hacía cada vez más clara: estábamos superados en armamento, superados en maniobras y se nos acababa el tiempo.

Mi frustración estalló. Golpeé el escritorio con el puño, el fuerte crujido resonando por la habitación.

—¿Cómo dejamos que esto sucediera? —gruñí—. Deberíamos haberlo visto venir.

Los ojos de Antonio se entrecerraron, su voz baja y urgente.

—Necesitamos pisar con cuidado, Marco. La fuerza de la Hermandad representa una seria amenaza para todo lo que hemos construido.

El peso de sus palabras se asentó sobre la habitación como un sudario. Nos quedamos en silencio, cada uno de nosotros lidiando con la enormidad del desafío que teníamos por delante. Me pasé una mano por el pelo, mi mente buscando soluciones frenéticamente.

Antonio rompió el silencio, con un tono medido. —Necesitamos encontrar una manera de nivelar el campo de juego. Tal vez sea hora de que consideremos aumentar nuestro número de aliados.

Luca asintió lentamente. —Tiene razón. No podemos enfrentarnos a la Hermandad solos. No así.

Consideré su sugerencia, sopesando los riesgos y beneficios. Las alianzas eran complicadas: podían proporcionar el apoyo tan necesario, pero también significaban exponer nuestras vulnerabilidades a una posible traición.

Mientras reflexionaba sobre nuestras opciones, una nueva idea comenzó a tomar forma en mi mente. Era arriesgada, potencialmente incluso peligrosa, pero podría comprarnos el tiempo que desesperadamente necesitábamos.

—¿Y si —dije lentamente, probando las palabras—, nos acercáramos a la Hermandad para proponer una tregua?

La cabeza de Luca se levantó de golpe, sus ojos agudos con incredulidad. —¿Una tregua? ¿Con esos bastardos?

Me incliné hacia adelante, mis dedos tamborileando sobre el escritorio. —Piénsalo. Una tregua podría comprarnos tiempo para fortalecer nuestras fuerzas, reunir recursos.

Antonio asintió, su expresión pensativa. —También podría brindarnos la oportunidad de recopilar más información sobre sus operaciones. Tendríamos la oportunidad de estudiarlos de cerca.

Luca se cruzó de brazos, con la mandíbula tensa. —¿Y qué les impide usar ese mismo tiempo para planear nuestra caída? La Hermandad no es conocida por su honor.

Encontré la mirada de Luca. —Tienes razón. Es un riesgo. Pero en este momento, estamos superados en armas y maniobras. Necesitamos cambiar el juego.

Antonio se inclinó. —¿Cómo nos acercamos a ellos? No podemos mostrar debilidad.

Consideré esto. —Necesitamos una estrategia que nos posicione como iguales, no como suplicantes.

La voz de Luca era áspera. —Puede que ni siquiera lo consideren. No somos una amenaza para ellos y estoy seguro de que lo saben.

—Es cierto —reconocí—. Pero esta situación no tiene precedentes. Podrían ver el valor de una paz temporal.

—Tienes que ser tú, Marco. Tendrías que reunirte con este... Don como se llame —dijo Antonio.

—Don Pascal —dije—. Y quiero que Luca haga el contacto inicial. Lleva una docena de hombres contigo. Queremos mostrarles nuestra fuerza.

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio de caoba, la gravedad de nuestra situación se asentaba sobre la habitación. —Necesitamos mantener esto discreto. Si nuestros otros enemigos se enteran de esto, lo verán como una debilidad.

Antonio asintió, su rostro tenso con concentración. —De acuerdo. No podemos

permitirnos mostrar ninguna grieta en nuestra armadura.

La voz de Luca era baja, casi un gruñido. —Seré un fantasma. Nadie sabrá de esto hasta que estemos listos.

Me volví hacia Antonio. —Mientras Luca hace contacto, necesito que identifiques posibles aliados. Busca aquellos que podrían beneficiarse al alinearse con nosotros contra la Hermandad.

Antonio giró su reloj vintage, su mente ya trabajando. —Compilaré una lista. Hay algunas familias que se han acercado a nosotros a lo largo de los años. Me pondré en contacto con ellas.

—Bien —dije—. Pero acércate a ellas con cautela. No podemos arriesgarnos a que la noticia llegue a la Hermandad antes de que estemos listos.

Luca se puso de pie, su imponente figura proyectando una sombra sobre el escritorio. —Debería ponerme en marcha. Cuanto antes hagamos contacto, mejor.

Cuando se fueron, me quedé en mi estudio, el silencio presionando a mi alrededor. Miré fijamente la pantalla del ordenador, los archivos de la Hermandad aún abiertos. Mi mente corría con posibilidades, cada escenario más precario que el anterior.

Encontré a Elena en la biblioteca, sus delicados dedos trazando el lomo de un libro de historia del arte. Levantó la vista cuando entré, sus ojos azules escrutando mi rostro.

—Marco —dijo suavemente—. ¿Está todo bien?

Cerré la puerta detrás de mí y crucé la habitación. —Necesitamos hablar.

Elena dejó el libro a un lado, su ceño frunciéndose con preocupación. —¿Qué ha pasado?

Me senté a su lado en el sofá de cuero, mis hombros tensos. —La unidad flash que Giacomo recuperó... es peor de lo que pensábamos. El alcance de la Hermandad es extenso.

—¿Qué tan malo? —preguntó Elena, su voz firme.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en mis rodillas. —Se han expandido rápidamente, acumulando recursos significativos. Estamos en desventaja.

La mano de Elena encontró la mía, su toque cálido y reconfortante. —¿Qué planeas hacer?

—Estamos considerando una tregua —dije, observando cuidadosamente su reacción—. Es arriesgado, pero podría comprarnos tiempo para fortalecer nuestra posición.

Ella hizo una pausa, considerándolo. —Una tregua podría funcionar, pero tendremos que ser cuidadosos. La Hermandad no dudará en explotar cualquier debilidad.

—Exactamente lo que pienso —dije—. Necesitaremos presentar un frente unido, ahora más que nunca.

Antonio se reunió conmigo de nuevo en mi estudio después de la cena.

—¿Algún progreso con los posibles aliados? —pregunté, acomodándome en mi silla.

Antonio asintió, apoyándose en el escritorio. —He identificado algunas pistas prometedoras. La familia Rossi podría estar abierta a negociaciones. Han tenido sus propios encuentros con la Hermandad.

Consideré esto. —Bien. Tendremos que acercarnos a ellos con cuidado. ¿Qué hay de las conexiones internacionales?

—Me he puesto en contacto con nuestros contactos en Nápoles y Moscú. Son cautelosos, pero están interesados.

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio, mi mente corriendo a través de las posibilidades. —Necesitaremos ofrecerles algo sustancial para asegurar su apoyo. Comienza a redactar propuestas.

Antonio asintió. —Ya estoy en ello. Tendré los esquemas preliminares listos por la mañana.

—Excelente —dije—. Recuerda, la discreción es primordial. Si se corre la voz de nuestra vulnerabilidad...

—Entiendo —interrumpió Antonio—. Me encargaré personalmente.

Estudié a mi hermano, notando la determinación en sus ojos. A pesar de nuestras diferencias, sabía que podía confiar en él.

—Nos reuniremos mañana para revisar tu progreso —dije—. Descansa un poco, Antonio. Tenemos un largo camino por delante.

Cuando Antonio se fue, me volví hacia la ventana, mirando fijamente los terrenos oscurecidos. El camino que teníamos por delante era traicionero, pero estaba resuelto a navegarlo. Por mi familia, por nuestro legado, haría lo que fuera necesario.

Volví a mi escritorio, abriendo de nuevo los archivos de la Hermandad en mi computadora. La cantidad de información era asombrosa, cada documento revelaba otra capa de su vasta red. Desplacé la pantalla por los registros financieros, notando las cifras astronómicas que empequeñecían incluso nuestros considerables recursos.

—¿Cómo pudimos pasar esto por alto? —murmuré, sintiendo que la ira y la frustración burbujean dentro de mí.

Hice clic en los archivos de personal, estudiando los rostros de los miembros de alto rango de la Hermandad. Estos eran nuestros enemigos, los que amenazaban todo lo que habíamos construido. Memoricé cada rostro, decidido a estar preparado para cualquier encuentro.

Un golpe en la puerta interrumpió mi concentración. —Adelante —llamé, sin apartar la vista de la pantalla.

Mi padre, Enzo, entró en el estudio. Su presencia llenó la habitación, imponente como siempre. —Marco —dijo, con voz áspera—. Es tarde. Deberías descansar.

Negué con la cabeza. —Hay demasiado en juego, padre. Necesito entender a qué nos enfrentamos.

Enzo se acercó, sus ojos escaneando los documentos en la pantalla. —¿Y qué has aprendido?

—Que nos superan en armas y en hombres —admití, las palabras me sabían amargas—. El alcance de la Hermandad se extiende más allá de lo que imaginábamos. Sus recursos son... significativos.

La expresión de mi padre permaneció impasible, pero noté cómo apretaba la mandíbula. —Entonces debemos ser más inteligentes —dijo—. Más despiadados. El nombre Vitale ha resistido peores tormentas.

Asentí, sacando fuerzas de su inquebrantable confianza. —Estamos buscando alianzas, explorando todas las vías. Pero no será fácil.

—Nada por lo que valga la pena luchar lo es —respondió Enzo. Puso una mano en mi hombro, un raro gesto de afecto—. Te has preparado para esto toda tu vida, Marco. Confío en que nos guiarás a través de esta crisis.

Sus palabras se asentaron sobre mí, pesadas de expectativa y fe. Me enderecé en la silla, encontrando su mirada. —No te defraudaré, padre. No dejaré que nuestra familia caiga.

Enzo asintió, satisfecho. —Duerme un poco, hijo. Mañana, luchamos.

Cuando se fue, volví a la computadora, con una renovada determinación corriendo por mis venas. La Hermandad podría tener la ventaja ahora, pero yo encontraría la manera de darle la vuelta a la situación. Por mi familia, por nuestro legado, haría lo que fuera necesario para

asegurar nuestro futuro.

Cerré los archivos y apagué la computadora, mi mente ya formulando estrategias. El camino por delante estaba lleno de peligros, pero estaba listo para enfrentarlos de frente. El nombre Vitale perduraría, sin importar el costo.

# Capítulo 13

Marco

El almacén abandonado se alzaba ante nosotros, su exterior desgastado en marcado contraste con la reunión de alto riesgo que estaba a punto de desarrollarse en su interior. Salí del coche, ajustándome la corbata mientras Luca y Antonio me flanqueaban.

—Recordad —dije en voz baja—, estad alerta. Esto podría torcerse rápidamente.

Luca asintió, con la mano cerca de su arma oculta. —Te cubrimos las espaldas, Marco.

Y también lo hacían las docenas de hombres de los Vitale que se habían estado escondiendo en la zona desde ayer, esperando la reunión.

Nos acercamos a la entrada donde tres hombres con trajes oscuros esperaban. Sus ojos nos escanearon con fría precisión.

—Armas —exigió uno de ellos, con un marcado acento corso.

Levanté las manos lentamente, permitiéndoles registrarme. Las manos del ejecutor eran ásperas y metódicas. Luché contra el impulso de tensarme, con los recuerdos de mi secuestro amenazando con aflorar.

—Limpio —gruñó, retrocediendo.

Mientras Luca y Antonio recibían el mismo trato, respiré hondo, centrándome. Esta reunión podría dar forma al futuro de nuestra familia. No podía permitirme mostrar debilidad.

Una vez autorizados, nos condujeron al interior. El interior del almacén estaba tenuemente iluminado, el aire cargado de polvo y amenazas tácitas. Al fondo, una figura estaba sentada detrás de un escritorio improvisado.

Don Pascal Moretti.

Me acerqué, mis pasos resonando en el cavernoso espacio. La mirada de Pascal se clavó en la mía, evaluando, buscando vulnerabilidades. Mantuve una expresión neutral, reflejando su calculada calma.

—Don Marco Vitale —dijo, poniéndose de pie—. Bienvenido.

Incliné ligeramente la cabeza. —Don Pascal. Gracias por acceder a esta reunión.

Nos estrechamos las manos, un apretón breve y firme que hablaba por sí solo. Ninguno de los dos confiaba en el otro, pero ambos estábamos aquí, jugando el juego.

—Por favor, siéntese —Pascal señaló la silla frente a él.

Mientras tomaba asiento, catalogué cada detalle de su apariencia: el traje perfectamente planchado, la cicatriz apenas visible a lo largo de su mandíbula, la forma en que sus ojos nunca dejaban de moverse.

—Debo admitir —comenzó Pascal, reclinándose en su silla—, que me sorprendió su solicitud para esta reunión. Nuestras familias no tienen alianzas y, de hecho, una vez me acerqué a su padre para proponerle una alianza y me echó de la ciudad.

Permití una pequeña sonrisa. —El pasado es el pasado, Don Pascal. Estoy aquí para hablar del futuro.

Me incliné ligeramente hacia adelante, con las manos apoyadas en el borde del escritorio.

—La fuerza e influencia de la Hermandad Corsa son innegables. Sus operaciones en toda Europa son prueba de la astucia estratégica de su organización.

La expresión de Pascal permaneció impasible, pero capté un destello de interés en sus ojos. Bien. Continué presionando.

—Lo que propongo es una alianza. Una tregua que beneficiaría a ambas familias.

—¿Una alianza? —el tono de Pascal era escéptico—. ¿Y qué implicaría exactamente eso, Don Marco?

Expuse mi visión, teniendo cuidado de enfatizar las ventajas mutuas. —Recursos compartidos, fuerza combinada. Podríamos unir nuestras redes de inteligencia, coordinar nuestras cadenas de suministro. Juntos, seríamos una fuerza que ninguna familia rival podría desafiar.

Mientras hablaba, Pascal escuchaba atentamente, con los dedos entrelazados bajo su barbilla. Asentía ocasionalmente, pero sus ojos no revelaban nada. Me encontré deseando poder leer su mente, saber si mis palabras estaban teniendo algún impacto.

Cuando terminé, Pascal se reclinó, con la mirada afilada. —Una propuesta convincente, Don Marco. Pero debo cuestionar su sinceridad.

Sentí que mis músculos se tensaban, pero mantuve una expresión neutral. —¿Por qué lo dice?

—Su padre no me mostró ningún respeto. ¿Cómo puedo confiar en que usted lo hará?

Tomé una respiración medida, consciente de que mi respuesta podría hacer o deshacer esta negociación. —El pasado no se puede cambiar, Don Pascal. Pero ahora enfrentamos nuevas amenazas, desafíos que ponen en peligro a ambas familias. La unidad es nuestra mejor defensa.

Los ojos de Pascal se estrecharon. —¿Y cuáles podrían ser esas amenazas? No se me ocurre ni una sola que la hermandad no pueda manejar por sí misma.

Delineé cuidadosamente el panorama cambiante de las familias mafiosas de Nueva York: cárteles emergentes, tácticas agresivas de aplicación de la ley, avances tecnológicos que amenazaban nuestras operaciones tradicionales. Mientras hablaba, observé el rostro de Pascal en busca de cualquier señal de acuerdo o rechazo.

—Estos son desafíos que ambos enfrentamos —concluí—. Juntos, estaríamos mejor equipados para adaptarnos y prosperar.

Pascal guardó silencio durante un largo momento, sus dedos tamborileando suavemente sobre el escritorio. Esperé, con el corazón latiendo bajo mi exterior cuidadosamente calmado. Todo dependía de su respuesta.

Pascal finalmente habló. —Digamos que estoy intrigado. ¿Cómo funcionaría exactamente esta tregua?

Me incliné hacia adelante, aprovechando la oportunidad. —Podríamos comenzar compartiendo información. Nuestras redes de inteligencia combinadas nos darían una ventaja significativa.

—¿Y el territorio? —preguntó Pascal, con un tono afilado.

Asentí, reconociendo el espinoso asunto. —Mantenemos nuestras posesiones actuales, pero colaboramos en la expansión. Empresas conjuntas en nuevos mercados, ganancias compartidas.

Los ojos de Pascal se estrecharon. —Está pidiendo mucha confianza, Vitale.

—Entiendo su vacilación —dije, manteniendo un tono de voz neutral—. Podríamos establecer límites claros, crear un comité neutral para supervisar las disputas.

—¿Y quién se sentaría en este comité? —desafió Pascal.

Pensé rápidamente. —Figuras respetadas de ambas familias, más un tercero acordado mutuamente.

Pascal se reclinó, su expresión indescifrable. —Es una propuesta interesante. Pero dígame, ¿cómo puede garantizar que su familia se alineará?

Sentí un destello de ira ante el insulto implícito, pero lo reprimí. —Mis hombres son leales. Entienden los beneficios que traería esta alianza.

—¿De verdad? —La voz de Pascal goteaba escepticismo—. He oído rumores de disidencia en sus filas, Vitale. ¿Está realmente en control?

Mi mandíbula se tensó. Sabía que estaba tratando de alterarme, de exponer una debilidad. No le daría esa satisfacción.

—Esos rumores no son más que intentos desesperados de nuestros enemigos por sembrar discordia —dije con firmeza—. Mi liderazgo es absoluto. Pregúntele a los Lombardi cuán efectivos podemos ser.

Pascal arqueó una ceja. —Ah sí, su reciente victoria. Impresionante, lo admito. Pero una batalla no gana una guerra.

—No —estuve de acuerdo, sosteniendo su mirada—. Pero muestra de lo que somos capaces. Imagine esa fuerza combinada con la suya.

Podía ver los engranajes girando en la mente de Pascal mientras consideraba mis palabras.

Pascal se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos. —Seamos específicos, Vitale. ¿Qué operaciones conjuntas visualiza?

Reconocí la trampa pero seguí el juego. —Podríamos unir nuestros recursos para envíos más grandes, compartir redes de distribución para maximizar la eficiencia.

—Interesante —meditó Pascal—. ¿Y cómo se dividirían las ganancias?

—De manera equitativa —respondí con suavidad—. Basado en la inversión y el riesgo. Estableceríamos métricas claras.

Pascal asintió, pero no detecté un interés genuino en sus ojos. Estaba sondeando, buscando debilidades en nuestro plan. Mantuve la compostura, pero interiormente, mi sospecha creció. Esto parecía una táctica dilatoria.

—¿Y qué hay del territorio? —preguntó Pascal—. ¿Estaría dispuesto a ceder el control de ciertas áreas?

Sentí que la conversación se desviaba hacia un terreno peligroso. —Estamos abiertos a discusiones, pero cualquier cambio tendría que ser mutuamente beneficioso.

Los labios de Pascal se curvaron en una sonrisa fría. —Mutuamente beneficioso —repitió —. Un sentimiento noble. Pero dígame, Vitale, ¿qué sucede si nuestros intereses divergen?

La amenaza en su voz era inconfundible. Me enderecé en mi silla, sosteniendo su mirada sin pestañear.

—Entonces lo abordaríamos a través de los canales que establezcamos —dije con firmeza —. Pero espero que entienda, Don Pascal, que cualquier agresión hacia mi familia sería respondida con una acción rápida y decisiva.

Los ojos de Pascal brillaron. —¿Es eso una amenaza, Vitale?

—Una declaración de hechos —respondí fríamente—. Buscamos la paz, pero siempre estamos preparados para la guerra.

Me incliné hacia adelante, mi voz baja y mesurada. —Don Pascal, volvamos a enfocarnos en los beneficios de esta alianza. Un conflicto entre nuestras organizaciones sería mutuamente destructivo. Nos estaríamos debilitando mientras nuestros enemigos comunes se fortalecen.

Pascal escuchó, su rostro una máscara indescifrable. Busqué alguna señal de consideración, pero no encontré ninguna. La sensación de hundimiento en mi estómago se intensificó. Sin embargo, continué presionando.

—Piense en los recursos que ahorraríamos, los territorios que podríamos asegurar juntos.

Los ojos de Pascal se estrecharon ligeramente. —Un plan ambicioso, Vitale. Pero dígame, ¿cómo puedo confiar en que no se volverá contra nosotros en el momento en que sea lo suficientemente fuerte?

Mantuve mi expresión neutral, incluso cuando la frustración burbujeaba bajo la superficie. —La confianza se gana, Don Pascal. Empezamos pequeño, construimos gradualmente. Cada empresa exitosa refuerza nuestra asociación.

Pascal asintió lentamente, pero sentí que su mente estaba en otra parte. Estaba siguiendo el juego, nada más. Me preparé para lo que venía.

Después de lo que pareció horas de discusión circular, Pascal finalmente se reclinó en su silla. Una leve sonrisa jugaba en sus labios, pero no llegaba a sus ojos.

—Don Marco —dijo, con un tono engañosamente ligero—. Agradezco su propuesta. Ha sido muy esclarecedora. Sin embargo, me temo que la Hermandad debe declinar. No nos alinearemos con los Vitale en este momento.

Asentí, tragándome mi decepción y enojo. —Entiendo, Don Pascal. Gracias por su tiempo y consideración.

Por dentro, mi mente corría. Este rechazo tendría consecuencias de largo alcance, y necesitaba prepararme. Pero externamente, mantuve una máscara de calma profesional. El juego no había terminado; simplemente había entrado en una nueva fase más peligrosa.

Me levanté de mi silla, abotonando mi chaqueta con facilidad practicada. —Ha sido un placer, Don Pascal. Confío en que podemos separarnos en términos amistosos.

Pascal también se puso de pie, su sonrisa sin vacilar. —Por supuesto, Don Marco. Buen viaje.

Nos estrechamos las manos, su agarre firme y frío. Me di la vuelta para irme, con Luca y Antonio flanqueándome mientras salíamos de la habitación. El pasillo se extendía ante nosotros, tenuemente iluminado y opresivamente silencioso. Mis sentidos estaban en alerta máxima, cada músculo tenso con anticipación.

Mientras caminábamos, capté la mirada de Luca. Me dio un asentimiento imperceptible, confirmando que estaba listo para cualquier amenaza potencial. Los ojos de Antonio escaneaban nuestro entorno.

El clic de nuestros zapatos sobre el suelo pulido resonaba de manera ominosa. Cada paso nos acercaba más a la salida, pero la tensión solo aumentaba. Esperaba que en cualquier momento estallara un tiroteo.

Llegamos a las puertas principales sin incidentes. El aire fresco de la noche golpeó mi rostro cuando salimos, un marcado contraste con la atmósfera sofocante del interior. Sin embargo, no me relajé. Todavía no.

Nos dirigimos al coche en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Solo cuando las puertas se cerraron y nos pusimos en marcha me permití exhalar.

—Bueno, eso fue una pérdida de tiempo —gruñó Luca desde el asiento del conductor.

Negué con la cabeza. —No del todo. Aprendimos mucho sobre la mentalidad de Pascal y la postura de la Hermandad.

Antonio se inclinó hacia adelante desde atrás. —Nunca tuvo la intención de hacer un trato, ¿verdad?

—No —confirmé—. Esto fue una demostración de poder. Quería evaluarnos, medir nuestra desesperación.

Los nudillos de Luca se pusieron blancos sobre el volante. —Entonces, ¿cuál es nuestro próximo movimiento?

Miré por la ventana, observando cómo las luces de la ciudad pasaban borrosas. —Nos preparamos. El rechazo de Pascal significa que el conflicto es inevitable. Tenemos que estar listos.

—La Hermandad probablemente se alineará con lo que queda de los Lombardi. Los apoyará financieramente —reflexionó Antonio—. Estaremos luchando una guerra en dos frentes.

Asentí sombríamente. —Exactamente. Luca, quiero que revises nuestros protocolos de seguridad. Refuerza nuestras defensas donde sea posible. Antonio, contacta con nuestros informantes. Necesitamos conocer cada movimiento de la Hermandad.

Cuando llegamos a la mansión Vitale, me preparé para la tarea que teníamos por delante. La familia necesitaba saber la verdad, pero tenía que presentarla de una manera que no incitara al pánico.

Reuní a la familia y a las personas que trabajaban en nuestra casa en la sala principal. Elena estaba allí, sus ojos azules encontrándose con los míos con una mezcla de preocupación y determinación. Mis padres también estaban presentes, y odiaba tener que decirles que había fracasado en mi misión.

—La reunión con Pascal no salió como esperábamos —comencé, con voz firme—. La Hermandad ha rechazado nuestra oferta de alianza.

Un murmullo recorrió la sala. Levanté la mano pidiendo silencio.

—Este revés no nos define. Es una oportunidad para demostrar nuestra fuerza —recorrí la sala con la mirada, haciendo contacto visual con cada miembro de la familia—. Implementaremos nuevas medidas de seguridad de inmediato. Luca se encargará personalmente de esto.

Luca asintió, con expresión sombría.

—Antonio está recopilando información sobre los movimientos de la Hermandad. Necesitamos estar un paso por delante.

Hice una pausa, dejando que mis palabras calaran. —Nuestra unidad es nuestro mayor activo. La familia Vitale ha enfrentado desafíos antes, y siempre hemos salido más fuertes.

Elena dio un paso adelante. —¿Qué puedo hacer para ayudar?

Su disposición a apoyarnos, a pesar de sus reservas iniciales sobre nuestro mundo, despertó algo en mí. Aparté ese sentimiento, concentrándome en la tarea que teníamos entre manos.

—Tus conexiones en el mundo del arte podrían ser valiosas. Necesitamos aliados, personas que puedan simpatizar con nuestra causa.

Ella asintió, su determinación evidente en la forma en que apretaba la mandíbula.

Mientras continuaba esbozando nuestra estrategia, observé las reacciones de la familia. Algunos parecían preocupados, otros determinados. Pero en todos ellos, vi la feroz lealtad que siempre había sido el sello distintivo de la familia Vitale.

Teníamos un largo camino por delante, pero mirando los rostros a mi alrededor, sabía que lo enfrentaríamos juntos.

Después de la reunión, me retiré a mi estudio, con el peso de nuestra situación presionándome. Elena me siguió, cerrando la puerta tras ella. El suave clic resonó en la habitación silenciosa.

Serví dos vasos de whisky, entregándole uno a Elena. Nuestros dedos se rozaron, y sentí una chispa de electricidad.

—Lo hiciste bien hoy —dijo Elena, sus ojos azules escrutando los míos.

Tomé un sorbo, saboreando el ardor. —No es suficiente. Los corsos son una amenaza real.

Elena se acercó más. —Encontraremos una manera, Marco. Siempre lo hacemos.

Dejé mi vaso, pasándome una mano por el pelo. —Los riesgos son mayores ahora. No puedo soportar la idea de que algo te pase a ti o a la familia.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo Elena con firmeza. Puso su mano en mi brazo—. Estamos en esto juntos.

La miré, impresionado por su apoyo inquebrantable. —Elena, yo...

—No —me interrumpió—. No intentes alejarme para protegerme. Elegí esta vida, ¿recuerdas?

Asentí, sintiendo una mezcla de orgullo y miedo. —Lo recuerdo. Pero a veces me pregunto si te he arrastrado a algo de lo que no puedes escapar.

El agarre de Elena en mi brazo se apretó. —Estoy exactamente donde quiero estar, Marco. A tu lado, enfrentando lo que venga.

Sus palabras me envolvieron, aliviando parte de la tensión que había estado cargando. La atraje hacia mí, respirando su aroma familiar.

—Reforzaremos nuestras defensas —murmuré en su pelo—. Construiremos nuevas alianzas. La familia Vitale saldrá de esto más fuerte que nunca.

Elena se echó hacia atrás, encontrando mi mirada. —Sé que lo haremos. Porque te tenemos a ti liderándonos.

# Capítulo 14

Elena

Dos noches después, Marco me recibió en la entrada cuando regresaba de la galería. Me guió por un lado de la casa y a través de los sinuosos senderos del jardín de la mansión Vitale. El aire fresco acariciaba mi piel, trayendo consigo el dulce aroma del jazmín nocturno. Pequeñas luces titilaban entre los árboles, proyectando un suave resplandor sobre los setos y macizos de flores cuidadosamente arreglados.

La mano de Marco estaba cálida en la mía mientras me conducía más adentro del jardín. Sus pasos eran decididos, su postura tensa. Podía sentir el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, incluso en este entorno apacible.

Llegamos a un rincón apartado, rodeado de rosales. Un cuarteto de cuerdas tocaba suavemente en la distancia, su melodía flotando en el aire. Marco se giró para mirarme, sus ojos verdes intensos en la tenue luz.

—Elena —dijo en voz baja—. Quería traerte aquí, lejos de todo.

Apreté su mano. —Es hermoso, Marco. ¿Planeaste todo esto?

Asintió, con un dejo de orgullo en su expresión. —Quería que fuera perfecto.

—Lo es —le aseguré, aunque un nudo de ansiedad se formó en mi estómago. ¿De qué se trataba todo esto?

Marco tomó mis dos manos entre las suyas, sus pulgares trazando círculos sobre mi piel. —Estos últimos meses contigo... han significado más para mí de lo que puedo expresar.

Contuve la respiración, esperando a que continuara. Sus ojos nunca dejaron los míos mientras hablaba.

—Hemos enfrentado desafíos, Elena. Las amenazas a nuestra familia, el peligro constante. Pero a través de todo, tú has sido mi ancla.

Mi corazón se aceleró. ¿Esto iba hacia donde yo pensaba?

—Marco, yo... —comencé, pero él negó con la cabeza.

—Déjame terminar —dijo suavemente—. Me has mostrado un lado de la vida que nunca supe que existía. Tu compasión, tu fuerza... me haces querer ser un mejor hombre, un hombre más fuerte.

Las lágrimas asomaron a mis ojos. Las contuve, no queriendo perderme ni un momento de esto.

La voz de Marco se volvió ronca por la emoción. —Sé que nuestro mundo es complicado. Peligroso. Pero no puedo imaginar enfrentarlo sin ti a mi lado.

Hizo una pausa, su agarre en mis manos apretándose ligeramente.

Marco soltó mis manos y metió la mano en su bolsillo. Mi corazón dio un vuelco cuando sacó una pequeña caja de terciopelo.

—Compré esto el mes que nos conocimos —dijo suavemente, abriendo la caja para revelar un impresionante anillo de diamantes. La piedra captó la luz de las luces de hadas, brillando intensamente—. Supe entonces que eras la indicada para mí. He estado esperando a que

tú también te dieras cuenta.

Mis ojos se abrieron de asombro. —¿Todo este tiempo? —susurré.

Marco asintió, con una rara vulnerabilidad en sus ojos. —Quería darte tiempo. Para que estuvieras segura.

Se arrodilló, sosteniendo el anillo hacia mí. Mi respiración se atascó en mi pecho. Esto era real. Estaba sucediendo.

—Elena Rossi —dijo Marco, su voz firme a pesar de la emoción que brillaba en sus ojos —. ¿Quieres casarte conmigo?

Mil pensamientos cruzaron por mi mente. El peligro de su mundo. Las implicaciones morales. El amor que sentía por este hombre complejo y poderoso y su familia.

Pero al mirar sus ojos, supe mi respuesta. Las lágrimas rodaron por mis mejillas mientras asentía vigorosamente.

—Sí —logré decir con voz entrecortada—. Sí, Marco. Me casaré contigo.

Una sonrisa de pura alegría se extendió por el rostro de Marco, como ninguna que hubiera visto antes. Deslizó el anillo en mi dedo con manos que temblaban ligeramente.

Cuando Marco se puso de pie, me lancé a sus brazos, hundiendo mi rostro en su pecho. Sus fuertes brazos me envolvieron, y por un momento, el mundo se desvaneció. Éramos solo nosotros, rodeados de luces parpadeantes y el suave aroma del jazmín.

—Te amo —murmuré contra su camisa impecable.

La mano de Marco acunó mi mejilla, inclinando mi rostro hacia el suyo. —Y yo te amo, Elena. Más de lo que jamás creí posible.

Sus labios se encontraron con los míos en un tierno beso, sellando nuestra promesa. Mi corazón latía acelerado, abrumado por la magnitud de este momento. Estaba comprometida. Con Marco Vitale. La idea me emocionaba y aterrorizaba a la vez.

Cuando nos separamos, los ojos de Marco escrutaron mi rostro intensamente. —¿Estás lista para volver? —preguntó.

Asentí, aún aturdida. —Supongo que deberíamos decírselo a tu familia.

Un destello de algo —¿diversión? ¿ansiedad?— cruzó las facciones de Marco. —Vamos entonces.

Tomó mi mano, guiándome de vuelta hacia la mansión. A medida que nos acercábamos, escuché el débil sonido de voces y música.

—Marco, qué...

Las puertas se abrieron de par en par, y me golpeó una pared de sonido. Vítores y aplausos estallaron cuando entramos. El vestíbulo estaba lleno de gente: familiares, amigos, rostros que reconocía y muchos que no.

Me quedé paralizada, aferrándome con fuerza a la mano de Marco. —¿Qué está pasando? —susurré.

Marco se inclinó cerca, su aliento cálido en mi oído. —Parece que mi madre tenía otros planes.

Recorrí la sala con la mirada, asimilando las opulentas decoraciones. Flores adornaban cada superficie, su dulce fragancia mezclándose con el aroma de perfumes caros. Las arañas de cristal proyectaban un cálido resplandor sobre la multitud reunida. Una banda en vivo tocaba en un rincón, sus melodías entretejidas con el emocionado parloteo.

Maria Vitale apareció frente a nosotros, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. Tomó mi mano libre entre las suyas. —Bienvenida a la familia, querida —dijo, con la voz cargada de emoción.

Me esforcé por encontrar las palabras, abrumada por la inesperada celebración. —Gracias, Maria. Esto es... increíble.

Sonrió cálidamente y luego se volvió para dirigirse a la sala. La multitud guardó silencio cuando ella alzó una copa de champán. —Esta noche celebramos el amor —comenzó Maria, su voz resonando fácilmente por todo el espacio—. Marco y Elena han elegido unir sus vidas, y al hacerlo, fortalecen nuestra familia.

Mientras Maria continuaba con su brindis, sentí que Marco se tensaba a mi lado. Sus ojos recorrían la sala, con la mandíbula apretada. Le apreté la mano. —¿Qué pasa? —susurré.

Negó ligeramente con la cabeza, forzando una sonrisa. —Nada —murmuró—. Todo es perfecto.

Pero yo sabía que no era así. Algo le preocupaba, y tenía la intención de averiguar qué era.

Maria concluyó su discurso, y la sala estalló en vítores una vez más. Mientras los invitados se abalanzaban para felicitarnos, vi que Luca, el hermano de Marco, se acercaba. Los dos hombres intercambiaron una mirada significativa.

—¿Una palabra? —dijo Luca, apenas audible sobre el bullicio.

Marco asintió y luego se volvió hacia mí. —Vuelvo enseguida, tesoro —dijo, besándome la mejilla.

Los observé mientras se dirigían a un rincón tranquilo, con las cabezas inclinadas en conversación. Marco tenía el ceño fruncido y su postura estaba tensa. ¿Qué podía ser tan urgente en una noche destinada a la celebración?

Mientras reflexionaba sobre la repentina partida de Marco, un flujo constante de personas que querían felicitarnos se acercó. Esbocé una sonrisa, aceptando abrazos y besos de lo que parecía un desfile interminable de miembros y asociados de la familia Vitale.

—¡Felicidades, bella! —Una mujer mayor con las manos llenas de joyas me sujetó el rostro—. Qué pareja tan encantadora. Toma, un pequeño detalle para empezar vuestra nueva vida. —Me puso un sobre en la mano, guiñándome el ojo con complicidad.

Asentí en señal de agradecimiento, añadiéndolo a la creciente pila de regalos en una mesa cercana. La generosidad era abrumadora, pero no podía quitarme de encima la inquietud por el tenso intercambio de Marco con Luca.

La imponente presencia de Enzo Vitale abrió paso entre la multitud mientras se acercaba. Constance había hecho maravillas con él y estaba teniendo muchos más días buenos. —Elena —dijo, con su voz profunda retumbando—. ¿Dónde está mi hijo? Es hora del brindis familiar.

Escudriñé la sala, aliviada al ver que Marco regresaba hacia nosotros. Su rostro era una máscara de calma, pero noté un ligero temblor en su mano cuando alcanzó una copa de champán.

—¿Todo bien? —susurré.

Marco asintió, sus ojos verdes encontrándose con los míos. —Hablaremos más tarde —murmuró, y luego se volvió para mirar a su padre.

Enzo alzó su copa y la sala quedó en silencio. —Por Marco y Elena —comenzó, su mirada recorriendo a los invitados—. Que vuestra unión traiga fuerza a nuestra familia y prosperidad a nuestras vidas.

Sentí un escalofrío ante el significado implícito de sus palabras. Mientras el brindis continuaba, me encontré preguntándome hasta qué punto estaba a punto de verme arrastrada en las empresas criminales de la familia.

Maria dio un paso adelante, su elegante figura captando la atención. Puso una mano en mi brazo, su toque cálido y reconfortante. —Me gustaría decir unas palabras sobre nuestra

querida Elena —anunció, su voz resonando por toda la sala.

Mi corazón se aceleró cuando todas las miradas se volvieron hacia nosotras. La mirada de Maria se encontró con la mía, llena de una profundidad de emoción que no esperaba.

—Elena —comenzó—, cuando Marco te trajo a casa por primera vez, vi a una joven de notable fuerza y resiliencia. Te has enfrentado a desafíos que habrían quebrado a muchos, y sin embargo aquí estás, serena y elegante.

Las lágrimas me picaban los ojos. No me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí la aprobación de Maria hasta este momento.

—Tu bondad y compasión han traído a nuestra familia una luz que no sabíamos que nos faltaba —continuó Maria—. Llegaste aquí como una extraña, pero inmediatamente nos dejaste ver tu corazón abierto y lleno de amor. No podría haber elegido una mejor pareja para mi hijo aunque lo hubiera intentado.

Parpadeé rápidamente, tratando de mantener la compostura. La mano de Marco encontró la mía, apretándola suavemente.

Maria alzó su copa. —Por Elena, que tiene la fuerza para estar al lado de Marco y el corazón para guiarlo. Bienvenida a nuestra familia, querida.

La sala estalló en vítores y aplausos. Abracé a Maria, susurrando: —Gracias. Eso significa todo para mí.

Cuando nos separamos, Marco tomó mi mano. —¿Bailamos, futura señora Vitale?

Sonreí, dejando a un lado mis preocupaciones persistentes. —Guíame, señor Vitale.

Marco me condujo al centro de la pista de baile. Cuando la música comenzó, me atrajo hacia sí, una mano en mi cintura, la otra sosteniendo la mía.

—Estás preciosa —murmuró, sin apartar sus ojos de los míos mientras empezábamos a movernos.

Me perdí en la calidez de su mirada, en la fuerza de sus brazos. Por un momento, casi pude olvidar el peligroso mundo en el que vivíamos.

—¿Qué quería Luca antes? —pregunté suavemente, cuidando de mantener una expresión neutral.

La mandíbula de Marco se tensó casi imperceptiblemente. —Nada de lo que debas preocuparte, amor. Esta noche es sobre nosotros.

Asentí, pero no pude quitarme la sensación de que algo iba muy mal. Mientras girábamos por la pista, capté vistazos de los otros invitados. Sus sonrisas parecían genuinas, pero había una corriente subyacente de tensión que no podía ignorar.

—Marco —susurré—, sea lo que sea que venga, lo afrontaremos juntos, ¿verdad?

Su agarre en mi cintura se apretó ligeramente. —Siempre —respondió, con voz baja e intensa—. Ahora eres mía, Elena. Nada cambiará eso nunca.

Mientras bailábamos, intenté perderme en el momento, en el amor que sentía por Marco. Pero una voz insistente en el fondo de mi mente me advertía que nuestra felicidad podría ser más frágil de lo que quería creer.

La música creció, y Marco me inclinó hacia atrás, sus fuertes brazos sosteniéndome sin esfuerzo. Cuando me levantó de nuevo, vi a Antonio al otro lado de la sala, enfrascado en una intensa conversación con un grupo de hombres bien vestidos que no reconocí.

—¿Quiénes son esos hombres que hablan con Antonio? —le pregunté a Marco mientras retomábamos nuestro baile.

Sus ojos se desviaron brevemente hacia su hermano antes de volver a los míos. —Socios comerciales —dijo con suavidad—. Nada de qué preocuparse.

Asentí, pero mi curiosidad se había despertado. Antes de que pudiera indagar más, Luca se nos acercó con expresión grave.

—Marco —dijo, con una voz apenas audible sobre la música—. ¿Puedo hablar contigo?

El agarre de Marco en mi cintura se tensó ligeramente. —¿Puede esperar, hermano? Estoy bailando con mi prometida.

Los ojos oscuros de Luca se encontraron brevemente con los míos antes de que negara con la cabeza. —Es urgente.

Sentí que el cuerpo de Marco se tensaba contra el mío. —Ve —dije suavemente—. Estaré bien.

Me besó rápidamente antes de seguir a Luca a un rincón tranquilo de la sala. Me dirigí al bar, tratando de calmar la inquietud que crecía en mi estómago.

Mientras bebía mi champán, observé la sala. La celebración continuaba a mi alrededor, pero ahora notaba detalles que antes había pasado por alto. El personal de catering se movía con una eficiencia que parecía casi militar. Uno de ellos me miró, y por una fracción de segundo, vi algo duro y frío en su mirada.

De repente, la sala estalló en caos. Los "camareros" sacaron placas y armas, gritando órdenes. Los invitados gritaron y se dispersaron. Me quedé paralizada, mi copa se deslizó de mis dedos y se hizo añicos en el suelo.

—¡FBI! ¡Que nadie se mueva!

Mis ojos buscaron frenéticamente a Marco en medio del pandemonio. Cuando lo encontré, su rostro era una máscara de furia fría. Nuestras miradas se cruzaron a través de la sala, y en ese momento, supe que nuestro mundo había cambiado para siempre.

Una mujer imponente de ojos azules penetrantes se dirigió al centro de la sala, su placa brillando bajo las arañas. —Luca Vitale —llamó, su voz cortando el alboroto—. Está arrestado por crimen organizado.

Mi corazón se hundió mientras veía a dos agentes agarrar a Luca, esposándolo bruscamente con las manos a la espalda. No se resistió, su rostro era una máscara estoica mientras se lo llevaban. Pero cuando sus ojos se encontraron con los de Marco, vi un destello de algo: determinación, quizás, o una promesa silenciosa.

La mandíbula de Marco se tensó, sus hombros rígidos mientras observaba cómo se llevaban a su hermano. Me abrí paso entre la multitud atónita para llegar a él, mi anillo de compromiso brillando con la luz mientras me movía.

—Marco —susurré, tocando su brazo. Se volvió hacia mí, sus ojos verdes ardiendo con una intensidad que me hizo estremecer.

—Giovanni se encargará de esto, no te preocupes.

Asentí, sin confiar en mi voz para hablar. A nuestro alrededor, los invitados susurraban y señalaban, su conmoción era palpable. Algunos ya se dirigían hacia las salidas, ansiosos por distanciarse del escándalo.

Marco me atrajo hacia él, sus brazos rodeándome de manera protectora. —No dejaré que lastimen a nuestra familia —murmuró en mi cabello.

Antonio se unió a nosotros, su rostro una máscara de ira controlada. —Necesitamos hablar —dijo, con voz baja y urgente—. Ahora.

Marco asintió, su mano encontrando la mía mientras seguíamos a Antonio a su estudio. La habitación se sentía claustrofóbica, cargada de tensión. Me senté en el borde de un sillón de cuero, con el corazón acelerado.

—Esto es malo —dijo Antonio, paseándose por la habitación—. Necesitamos actuar

rápido.

Marco se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas. —¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Los observé, sintiéndome como una intrusa. Estos hombres, tan serenos frente a la crisis, eran un mundo aparte de mi propia educación. Sin embargo, aquí estaba yo, lanzada a su reino de secretos y peligros.

—Llamamos a Giovanni —respondió Antonio—. Y averiguamos quién filtró información al FBI.

Ya no pude quedarme callada. —¿Qué puedo hacer para ayudar? —pregunté, con la voz más firme de lo que me sentía.

Ambos se volvieron para mirarme, como si recordaran que estaba allí. La expresión de Marco se suavizó ligeramente.

—Elena —dijo, alcanzando mi mano—. No tienes que...

Lo interrumpí. —Ahora soy parte de esta familia. Es mi responsabilidad cuidar de ella tanto como la tuya.

Antonio me estudió por un largo momento, luego asintió. —Bien. Necesitaremos a todos en quienes podamos confiar.

Mientras nos sentábamos allí, planeando nuestros próximos movimientos, me di cuenta de que no había vuelta atrás. Ahora era una Vitale, para bien o para mal.

La historia continúa en Lealtad y Mentiras.